# NUESTRA SEÑORA DE PARIS.



S. Ribó d. Amills Sc.

*Yo quisiera ser un animal como esta cabra.* T. III. Pag. 53.

# NUESTRA SEÑORA DE PARIS,

**POR VICTOR HUGO.**

**Con láminas.**

**TOMO III.**

Barcelona.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO OLIVA, CALLE DE LA PLATERIA, NUM. 8.

1840.

# NUESTRA SEÑORA
# DE PARIS.

## LIBRO NONO.

## Capitulo primero.

### Fiebre.

Claudio Frollo no se hallaba en Nuestra Señora, cuando su hijo adoptivo cortaba tan atropelladamente el nudo fatal en que el miserable arcediano

habia acogido á la egipcia, y se habia preso á sí mismo. Entrado en la sacristía, se habia arrancado el alba, la capa pluvial y la estola, lo habia arrojado todo á las manos del pertiguero atónito, se habia escapado por la puerta secreta del claustro, habia ordenado á un barquero del Terreno pasarle á la orilla izquierda del Sena, y se habia internado en las calles montuosas de la Universidad, no sabiendo donde iba, encontrado á cada paso bandas de hombres y mujeres que se apresuraban gozosamente hácia el puente de San Miguel con la esperanza de *llegar todavía á tiempo* para ver ahorcar la bruja, pálido, azorado, mas perturbado, mas ciego y mas huraño que un ave nocturna suelta y perseguida por una turba de muchachos en medio del dia. No sabia ya donde estaba, lo que pensaba, si soñaba. Andaba, marchaba, corria, tomando cualquiera calle á la aventura, sin escogerla, pero huyendo siempre de

la Greva, de la horrible Greva que sentia confusamente detras de sí.

Siguió así el monte de Santa Genoveva y salió al fin de la ciudad por la puerta de San Víctor. Continuó sin embargo huyendo, mientras que pudo ver al volverse el recinto de las torres de la Universidad y las raras casas del arrabal; pero cuando una desigualdad del terreno le hubo por último encubierto enteramente al odioso Paris, cuando pudo creerse á cien leguas de él, en los campos, en un desierto, detúvose, y le pareció que respiraba.

Entonces se agolparon á su espíritu unas ideas horrorosas. Vió con claridad dentro de su alma, y se estremeció. Pensó en aquella desdichada jóven que le habia perdido y á quien habia perdido él. Echó una mirada feroz sobre la doble via tortuosa que la fatalidad habia hecho seguir á sus dos destinos, hasta el punto de interseccion donde los habia cruel-

mente quebrantado uno contra otro. Pensó en la locura de los votos eternos, en la vanidad de la castidad, de la ciencia de la religion, de la virtud, en la inutilidad de Dios. Se abandonó con deleite á los malos pensamientos, y á proporcion que se internaba mas en ellos, sentia resonar en sí mismo una risa de Satanás.

Y profundizando así en su alma, cuando vió cuan ancho lugar habia preparado en ella la naturaleza á las pasiones, se sonrió mas amargamente todavía. Removió en el fondo de su corazon todo su rencor, toda su maldad; y reconoció con la fria mirada de un médico que examina á un enfermo, que aquel rencor y aquella maldad, no eran sino amor viciado; que el amor, esta fuente de toda virtud en el hombre, se convertia en cosas horribles en un corazon de clérigo, y que un hombre constituido como él, haciéndose sacerdote se hacia demonio. Entonces rió espantosamente,

y de repente se volvió á poner pálido, considerando el lado mas siniestro de su fatal pasion, de aquel amor corrosivo, ponzoñoso, rencoroso, implacable, que no habia parado sino en el patíbulo para la una, en el infierno para el otro: ella sentenciada, él condenado.

Despues le volvió la risa pensando que Febo estaba alegre y contento, tenia una librea mas hermosa que nunca, y una nueva querida á quien llevaba á ver ahorcar á la antigua. Su risa redobló cuando reflexionó que de los séres cuya muerte habia deseado, la egipcia, la única criatura á quien no aborreceria, era tambien la única que no se le habia escapado.

Entonces del capitan su pensamiento pasó al pueblo, y le asaltaron unos zelos de una especie inaudita. Pensó en que el pueblo tambien, el pueblo todo entero, habia tenido á la vista la mujer á quien él amaba, en camisa, casi desnuda. Se torció los brazos, pensando que aquella

mujer, cuya forma vislumbrada en la oscuridad por él solo, hubiera sido para él la dicha suprema, se habia visto abandonada en medio del dia á todo un pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rabia al considerar todos aquellos misterios de amor profanados, mancillados, desnudos, deshonrados para siempre. Lloró de rabia figurándose cuantas miradas inmundas se habian gozado en aquella camisa mal anudada; y que aquella hermosa jóven, aquel lirio vírgen, aquella copa de pudor y de delicias á la que no hubiese él osado acercar sus labios sino temblando, acababa de ser transformada en una especie de barreño público, donde el mas vil populacho de Paris, los ladrones, los mendigos, los lacayos se habian llegado á beber juntos un placer desvergonzado, impuro y depravado.

Y cuando trataba de hacerse una idea de la dicha que habria podido hallar so-

bre la tierra si ella no hubiese sido gitana, y si él no hubiera sido sacerdote, y si Febo no hubiese existido, y si ella le hubiera amado; cuando se figuraba que una vida de serenidad y de amor le hubiera sido posible tambien á él; que habia en aquel mismo instante en todos los ángulos de la tierra parejas felices, abandonadas á conversaciones largas, bajo los naranjos, á las márgenes de los arroyos, á la vista de un sol al poniente, de una noche estrellada; y que si Dios lo hubiese querido, hubiera él podido hacer con ella una de aquellas parejas de bendiciones, su corason se deshacía en ternura y desesperacion.

Oh! ella! ella! Esta idea fija es la que volvia sin cesar, la que le atormentaba, la que le devanaba los sesos y le sajaba las entrañas. No sentia lo que habia hecho, no se arrepentia; todo lo que habia obrado, estaba dispuesto á repetirlo otra vez; mas queria verla en las manos del

verdugo que en los brazos del capitan. Pero sufria; sufria tanto, que frecuentemente se arrancaba puñados de cabellos por ver si encanecian.

Hubo un momento en que se le ocurrió que quizá en aquel mismo instante la horrorosa cadena, que habia visto por la mañana, estrechaba su nudo de hierro al rededor de aquel cuello tan frágil y tan gracioso. Este pensamiento le hizo salir el sudor por todos los poros.

Hubo otro momento en que, sin dejar de reirse diabólicamente en sí mismo, se representó á la vez la Esmeralda como la habia visto en el primer dia, viva, indiferente, gozosa, ataviada, danzante, alada, armoniosa; y la Esmeralda del último dia en camisa, con la cuerda al cuello, subiendo lentamente con sus pies descalzos la escalera angulosa del patíbulo: imaginóse este doble cuadro de tal modo que dió un grito terrible.

Mientras que este huracan de desespe-

racion desconcertaba, destrozaba, arrancaba, encorvaba y sacaba de raiz cuanto habia en su alma, miró á la naturaleza al rededor de sí. A sus pies unas gallinas picaban en las malezas, y los esmaltados gusanillos corrian al sol; sobre su cabeza algunos grupos de nubes aborregadas huian en un cielo azul; al horizonte, la aguija de la abadia de San Victor se alzaba sobre la curva pendiente de su obelisco de pizarra; y el molinero del terremontero de Copeaux miraba chiflando girar las aspas trabajadoras de su molino. Toda esta vida activa, organizada, serena, reproducida al rededor de sí bajo mil formas, le hizo mal; y comenzó á huir de nuevo.

Corrió así por enmedio de los campos hasta la tarde. Esta huida de la naturaleza, de la vida, de sí mismo, del hombre, de Dios, de todo, duró todo el dia. Algunas veces se arrojaba con la cara contra el suelo, y arrancaba con sus uñas

las tiernas plantas. Otras se detenia en una calle de aldea desierta; y sus pensamientos eran tan inaguantables, que se cogia la cabeza con ambas manos, y queria arrancársela para estrellarla contra el suelo.

Hácia la hora en que el sol declinaba, se examinó de nuevo, y se halló casi loco. La tempestad que duraba en él desde el instante en que habia perdido la esperanza y la voluntad de salvar á la egipcia, esta tempestad no habia dejado en su conciencia una sola idea sana, un solo pensamiento ordenado. Su razon yacia postrada, casi enteramente destruida. No tenia mas que dos imágenes distintas en el espíritu; la Esmeralda y la horca: todo lo demas era oscuro. Estas dos imágenes reunidas le representaban un grupo horrible; y cuanto mas fijaba lo poco que le quedaba de atencion y de reflexion, tanto mas las veia crecer en una progresion fantástica la una en gracia, en hechizo,

en belleza, en luz, la otra en horror; de modo que al fin la Esmeralda le aparecia como una estrella, el patíbulo como un enorme brazo descarnado.

Una cosa notable es que durante toda esta tormenta no le ocurrió seriamente la idea de morir. El miserable era así: amaba la vida. Quizá veia realmente el infierno despues de ella.

Entretanto el dia continuaba declinando El sér viviente, que existia aun en él, pensó confusamente en la vuelta. Se creia lejos de Paris, pero al examinar con atencion, vió que no habia hecho mas que rodear el recinto de la Universidad. La flecha de San Sulpicio y las tres elevadas agujas de San German de los Prados sobresalian á su derecha en el horizonte; y dirigióse hácia esta parte. Guando oyó el quién vive de los hombres de armas del abad apostados al rededor de la circunvalacion llena de almenas de San German, cambió de direccion, cogió un

sendero que se le presentó entre el molino de la Abadía y de la Enfermería del arrabal, y al cabo de algunos instantes se halló á la entrada del Prado de los Clérigos. Este prado era célebre por los tumultos que se ocasionaban en él dia y noche; era la *hidra* de los pobres frailes de San German: *Quod monachis Sancti Germani pratensis hydra fuit, clericis nova semper dissidiorum capita suscitantibus.* El arcediano temió encontrar alguien en él; tenia miedo de toda figura humana; acababa de evitar el paso por la Universidad y por el arrabal de San German, y no queria entrar en la poblacion sino lo mas tarde posible. Siguió pues á lo largo todo el Prado de los Clérigos, cogió el sendero desierto que le separaba del Dios Nuevo, y por último llegó á la orilla del agua. En ella encontró un barquero que por unos cuantos dineros parisís le condujo el Sena arriba hasta la punta de la ciudad, y le dejó en aquella lengua de tier-

ra abandonada, donde el lector ha visto ya soñar á Gringorio, y que se prolongaba mas allá de los jardines del rey, paralela á la isla Pasavacas.

El monótono movimiento del barco y el ruido del agua habian en cierta manera aletargado al desventurado Claudio. Cuando el barquero se hubo alejado, quedóse él en pie sobre la arena, de una manera estúpida, mirando en pos de sí, y no percibiendo ya los objetos sino á través de las oscilaciones, cada vez mayores que hacian para él de todo una especie de fantasmagoría. No es estraño que la fatiga de un gran dolor produzca este efecto en el espíritu.

El sol se habia escondido tras la elevada torre de Nesle. Era el momento del crepúsculo. El cielo estaba blanco; el agua del rio lo estaba tambien. Entre estas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, sobre la cual tenia clavados sus ojos, hacia resaltar su lóbrega superficie,

y, disminuida progresivamente por la perspectiva, se perdia en las nieblas del horizonte como una flecha negra. Hallábase cubierta de casas, de las cuales no se distinguía mas que el oscuro recorte, trazado con una estraordinaria fuerza en el fondo claro del cielo y el agua. En diferentes parajes comenzaban ya á relumbrar algunas casas como ascuas esparcidas. Aquel inmenso obelisco negro aislado así entre las dos blancas sábanas del cielo y el rio, muy ancho por aquella parte, produjo en Claudio un efecto singular, comparable al que esperimentaria un hombre que, tendido boca arriba en el suelo al pie del campanario de Estrasburgo, mirase la enorme aguja perderse por encima de su cabeza en las penumbras del crepúsculo. La única diferencia en este caso era que Claudio estaba en pie, y el obelisco tendido; pero como el rio, al reflejarse el cielo en él, prolongaba el abismo debajo de sus plantas, el inmenso

promontorio parecia lanzarse en el vacío con tanta osadía como una aguja de catedral, y la impresion era la misma. Esta impresion tenia todavía una cosa extraña y mas profunda; á saber, que era en efecto el campanario de Estrasburgo, pero el campanario de Estrasburgo con dos leguas de alto; una cosa inaudita, gigantesca, inconmensurable; un edificio como jamás han visto ojos humanos; una torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de las murallas, los recortados picachos de los tejados, la flecha de los Agustinos, la torre de Neslé, todos los puntos salientes que desigualaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusion, ofreciendo á la vista de una manera estraña los remates de una escultura apiñada y fantástica. Claudio, en el estado de alucinamiento en que se hallaba, creyó ver, ver con sus propios ojos, el campanario del infierno; las mil luces esparcidas sobre toda la superficie de

la espantosa torre le parecieron otras tantas puertas de la inmensa hoguera interior; las voces y los rumores que partian de ella, gritos y ronquidos de muerte. Entonces tuvo miedo, tapóse las orejas con las manos para no oir, volvió las espaldas para no ver, y alejóse á grandes pasos de la horrorosa vision.

Pero la vision estaba dentro de él.

Cuando volvió á penetrar por las calles, los que pasaban y se encontraban al resplandor del alumbrado de las tiendas eran para él espectros que iban y venian á su alrededor. Sentia en sus oidos estruendos singulares; y turbaban su espíritu ilusiones estraordinarias. No veia las casas, ni el empedrado, ni los carros, ni las hombres, ni las mujeres; sino un caos de objetos indeterminados, que se transformaban y confundian por sus contornos los unos en los otros. En la esquina de la calle de la Barrillería, habia una tienda de especiero, cuyo cobertizo esta-

ba, segun la costumbre inmemorial, guarnecido en su alrededor de esos ceños de lata, de los cuales pende un círculo de velas de madera que con el viento se chocan entre sí y suenan como castañuelas. Oyólo y creyó que escuchaba crujir en la sombra los innumerables esqueletos de Montfaucon.

«Oh! dijo entre dientes, el viento de la noche los empuja unos contra otros, y mezcla el ruido de sus cadenas con el ruido de sus huesos! Quizá está ella tambien ahí entre ellos!»

Perdido el juicio, no supo adonde iba. Despues de haber dado algunos pasos, se halló en el puente de San Miguel. Habia una luz en la ventana de un cuarto bajo: y acercóse á ella. A través de una vidriera rota vió una sala inmunda, que despertó en su espíritu un recuerdo confuso. En esta sala, mal alumbrada por una lámpara mezquina, habia un jóven rubio y fresco, con semblante gozoso, que estaba

abrazando, al mismo tiempo que reia á carcajadas, á una muchacha jóven vestida inmodestamente; y junto á la lámpara se observaba una vieja que hilaba, y cantaba con voz temblona. Como el jóven no reia siempre, la cancion de la vieja heria á trozos los oidos del clérigo; el resultado era ininteligible y espantoso.

Greva, ladra! bulle, Greva!
Hila, hila, rueca mia,
Hila la lozana cuerda.
Al verdugo que, silbando,
Junto al calabozo espera.
Greva, ladra! bulle, Greva!

O que hermosa cuerda, amigos!
Sembrad desde Issy hasta Vanvre
Cáñamo, y no sembreis trigo.
El ladron, por mas que ha hecho,
No ha robado el cordelito
De cáñamo, mis amigos.

Greva, ladra! bulle, Greva!
Por ver en la vieja horca

Colgar á la mujerzuela,
Hanse convertido en ojos
Las ventanas y las puertas.
Greva, ladra! bulle, Greva!

Y con este canto el jóven reia y hacia caricias á la muchacha. La vieja, cra la Falourdel; la muchacha, una mujer pública; el jóven, Juan, el hermano del arcediano.

Este continuó mirando. Para él era igual aquel espectáculo á otro cualquiera.

Vió á Juan dirigirse á una ventana que estaba en el fondo de la sala, abrirla, echar una mirada sobre la ribera, en la cual brillaban mil ventanas alumbradas, y le oyó decir al volver á cerrar: «Voto va! que se va haciendo noche. Los vecinos encienden sus velas, y Dios sus estrellas.»

En seguida el estudiante volvió adonde estaba la mujerzuela, y rompió una botella que habia sobre una mesa, gritando: «¡Ya no tiene gota, por vida de

Brios! ni yo mas dinero! Isabeau, querida mia, reniego de Júpiter si no cambia vuestras dos pomas blancas en dos botellas negras, para que yo chupe de ellas el vino de Beaune dia y noche.»

Esta decente chanza hizo reir á la moza, y Juan salió.

Don Claudio no tuvo tiempo mas que para echarse al suelo, temiendo que su hermano le encontrase, le mirase detenidamente y le conociese. Afortunadamente la calle estaba lóbrega, y el estudiante borracho. Sin embargo divisó al arcediano tendido en tierra sobre el lodo. «Oh! oh! esclamó, he aquí uno que ha pasado alegremente el dia.»

Y menció con el pié á Don Claudio, que detenia la respiracion.

«Difunto de taberna! continuó Juan. Vamos, está lleno. Esto es una verdadera sanguijuela caida de un tonel. Está calvo, añadió bajándose hácia el clérigo; es un viejo! *Fortunate senex!*»

En seguida Don Claudio le oyó alejarse diciendo : «Lo mismo tiene, la razon es una cosa muy hermosa, y mi hermano el arcediano es muy feliz con ser sabio y tener dinero.»

El arcediano se levantó al momento, y dió una carrera sin descansar hasta llegar á Nuestra Señora, cuyas enormes torres veia alzarse en medio de la sombra por encima de las casas.

En el momento que, fuera de aliento, puso los pies en la plaza de la Lonja, retrocedió, y no se atrevió á alzar los ojos hácia el funesto edificio. «Oh! dijo en voz baja, ¿es cierto que una cosa semejante ha pasado aquí, hoy, esta mañana mismo?»

Sin embargo aventuróse á mirar la iglesia. La fachada estaba sombría; detrás de ella el cielo resplandecia con millares de estrellas. La luna creciente, que acababa de dejar el horizonte, estaba detenida en aquel momento en la cima de la torre de

la derecha, y parecia haberse apoyado como un ave luminosa, en el borde de la balaustrada, rematada en negras formas de trébol.

La puerta del claustro se hallaba cerrada; pero el arcediano llevaba siempre consigo la llave de la torre donde tenia su laboratorio; y se sirvió de ella para penetrar en la iglesia.

Al entrar en su recinto halló una oscuridad y un silencio de caverna. Las grandes sombras, que se estendian por todas partes en anchas sábanas, le dieron á conocer que las colgaduras de la ceremonia celebrada por la mañana no se habian quitado todavía. La gran cruz de plata brillaba en el fondo de las tinieblas, salpicada con algunos puntos resplandecientes, como la via lactea de aquella noche de sepulcro. Las largas ventanas del coro mostraban por encima de la colgadura negra el estremo superior de sus arcos diagonales, cuyas vidrieras, atravesadas

por un rayo de luna, no tenian mas que los colores de la noche, una especie de morado, blanco y azul, cuyo matiz no se encuentra sino sobre el rostro de los muertos. El arcediano, al percibir al rededor del coro aquellos descoloridos estremos de los arcos, creyó ver otras tantas mitras de obispos condenados. Cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos, se imaginó que aquello era un círculo de caras pálidas que le miraban.

Echó á huir por en medio de la iglesia; y entonces le pareció que la iglesia se conmovia tambien, se agitaba, se animaba, vivia; que cada una de las gruesas columnas se convertia en una pata enorme que golpeaba en el suelo con su ancha planta de piedra, y que la gigantesca catedral no era mas que una especie de elefante prodigioso, que respiraba y marchaba con sus pilares por pies, sus dos torres por trompas, y la inmensa colgadura negra por caparazon.

De esta manera la fiebre ó la locura habia llegado á un grado de intensidad tal, que el mundo esterior se habia transformado para el infeliz en una especie de Apocalípsis palpable, aterrador.

Por un instante sintióse aliviado. Al penetrar bajo las naves laterales, distinguió detrás de una masa de pilares un resplandor rojizo, y corrió hácia él como hácia una estrella. Era la pobre lámpara que alumbraba dia y noche el breviario público de Nuestra Señora, encerrado dentro su enrejado de hierro. Lanzóse ansiosamente sobre el santo libro con la esperanza de hallar en él algun consuelo ó algun auxilio para su valor. El libro estaba abierto por este pasaje de Job, que su vista recorrió atentamente: « Y pasó por delante de mi rostro un espíritu, y percibí un ligero soplo, y el pelo de mis carnes se erizó. »

Esta lectura lúgubre produjo en él el mismo efecto que esperimenta un ciego

que siente punzarse con el palo que ha recogido del suelo. Sus rodillas flaquearon, y dejóse caer sobre las losas, pensando en la que habia muerto aquella mañana. Sentia pasar y estenderse por su cerebro tantas columnas de humo monstruoso, que imaginaba que su cabeza se habia convertido en una de las chimeneas del infierno.

Parece que permaneció largo tiempo en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y pasivo bajo la mano del demonio. En fin recobró algunas fuerzas, y pensó en ir á refugiarse á la torre, cerca de su fiel Cuasimodo. Levantóse; y como tenia miedo, cogió para alumbrarse la lámpara del breviario. Esto era un sacrilegio; pero no estaba él ya en el caso de pararse en tan poca cosa.

Subió pausadamente la escalera de las torres, lleno de un secreto terror, que debia propagar á los pocos que pasaban por la Lonja su lámpara, subiendo tan

tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De repente sintió algun fresco sobre el rostro, y se halló bajo la puerta de la galería mas alta. El aire era frio; el cielo empujaba de un punto á otro las nubes, cuyas anchas y blancas sábanas sobresalian entre sí, cortándose por los ángulos, y figurando el deshielo de un rio en el invierno. La luna, suspensa en medio de las nubes, parecia un navío celeste encallado entre los hielos del aire.

Inclinó los ojos, y contempló un instante, por entre el enrejado de columnitas de una de las dos torres, y á través de una gasa de nieblas y de humo, la multitud silenciosa de tejados de Paris, puntiagudos, innumerables, apiñados y pequeños como las olas de un mar tranquilo en una noche de estío.

La luna despedia una débil luz, que daba al cielo y á la tierra un color de ceniza.

En aquel momento el reloj alzó su voz aguda y cascada. Era la media noche. El clérigo pensó en el medio dia: eran las mismas doce que volvian. « Oh ! dijo en su interior, ella debe estar fria á estas horas ! »

Una bocanada de viento apagó repentinamente su lámpara, y casi al mismo tiempo vió aparecer en el ángulo opuesto de la torre una sombra, una blancura, una figura, una mujer. Estremecióse. Al lado de esta mujer habia una cabrita, que unia su balido al último balido del reloj.

Atrevióse á mirar. Era ella.

Estaba pálida, estaba lóbrega. Sus cabellos caian sobre sus espaldas como la mañana precedente; pero no tenia la cuerda en la garganta, ni las manos atadas; estaba libre, estaba muerta.

Su vestidura era blanca, y cubria su cabeza un velo igualmente blanco.

Marchaba hácia él, lentamente, miran-

do al cielo. La cabra sobrenatural la seguia. El se sentia como de piedra, y demasiado pesado para huir. A cada paso que ella daba hácia adelante, daba él otro hácia atrás, pero no podia hacer mas que esto. De esta manera se entró bajo la bóveda oscura de la escalera. Estaba helado al contemplar que tal vez ella iba á entrar en el mismo sitio; si hubiese sucedido, habria él muerto de terror.

Ella llegó en efecto delante de la puerta de la escalera, se detuvo algunos instantes, miró atentamente á la sombra, pero sin que pareciese ver al clérigo, y pasó. Creyóla él mas grande que cuando vivia; vió la luna por entre su ropaje blanco. Oyóla respirar.

Cuando la vision hubo pasado, volvió él á bajar la escalera, con la lentitud que habia visto en el espectro, creyéndose espectro él mismo, insensato, con los cabellos completamente crizados, y su lámpara apagada siempre en la mano; y al

par que iba bajando los escalones en espiral, oia distintamente una voz que reia y repetia en sus oidos: «..... Pasó por delante de mi rostro un espíritu, y percibí un ligero soplo, y el pelo de mis carnes se erizó.»



# Capítulo II.

## Jorobado, tuerto, cojo.

Todas las ciudades en la edad media, y todas las ciudades en Francia en tiempo de Luis XII, tenian sus lugares de asilo. Estos lugares de asilo, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban la ciudad, eran una especie de islas que se alzaban sobre el nivel de la justicia humana. Todo criminal que abordaba á ellas estaba salvo. En algunos arrabales habia casi tantos lugares de asilo como sitios patibulares. Era el abuso de la impunidad al lado del abuso de los suplicios, dos cosas malas que trataban de corregirse la una por la otra.

Los palacios del rey, las casas de los príncipes, las iglesias sobre todo, tenian derecho de asilo. Algunas veces se hacia un lugar de refugio de una ciudad entera que habia necesidad de volver á poblar. Luis XI hizo á Paris asilo en 1467.

Una vez puesto el pie en el asilo, el criminal era sagrado; pero era menester que se guardase de salir de él: á un solo paso que diera fuera del santuario, volvia á caer en el golfo. La rueda, la horca y la cuerda estaban apostadas de centinela en torno del lugar de refugio, y acechaban sin cesar su presa, como los tiburones al rededor de un navío. Se han visto reos encanecer así en un claustro, sobre la escalera de un palacio, en las tierras de una abadía, bajo el pórtico de una iglesia; de esta manera el asilo era una prision como otra cualquiera. Sucedia alguna vez que un decreto solemne del parlamento violaba el refugio y restituia el reo al verdugo; pero esto era raro. Los parlamentos

se incomodaban con los obispos, y cuando estos dos trajes se chocaban, la toga no ganaba nada con la sotana. A veces, sin embargo, como en el proceso de los asesinos de Juanillo, verdugo de Paris, y en el de Emeri Rousseau, homicida de Juan Valleret, la justicia saltaba por encima de la iglesia y seguia adelante con la ejecucion de sus sentencias; pero, á menos de un decreto del parlamento, ¡triste de aquel que violaba á mano armada un lugar de asilo! Todos saben cual fué la muerte de Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y de Juan de Chalons, mariscal de campo; y á pesar de eso no se trataba mas que de un tal Perrin Marc, mancebo de un cambista, un miserable asesino; pero los dos mariscales habian quebrantado las puertas de San Meri. Ahí estaba la enormidad.

Reinaba en torno de los refugios un respeto tal, que segun la tradicion á veces se apoderaba hasta de los animales. Aimoin

cuenta que habiéndose refugiado junto al sepulcro de San Dionisio un ciervo perseguido por Dagoberto, los perros de la trabilla se quedaron parados ladrando.

Las iglesias tenian ordinariamente una celdilla preparada para los suplicantes. En 1407, Nicolas Flamel hizo construir para estos, bajo las bóvedas de Santiago de la Carnicería, un cuarto que le costó cuatro libras seis sueldos y diezyseis dineros parisís.

En Nuestra Señora, era una celda situada sobre el techo de las naves laterales debajo de los estribos, á la vista del claustro, precisamente en el mismo paraje en que la mujer del conserge actual de las torres se ha formado un jardin, que es respecto de los pensiles de Babilonia, lo que es una lechuga al lado de una palmera, ó lo que es una portera en parangon con Semiramis.

En este sitio pues fué donde Cuasimodo, despues de su carrera desenfrenada

y triunfal, habia colocado á la Esmeralda. Durante toda la carrera la jóven no habia podido recobrar sus sentidos, medio aletargada, medio desnuda, no sentia sino que subia por el aire, que vagaba en él, que volaba, que una cosa la arrebataba de sobre la tierra. De vez en cuando oia la descompasada risa, la voz ruidosa de Cuasimodo junto á sus oidos; entreabria sus ojos, y veia confusamente debajo de sí á Paris salpicado con sus mil tejados de pizarras y de tejas como un mosáico encarnado y azul, y encima de su cabeza la cara espantosa y regocijada de Cuasimodo. Entonces sus párpados volvian á cerrarse; creia que todo se habia acabado, que la habian ajusticiado durante su desmayo, y que el disforme espíritu que habia presidido á su destino se habia apoderado de ella y se la llevaba. No osaba mirarle y dejábase conducir.

Pero cuando el campanero desgreñado y respirando apenas la hubo puesto en la

celda del refugio, cuando ella sintió sus gruesas manos desatar suavemente la cuerda que le martirizaba los brazos, esperimentó aquella especie de sacudimiento que despierta con sobresalto á los pasajeros de un navío que se encalla en medio de una noche oscura. Sus ideas se despertaron tambien, y comenzaron á volverle una á una. Vió que estaba en Nuestra Señora; se acordó de que la habìan arrancado de las manos del verdugo; que Febo estaba vivo, que Febo no la amaba; y ofreciéndose á la par á la imaginacion de la pobre sentenciada estas dos ideas, de las cuales la una derramaba tanta amargura sobre la otra, volvióse á Cuasimodo que permanecia en pie delante de ella, y que le causaba miedo, y le dijo: «Porqué me habeis libertado?»

Miróla él con ansiedad, como queriendo adivinar lo que le decia. Ella repitió su pregunta. Entonces él le echó una mirada profundamente triste, y se huyó.

La pobre quedó atónita.

Algunos momentos despues volvió el campanero con un paquete que puso á sus pies. Eran unos vestidos que habian depositado para ella unas mujeres caritativas en el umbral de la iglesia. Esto le hizo echar una mirada sobre sí misma, se vió casi desnuda y se ruborizó. La vida volvia.

Cuasimodo pareció participar de este rubor. Cubrióse su ojo con su ancha mano, y alejóse otra vez, pero á paso lento.

Ella se apresuró á vestirse. El paquete contenia un vestido blanco y un velo del mismo color. Era un hábito de novicia del hospital.

Apenas acababa de vestirse, cuando vió volver á Cuasimodo, que llevaba en un brazo una cesta, y debajo del otro un colchon. En la cesta habia una botella, pan y algunas provisiones. Puso la cesta en el suelo, y dijo: «Comed.» Estendió el colchon sobre las losas, y añadió:

«Dormid.» Era su propia comida y su propio lecho que el campanero habia ido á buscar.

La egipcia levantó los ojos hácia él para darle gracias; pero no pudo articular una palabra. El cuitado era verdaderamente horrible. Ella bajó la cabeza con un estremecimiento de terror.

Entonces dijo él: «Os causo miedo. Soy muy feo, no es verdad? no me mireis; escuchadme tan solo. De dia permaneceréis aquí; por la noche podeis pasearos por toda la iglesia. Pero no salgais de la iglesia de dia ni de noche. Seriais perdida. Os matarian, y moriria yo.

Conmovida ella, alzó la cabeza para responderle. El habia desaparecido. Volvió á hallarse sola, pensando en las palabras singulares de aquel sér casi monstruoso, y penetrada del sonido de su voz, que era tan ronca y sin embargo tan dulce.

Despues examinó su celda. Era un

cuarto de algunos seis pies cuadrados, con una pequeña tronera y una puerta que daba sobre el plano ligeramente inclinado del techo formado de piedras lisas. Varias goteras en formas de animales parecian inclinarse á su alrededor y alargar el cuello para verla por la tronera. Desde el borde de su tejado vió el estremo de mil chimeneas que hacian subir bajo sus ojos el humo de todos los hogares de Paris Triste espectáculo para la pobre egipcia, niña espósita, sentenciada á muerte, desventurada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

En el momento en que la idea de su aislamiento se le ofrecia así, mas cruel que nunca, sintió una cabeza cubierta de pelo y de barba que se deslizaba sobre sus manos y sobre sus rodillas. Estremecióse (ahora todo la aterraba) y miró. Era la pobre cabra, la ligera Djali, que se habia escapado en su busca en el instante mismo en que Cuasimodo habia dis-

persado la brigada de Charmolue, y que se deshacia en caricias á sus pies, cerca de una hora hacia, sin poder obtener una mirada. La egipcia la inundaba de besos. « Oh! Djalí, decia, cómo te he olvidado! con qué tú siempre piensas en mí! Oh! tú no eres ingrata! » Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiese levantado el peso que comprimia sus lágrimas en su corazon despues de tanto tiempo, comenzó á llorar, y á medida que sus lágrimas corrian, sentia alejarse con ellas lo mas cruel y lo mas amargo que su dolor tenia.

Llegada la noche, le pareció tan hermosa, y la luna tan suave, que dió una vuelta por la elevada galería que rodea la iglesia. Esto le proporcionó algun alivio: tan tranquila le pareció la tierra mirada desde aquella altura.

# Capítulo III.

## Sordo.

El dia siguiente por la mañana advirtió al despertarse que habia dormido. Esta cosa singular la maravilló. Habia tanto tiempo que no tenia costumbre de dormir! Un rayo alegre del sol naciente entraba por la tronera y le daba en el rostro. Al mismo tiempo que vió el sol, vió igualmente por la tronera otro objeto que la aterró, la malhadada cara de Cuasimodo. Cerró involuntariamente los ojos, pero en vano; creia ver constantemente á través de sus rosados parpados aquella máscara de gnomo, tuerto y desdentado. Entonces, continuando siempre con sus

ojos cerrados, oyó una voz áspera què decia muy dulcemente: « No tengais miedo; yo soy vuestro amigo. Habia venido á veros dormir. Esto no os hace mal, no es verdad, que yo venga á veros dormir? Qué daño os hace que yo esté cerca de vos cuando teneis los ojos cerrados? Ahora ya me voy. Mirad, ya me he puesto detrás de la pared. Ya podeis volver á abrir los ojos.

En estas palabras habia una cosa mas triste que ellas, á saber, el acento con que estaban pronunciadas. La egipcia conmovida abrió los ojos. Cuasimodo en efecto no estaba en frente de la tronera. Dirigióse hácia esta la jóven, y vió al pobre jorobado agachado en un ángulo de la pared. en una actitud dolorosa y resignada. Hizo ella un esfuerzo por vencer la repugnancia que él inspiraba. « Venid, le dijo con dulzura. » Por el movimiento de los labios de la egipcia, creyó Cuasimodo que le echaba de allí, entonces se

levantó y se retiró cojeando, lentamente, con la cabeza baja, y sin osar siquiera alzar hácia la jóven su mirada llena de desesperacion.» Venid pues, gritó ella. Pero él continuó alejándose. Entonces la egipcia salió de su celda, se fué corriendo hácia él y le cogió por el brazo. Al sentirse tocado por ella, Cuasimodo tembló de pies á cabeza, levantó su ojo suplicante, y viendo que ella tiraba de él, todo su rostro brilló de alegría y de ternura. Quiso ella hacerle entrar en su celda; pero el jorobado se obstinó en no pasar el umbral. «No, no, dijo: el buho no entra en el nido de la alondra.»

Sentóse ella graciosamente sobre el colchon, teniendo á la cabra dormida á sus pies. Ambos quedaron inmóviles por algunos instantes, considerando en silencio, él tanta gracia, ella tanta fealdad. A cada momento descubria en Cuasimodo algunas deformidades mas. Su mirar se paseaba de las rodillas zambas á la es-

palda corcovada, de la espalda corcovada al ojo único: no podia concebir que existiese un sér tan contrahecho. Sin embargo sobre toda aquella deformidad habia esparcidas tanta tristeza y tanta dulzura, que ya comenzaba á acostumbrarse á él.

El fué quien primeramente rompió el silencio. «Con que me deciais que volviese?»

Ella hizo una señal afirmativa con la cabeza, diciendo: «Sí.»

El entendió la señal. «Ah! añadió como vacilando si acabaria de decirlo, es que... soy sordo.

— Pobrecillo! esclamó la gitana con una benévola compasion.»

El se echó á reir dolorosamente. «Ya veis que esto solo me faltaba: ¿No es verdad Sí, soy sordo. Tal es mi persona. Soy horrible, no es cierto? Y vos, vos sois tan hermosa!»

Percibíase en el acento del miserable

un convencimiento tan profundo de su propia miseria, que Esmeralda no halló fuerzas para decirle una palabra. Además de eso él no la hubiera oido. El prosiguió:

«Jamás he visto mi fealdad como ahora. ¡Cuando me comparo á vos, me da compasion de mí mismo, pobre y desgraciado monstruo! Debo causar en vos el efecto de una bestia enorme. — Vos, vos sois un rayo del sol, una gota de rocío, el trino de un ave! — Yo, yo soy una cosa espantosa, ni hombre, ni animal, un no sé qué mas duro, mas hollado por los vivientes, mas disforme que un guijarro!»

Al decir esto se echó á reir, y esta risa era lo mas triste y cruel que hay en el mundo. Despues continuó:

«Sí, soy sordo; pero me hablaréis por gestos, por signos. Tengo un amo que habla conmigo de esta manera; y además, bien pronto sabré vuestra voluntad por el movimiento de vuestros labios, y por vuestras miradas.

— Pues bien, replicó ella sonriéndose: decidme, porqué me habeis libertado?»

El estuvo mirándola atentamente mientras que ella hablaba.

«Os entiendo, dijo. Me preguntais porque os he libertado. Ya habeis olvidado á un miserable, que intentó robaros una noche, un miserable á quien al otro dia mismo por la mañana socorristeis sobre su infame picota. Una gota de agua y un poco de compasion, he aquí mas que cuanto yo puedo pagar en mi vida entera. Vos habeis olvidado á aquel miserable; él se ha acordado.»

La jóven le escuchaba con un enternecimiento profundo. Una lágrima rodaba en el ojo del campanero, pero no caia. Parecia haber hecho un punto de honor en devorarla.

«Escuchad, continuó cuando ya no temia que aquella lágrima se le escapase: ahí tenemos torres bien altas; un hombre que de ellas cayese moriria antes de llegar

al suelo; cuando querais que yo me precipite, no necesitais ni aun pronunciar una palabra, una mirada basta »

En seguida se levantó. Este sér estraordinario, por desgraciada que fuese la gitana, escitaba aun en ella alguna compasion. Ella le hizo seña para que no se fuese.

« No, no, dijo él, no debo permanecer mas tiempo. No estoy bien. Solo por conmiseracion no apartais los ojos de mí. Voy á cierta parte desde donde podré veros sin que me veais: esto será mejor. »

Sacó de su bolsillo un pequeño silbato de metal y añadió: « Mirad; cuando tengais necesidad de mí, cuando querais que venga, cuando no os cause demasiado horror el verme, silbad con esto. Este ruido le oigo. »

Dejó el silbato en el suelo, y se huyó.

# Capítulo IV.

### Barro y cristal.

Los dias se sucedieron.

La calma volvia poco á poco á entrar en el alma de la Esmeralda. El esceso del dolor, como el de la alegría, es una cosa violenta que dura poco. El corazon del hombre no puede permanecer largo tiempo en un estremo. La gitana habia sufrido tanto, que no le quedaba ya mas que el pasmo.

Con la seguridad habia recobrado la esperanza. Se encontraba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero concebia vagamente que tal vez no seria imposible

volver á ella. Se hallaba como una muerta que tuviese guardada una llave de su tumba.

Sentia alejarse de sí las terribles imágenes que la habian asaltado por tanto tiempo. Todas las fantasmas horribles, Pierrat Calletuerta, Jacobo Charmolue, se borraban en su imaginacion, todos, hasta el clérigo mismo.

Además, Febo vivia: estaba segura de ello, le habia visto. La vida de Febo era toda para ella. Despues de la serie de choques fatales que habian trastornado todas sus ideas, no habia encontrado existencia en su alma sino una cosa, un sentimiento, su amor al capitan. Porque el amor es como un árbol: crece por sí mismo, estiende profundamente sus raíces en todo nuestro sér y continua reverdeciendo las mas veces sobre un corazon cubierto de ruinas.

Y lo mas inesplicable, es que mientras mas ciega es esta pasion, es mas tenaz.

Nunca está mas arraigada que cuando no tiene razon en sí misma.

Sin duda la Esmeralda pensaba en el capitan sin amargura. Era horroroso sin duda que él tambien hubiese sido engañado, que hubiese creido aquel lance imposible, que hubiese podido imaginar que una puñalada viniese de la que hubiera dado mil vidas por él. Pero en fin, no debia tenérsele mucho rencor: no habia ella confesado *su crimen?* no habia cedido, débil mujer, á la tortura? Toda la culpa era suya. Hubiera debido dejarse arrancar las uñas mas bien que semejante palabra. Por último, volviese ella á ver á Febo una sola vez, un solo minuto, y no necesitaria mas que una palabra para desengañarle, para volverle á sí. No dudaba de ello. Se aturdia tambien sobre muchas cosas singulares, sobre la casualidad de hallarse Febo presente el dia de la retractacion pública, sobre la jóven con quien estaba. Esta era su hermana sin du-

da. Esplicacion incongruente, pero con la cual se contentaba, porque tenia necesidad de creer que Febo la amaba siempre y no amaba sino á ella ¿No se lo habia jurado así? Qué mas necesitaba, sencilla y crédula como era? Y además, en todo el negocio, las apariencias, no estában mas bien contra ella que contra él? Ella aguardaba pues; tenia esperanza.

Añádase que la iglesia, aquella vasta iglesia que la rodeaba por todas partes, que la guardaba, que la salvaba, era por sí misma un calmante soberano. Las líneas solemnes de aquella arquitectura, la religiosa actitud de todos los objetos que cercaban á la jóven, los pensamientos piadosos y tranquilos que se desprendian por decirlo así de todos los poros de aquella piedra, obraban sobre ella sin que lo percibiese. El edificio tenia tambien sonidos de tal bendicion y tal majestad que adormecian aquel alma enferma. El canto monótono de los oficiantes, las respuestas

del pueblo á ellos, unas veces inarticuladas, otras retumbantes, el armonioso estremecimiento de las vidrieras, el órgano estrepitoso como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como colmenas de grandes abejas, toda aquella orquesta sobre la cual corria una escala gigantesca que subia y bajaba sin cesar de una turba á un campanario, ensordecia su memoria, su imaginacion, su dolor. Las campanas sobre todo la conmovian. Estos vastos instrumentos derramaban sobre ella á mares una especie de magnetismo poderoso.

Así es que á cada aurora se hallaba mas apaciguada, respirando mejor, menos pálida. A medida que sus llagas interiores se cicatrizaban, su gracia y su hermosura renacian sobre su rostro; pero mas y mas recogidas y tranquilas. Su antiguo carácter volvia tambien, y hasta una parte de su contento, su momito, el amor á su cabra, su humor de cantar, su pudor.

Tenia cuidado de vestirse por la mañana en el ángulo de su aposento, de miedo que algun habitante de las guardillas vecinas la viese por la tronera.

Cuando la idea de Febo se lo permitia, pensaba algunas veces en Cuasimodo. Este era el solo vínculo, la sola conexion, la sola comunicacion que le quedaba con los hombres, con los vivientes. Desgraciada! Estaba mas abandonada que Cuasimodo. No sabia que pensar del amigo estraño que la casualidad le habia dado. Continuamente se acusaba de no tener un agradecimiento que le cerrase los ojos; pero decididamente no podia acostumbrarse al pobre campanero. Era demasiado feo.

Habia dejado en el suelo el silbato que él le habia dado. Esto no impidió á Cuasimodo volver á presentarse de cuando en cuando los primeros dias. Ella hacia todo lo posible por no volverse con demasiada repugnancia cuando venia á traerle el ces-

to de las provisiones ó el jarro de agua, pero él percibia siempre el menor movimiento de esta especie, y entonces se alejaba muy triste.

Una vez llegó en el momento en que acariciaba á Djali. Quedóse pensativo por algunos instantes delante de aquel gracioso grupo de la cabra y de la gitana; al fin, dijo meneando su cabeza pesada y mal hecha : « Mi desgracia es que aun me parezco demasiado al hombre. ¡ Yo, quisiera ser enteramente un animal como esta cabra !

Ella alzó los ojos y le miró con asombro.

Él respondió á esta mirada : «Oh ! bien sé yo porqué. » Y se fué.

Otra vez, se presentó á la puerta de la celda (donde nunca entraba) en el momento en que la Esmeralda cantaba una antigua balada española cuyas palabras no comprendia, pero que se le habia quedado en la memoria porque con ella

la habian mecido las gitanas cuando era niña. Al ver aquella cara tan fea que aparecia de improviso en medio de su cancion, la jóven se interrumpió con un gesto de horror involuntario. El desgraciado campanero se puso de rodillas sobre el umbral de la puerta, y juntó en ademan suplicante sus grandes y disformes manos. «Oh! dijo dolorosamente, os ruego que continueis y no me echeis de aquí.» No quiso ella afligirle, y temblando de pies á cabeza continuó su romanza. Su espanto sin embargo se disipó por grados, y se dejó arrastrar por la impresion del tono melancólico y lánguido que cantaba. Él se habia quedado de rodillas, con las manos juntas, como en oracion, atento, respirando apenas, y su vista fija en las niñas brillantes de los ojos de la gitana. Cualquiera hubiese dicho que oia su cancion en sus ojos.

Otra vez acercóse á ella con un aire encogido y tímido. «Escuchadme, dijo

haciendo un esfuerzo; tengo una cosa que deciros.» Ella le respondió por señas que le escuchaba. Entonces púsose él á suspirar, entreabrió sus labios, pareció un momento que iba á hablar, en seguida la miró, hizo un movimiento negativo con la cabeza, y se retiró lentamente, apoyando la frente en la mano, y dejando estupefacta á la gitana.

Entre los grotescos personajes esculpidos en la pared, habia uno que él amaba particularmente, y al cual parecia dirigir frecuentemente miradas fraternales. Una vez la gitana oyó que le decia: «Oh! que no fuese yo de piedra como tú!

Un dia, en fin, una mañana, la Esmeralda habia llegado hasta el borde del tejado, y estaba mirando á la plaza por encima de la aguda techumbre de San Juan el Redondo. Cuasimodo estaba detrás de ella. Colocábase así por sí mismo á fin de evitar lo mas que fuese posible á la jóven doncella el disgusto de verle. De

repente la gitana se estremeció, una lágrima y un rayo de alegría brillaron á la vez en sus ojos, se arrodilló sobre el borde del tejado, y estendió sus brazos con angustia hácia la plaza gritando «Febo! Febo! ven! ven! una palabra, una sola palabra, en nombre del cielo! Febo! Febo! — Su voz, su rostro, su ademan, toda su persona, tenian la espresion lastimosa de un náufrago, que hace la señal de perdicion al alegre navío que pasa á lo lejos por un rayo del sol al horizonte.

Cuasimodo se inclinó hácia la plaza, y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un jóven, un capitan, un hermoso ginete que relumbraba por todas partes con sus armas y adornos, que pasaba caracoleando por el fondo de la plaza, y saludaba con su penacho á una bella dama que se sonreia en su balcon. Por lo demas, el oficial no oia á la desgraciada que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Pero el pobre sordo sí oia. Un suspiro profundo agitó su pecho; volvióse de espaldas; su corazon estaba anegado de todas las lágrimas que devoraba; sus dos puños se abalanzaron convulsivamente sobre su cabeza, y cuando los retiró, tenia en cada mano un puñado de cabellos rojos.

La gitana no le hacia el menor caso. Él decia en voz baja rechinando los dientes: «Condenacion! He aquí pues como debe ser uno! no es menester mas que ser hermoso por defuera!»

Entre tanto ella permanecia de rodillas y gritaba con una agitacion estraordinaria: «Oh! hele allí que se apea del caballo!—Va á entrar en aquella casa!—Febo!—No me oye!—Febo!—Que mala es aquella mujer, que se pone á hablarle al mismo tiempo que yo! Febo! Febo!

El sordo la miraba. Comprendia aquella pantomima. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas; pero no de-

jaba correr ninguna. De repente tiró con suavidad á la gitana por el borde de su manga. Ella se volvió. Él tenia ya un aire sereno, y le dijo: «Quereis que vaya á buscarle?

Ella dió un grito de alegría.—Oh! anda! ve! corre! pronto! aquel capitan! aquel capitan! tráemele! yo te amaré! Al hablar así abrazaba sus rodillas. Él no pudo menos de menear dolorosamente la cabeza.—Voy á traérosle, dijo con voz débil. En seguida volvió la espalda, y se precipitó á grandes pasos por la escalera abajo, anegado en llanto.

Cuando llegó á la plaza, no vió otra cosa que el hermoso caballo, atado á la puerta de la casa de Gondelaurier; el capitan acababa de entrar.

Levantó la vista hácia el tejado de la iglesia. La Esmeralda estaba aun en el mismo sitio, en la misma postura. Él le hizo una triste seña con la cabeza; despues se puso de espaldas contra uno de

los guardaruedas del portal de Góndelaurier, determinado á esperar que el capitan saliese.

En casa de Gondelaurier era aquel uno de los dias de gala que preceden á las bodas. Cuasimodo vió entrar mucha gente, y no vió salir á nadie. De cuando en cuando miraba hácia el tejado: la gitana estaba tan inmóvil como él. Un palafrenero salió á desatar al caballo y le hizo entrar en la caballeriza de la casa.

Pasóse el dia entero, Cuasimodo sobre el guardarueda, la Esmeralda sobre el tejado, Febo sin duda á los pies de Flor de Lis.

En fin vino la noche; una noche sin luna, una noche oscura. Cuasimodo fijaba en vano su vista sobre la Esmeralda; á poco tiempo ya no era mas que un punto blanco en el crepúsculo; despues nada. Todo se borró; todo estaba negro.

Cuasimodo vió iluminarse de arriba abajo todas las ventanas de la fachada de

la casa de Gondelaurier; vió encenderse una despues de otra las luces de todas las ventanas de la plaza; las vió tambien apagarse hasta la última, porque toda la noche permaneció en su puesto. El oficial no salia. Cuando los últimos que pasaban entraron en sus casas, cuando se apagaron las luces de todas las otras ventanas, Cuasimodo quedó enteramente solo en medio de la oscuridad. Entonces no habia alumbrado en el atrio de Nuestra Señora.

Sin embargo las ventanas de la casa de Gondelaurier habian quedado alumbradas, aun despues de media noche. Cuasimodo, inmóvil y atento, veia pasar por las vidrieras de mil colores una multitud de sombras vivas y que bailaban. Si no hubiese sido sordo, á medida que el rumor del dormido Paris se apagaba, hubiera oido cada vez mas distintamente en el interior de la casa de Gondelaurier, un ruido de fiesta, de risa y de música.

Hácia la una de la mañana, los convi-

dados empezaron á retirarse. Cuasimodo, rodeado de tinieblas, los miraba pasar á todos bajo el pórtico iluminado con hachas. Ninguno era el capitan.

Estaba lleno de tristes pensamientos: por momentos miraba al aire como quien se fastidia. Grandes nubes negras, rasgadas, abiertas, colgaban como hamacas de crespon bajo el arco estrellado de la noche. Parecian las telarañas de la bóveda del cielo.

En uno de estos momentos vió de improviso abrirse misteriosamente la vidriera del balcon, cuya balaustrada de piedra se ostentaba encima de su cabeza. La frágil vidriera dió paso á dos personas, tras de las cuales se volvió á cerrar sin ruido: eran un hombre y una muger. No sin trabajo pudo Cuasimodo reconocer en el hombre al hermoso capitan, y en la muger á la jóven que habia visto por la mañana dar la bien venida al oficial, desde lo alto de aquel mismo balcon. La

plaza estaba perfectamente oscura, y una doble cortina carmesí, que habia vuelto á caer detrás de la puerta en el momento en que esta se cerraba, dejaba apenas llegar al balcon la luz de la sala.

Los dos jóvenes, segun podia juzgar nuestro sordo que no oia una sola de sus palabras, se abandonaban al parecer á una conversacion muy tierna. La jóven parecia haber permitido al oficial ceñirle la cintura con su brazo, y resistía suavemente á un beso.

Cuasimodo asistia desde abajo á esta escena, tanto mas graciosa de ver cuanto que no estaba hecha para ser vista. Contemplaba aquella dicha, aquella belleza, con amargura. Despues de todo la naturaleza no era muda en el cuitado, y su columna vertebral, por atrozmente torcida que fuese, no era ménos sensible que otra cualquiera. Consideraba la miserable parte que la providencia le habia dado en la tierra; que las mujeres, el amor, el

deleite, pasarian eternamente por delante de sus ojos, y que jamás veria sino la felicidad agena. Pero lo que mas le lastimaba en este espectáculo, lo que añadia indignacion á su despecho, era el pensar lo que debia sufrir la gitana si podia verlo. Es cierto que la noche era oscurísima, que la Esmeralda, si se habia quedado en su puesto (lo que él no dudaba), estaba muy lejos, y que apenas él mismo podia distinguir los enamorados del balcon. Esto le consolaba.

Entre tanto la conversacion de aquellos se animaba cada vez mas. La señorita parecia suplicar al oficial que no pidiese nada mas. Cuasimodo no distinguia de todo esto sino las bellas manos juntas, las sonrisas mezcladas de lágrimas, los ojos de la jóven elevados hácia las estrellas, y los del capitan ardientemente inclinados sobre ella.

Por fortuna, porque la jóven empezaba á no luchar ya sino débilmente; la

puerta del balcon se volvió á abrir de improviso; aparecióse una señora de edad; la bella jóven pareció confusa; el oficial tomó un ademan enojado; y todos tres volvieron á entrarse.

Un momento despues sonaron las pisadas de un caballo debajo del pórtico, y el brillante oficial, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente delante de Cuasimodo.

El campanero le dejó doblar la esquina de la calle, y en seguida se puso á correr tras él con la agilidad de un mono, gritando: «Eh! capitan!

El capitan se detuvo.

«¿Qué me querrá este tunante? dijo, al divisar en la oscuridad aquella especie de figura derrengada que corria hácia él zangoloteando.»

Cuasimodo habia ya llegado á él y cogido resueltamente la rienda del caballo. «Seguidme, capitan; una persona quiere hablaros.

« Cuerno! dijo Febo entre dientes, he aquí un feo avechucho despeluzado que me parece haber visto en alguna parte. — Hola! maestro, ¿ quieres soltar la rienda de mi caballo?

— Capitan, respondió el sordo, ¿ preguntais que quién es?

— ¡ Te digo que sueltes la rienda! replicó Febo impacientado. ¿Qué quiere este pillo que se cuelga de la testera de mi caballo? crees por ventura que este animal es una horca?»

Cuasímodo, lejos de soltar el caballo, se disponia á hacerle retroceder. No pudiendo esplicarse á sí mismo la resistencia del capitan, se apresuró á decirle: «Venid, capitan; una mujer es quien os espera. Y haciendo un esfuerzo añadió: Una mujer que os ama.»

—Haya pillastron! dijo el capitan, ¡que me cree obligado á ir á casa de todas las mujeres que me aman, ó que lo dicen! — Y si por casualidad se parece á tí, cara

de mochuelo? — Anda, y dí á la que te envia que voy á casarme, que se vaya al demonio!

— Escuchad, gritó Cuasimodo creyendo vencer con una palabra su resistencia, venid, monseñor! es la gitana que ya sabeis!»

Esta palabra hizo en efecto una grande impresion en Febo, pero no la que el sordo esperaba. Deberá recordarse que nuestro galante oficial se habia retirado con Flor de Lis algunos momentos antes que Cuasimodo libertase á la sentenciada de las manos de Charmolue. Despues, en todas sus visitas á la casa de Gondelaurier, se habia guardado muy bien de hablar de semejante mujer, cuya memoria además le era penosa; y por su parte Flor de Lis no habia juzgado político decirle que la gitana vivia. Febo creia pues que la pobre *Similar* habia muerto, y que hacia ya de esto uno ó dos meses. Añadamos que llevaba ya el capitan algunos instantes de

pensar en la profunda oscuridad de la noche, en la fealdad sobrenatural, en la voz sepulcral del estraño mensajero, en que era mas de media noche, en que la calle estaba desierta como cuando la fantasma se habia encontrado con él, y en que su caballo soplaba mirando á Cuasimodo.

«La gitana! esclamó casi aterrado. Oyes, ¿vienes tú del mundo?»

Y echó mano á la daga.

«Pronto, pronto, dijo el sordo procurando tirar del caballo; ¡por aquí!»

Febo le asentó un vigoroso puntapié en el pecho.

El ojo de Cuasimodo centelleó. Hizo un movimiento para lanzarse sobre el capitan; pero conteniéndose en seguida, dijo: «Oh! qué feliz sois en que cierta persona os ame!

Cargó el acento sobre la palabra *cierta persona*, y dejando la brida añadió: «Idos!»

Febo metió las espuelas á su caballo jurando. Cuasimodo le vió ocultarse en la niebla de la calle. «Oh! decia en voz baja el pobre sordo, rehusar esto!»

Volvióse á Nuestra Señora, encendió su lámpara y subió otra vez á la torre. Como lo habia calculado, la gitana estaba aun en el mismo sitio. De lo mas lejos que ella pudo verle echó á correr hácia él. «Solo! esclamó la jóven juntando dolorosamente sus hermosas manos.

—No he podido encontrarle, dijo friamente Cuasimodo.

—Haberle esperado toda la noche, replicó ella encolerizada.»

El jorabado vió su enojo y comprendió el reproche. «Yo le atisbaré mejor otra vez, respondió bajando la cabeza.

—Vete! dijo ella.»

Alejóse Cuasimodo. Estaba la gitana descontenta de él. El habia querido mas bien verse maltratado por ella que afli-

girla. Habia guardado todo el dolor para sí.

Desde este dia, la gitana no le volvió á ver. Cesó de ir á su celda. Unicamente alguna vez divisaba en lo alto de una torre la cara del campanero melancólicamente fijada en ella. Pero luego que le percibia, desaparecia él.

Debemos decir que ella estaba poco pesarosa de esta ausencia voluntaria del pobre giboso. En el fondo del corazon lo agradecia. Por lo demas, Cuasimodo no se hacia ilusion sobre este punto.

Ella no le veia mas, pero sentia en torno de sí la presencia de un buen genio. Sus provisiones se renovaban por una mano invisible durante su sueño. Una mañana encontró sobre su ventana una jaula de pájaros. Habia encima de su celda una escultura que le causaba miedo. Habíalo manifestado mas de una vez delante de Cuasimodo. Una mañana (porque todas estas cosas se pasaban de

noche), no la volvió á ver, la habian destrozado. El que habia trepado hasta aquella escultura habia debido arriesgar su vida.

Algunas veces, por la noche, oia una voz, oculta bajo los tejadillos del campanario, cantar como para dormirla una cancion triste y estraña. Eran versos sin rima, como los puede hacer un sordo.

No mires á la cara,
Jóven doncella, mira el corazon.
El corazon de un bello jóven suele ser deforme.
Hay corazones que no conservan el amor.

Jóven doncella, el pino no es bello,
No es bello como el álamo,
Pero conserva sus hojas en el invierno

Ay! de qué sirve decir esto?
Lo que no es hermoso no debe existir;
La belleza ama solo á la belleza,
Abril vuelve las espaldas á enero.

La hermosura es perfecta,

La hermosura lo puede todo,
La hermosura es la única cosa que no existe á me-
(dias.

El cuervo no vuela sino de dia,
El mochuelo solo por la noche,
El cisne noche y dia.

Una mañana vió al despertarse sobre su ventana dos vasos llenos de flores. El uno era de cristal muy hermoso y brillante, pero estaba roto. Habíase salido el agua que le habian echado, y las flores que contenia estaban marchitas. El otro era un puchero de barro, ordinario y grosero, pero que habia conservado toda su agua, y cuyas flores se mantenian frescas y lozanas.

No sé si fué con intencion, pero la Esmeralda cogió el ramillete marchito, y le trajo todo el dia al pecho.

Este dia no oyó cantar la voz de la torre.

Poco cuidado le dió. Pasaba los dias en acariciar á Djali, en atisbar la puerta

de la casa de Gondelaurier, en hablar consigo misma de Febo, y en migar pan á las golondrinas.

Por lo demas habia cesado enteramente de ver y oir á Cuasimodo. El pobre campanero parecia haber desaparecido de la iglesia. Una noche sin embargo, como no durmiese todavía y pensase en su hermoso capitan, oyó suspirar cerca de la celda. Asustada, se levantó y vió á la claridad de la luna una masa disforme acostada al través delante de su puerta. Era Cuasimodo que estaba durmiendo sobre la dura piedra.



# Capítulo V.

## La llave de la puerta Encarnada.

En este tiempo la voz pública habia hecho ya conocer al arcediano la manera milagrosa con que la gitana habia sido libertada. Cuando llegó á entenderlo, no supo lo que sentia. Habíase conformado con la muerte de la Esmeralda. Hallábase ya tranquilo de aquel modo : habia tocado el fondo de todo el dolor posible. El corazon humano (y Don Claudio habia meditado sobre estas materias) no puede contener mas que una cierta porcion de desesperacion. Cuando la esponja se halla empapada, el mar puede pasar por encima sin añadirle una lágrima mas.

Ahora bien, muerta la Esmeralda, la esponja estaba empapada, todo se habia acabado para Don Claudio sobre la tierra. Pero saberla viva y á Febo tambien, esto era volver á comenzar la tortura, los golpes, las alternativas, la vida. Y Claudio estaba cansado de todo esto.

Cuando supo esta noticia, se encerró en su celda del claustro. No pareció ni en las conferencias capitulares ni en los oficios. Cerró su puerta á todo el mundo, hasta al mismo obispo. Permaneció emparedado de este modo muchas semanas. Se le creyó enfermo. Lo estaba en efecto.

Y ¿qué hacia encerrado de esta manera? Con qué ideas luchaba el desgraciado? Peleaba quizá por la última vez con su formidable pasion? Combinaba el último plan de muerte para ella y de perdicion para él?

Su Juan, su hermano querido, su hijo mimado, llegó á su puerta una vez, llamó,

juró, suplicó, se nombró diez veces: Claudio no abrió.

Pasaba dias enteros con su rostro pegado á los vidrios de su ventana. Desde esta ventana, situada en el claustro, veia la celda de la Esmeralda; veia frecuentemente á ella misma con su cabra, algunas veces con Cuasimodo. Observaba las atenciones del feo sordo, sus actos de obediencia, sus maneras delicadas y sumisas con la gitana. Se acordaba, porque tenia buena memoria, y la memoria es la atormentadora de los zelosos, se acordaba de la mirada singular del campanero á la bailarina una cierta tarde: se preguntaba á sí mismo el motivo que habia podido impeler á Cuasimodo para libertarla. Fué testigo de mil escenas cortas entre la gitana y el sordo, cuya pantomima, vista de lejos y comentada por su pasion le pareció muy tierna. Desconfiaba de la singularidad de las mujeres. Entonces sintió confusamente despertarse en el

unos zelos que jamás hubiera imaginado, unos zelos que le hacian sonrojar de vergüenza y de indignacion. «Aun el capitan, pase; pero este!» Esta idea le trastornaba.

Sus noches eran espantosas. Desde que sabia que la gitana vivia, las frias imágenes de espectro y de sepulcro, que le habian asaltado un dia entero, se habian desvanecido, y la carne volvia á aguijarle. Se torcia en su lecho al saber que la morena doncella se hallaba tan cerca de él.

Cada noche, su imaginacion delirante le representaba la Esmeralda en todas las actitudes que mas habian hecho hervir la sangre en sus venas. Veíala tendida sobre el herido capitan, los ojos cerrados, su hermosa garganta descubierta, bañada en la sangre de Febo, en el momento de delicia en que el arcediano habia impreso sobre sus pálidos labios aquel beso cuyo ardor habia sentido la desgraciada, aunque medio muerta. Volvíala á ver despo-

jada de sus vestidos por las manos salvajes de los atormentadores. dejando que desnudasen y encajonasen en el borceguí de tornillos de hierro su piececito, su pierna fina y redonda, y su flexible y blanca rodilla. Veia de nuevo aquella rodilla de marfil que quedaba fuera del horrible aparato de Calletuerta. En fin se figuraba á la jóven en camisa, con la cuerda á la garganta, las espaldas desnudas, los pies desnudos, casi desnuda ella como la habia visto el último dia. Estas imágenes de voluptuosidad hacian contraerse sus puños y correr un temblor general por sus vértebras.

Una noche, entre otras, inflamaron tan cruelmente en sus arterias su sangre de vírgen y de sacerdote que mordió su almohada, saltó fuera de la cama, se echó una sobrepelliz sobre la camisa, y salió de su celda, con su lámpara en la mano, medio desnudo azorado, y despidiendo fuego por los ojos.

Sabia en donde se hallaba la llave de la puerta Encarnada que comunicaba del claustro á la iglesia, y llevaba siempre consigo, como se ha dicho, una llave de la escalera de las torres.



# Capítulo VI.

## Continuacion de la llave de la puerta Encarnada.

Aquella noche, la Esmeralda se habia dormido en su cuartito, olvidada de todo, llena de esperanza y de dulces pensamientos. Ya hacia rato que dormia, soñando como siempre con Febo, cuando creyó oir ruido cerca de sí. Tenia un sueño ligero é inquieto, un sueño de pájaro; una mosca la despertaba. Abrió los ojos. La noche era muy oscura. Sin embargo, vió en la tronera una cara que la miraba; y una lámpara que alumbraba esta aparicion En el momento que la ca-

ra se vió observada por la Esmeralda, sopló la luz : la muchacha no obstante tuvo tiempo de entreverla; sus párpados se cerraron de terror. «Oh! dijo con voz apagada, el clérigo!»

Toda su desgracia pasada se le vino á la imaginacion como un relámpago: y volvió á caer helada sobre la cama.

Un momento despues, sintió por todo su cuerpo un contacto que la hizo estremecer de tal manera que se sentó despierta y furiosa sobre la cama.

El clérigo acababa de echarse junto á ella, y la rodeaba con ambos brazos.

Ella quiso gritar y no pudo.

«Vete, monstruo! vete, asesino! le dijo con voz trémula y baja, efecto de la cólera y el espanto.

—Perdon! perdon! respondió á media voz el clérigo imprimiéndole sus labios sobre los hombros.»

Cogióle ella la cabeza calva con las dos manos por el poco pelo que le quedaba, y

se esforzó por alejar sus besos como si fueran mordeduras.

«Perdon! repetia el infeliz. Si supieras cual es mi amor! es fuego, plomo derretido, mil cuchillos que me atraviesan el corazon!»

Y sujetó los brazos de la jóven con una fuerza sobrehumana. Despavorida ella, «¡suéltame, le dijo, ó te escupo en la cara!

Él la soltó.—Enviléceme, castígame, sé perversa! haz lo que quieras! Pero gracia! ámame!»

Entonces ella comenzó á pegarle con un furor de niño. Y apretaba sus hermosas manos para golpearle el rostro. «Vete, demonio!

—Amame! ámame! piedad! esclamaba el pobre clérigo; rodándose sobre ella, y respondiendo á sus golpes con caricias.»

De repente la gitana le sintió mas fuerte que ella. «Es forzoso acabar! dijo él rechinando los dientes.»

Ella se hallaba ya subyugada, palpitante, sin fuerzas, entre sus brazos, á su discrecion. Sentia ya una mano lasciva correr sobre su cuerpo. Hizo un postrer esfuerzo, y se puso á gritar: «Socorro! un vampiro! un vampiro!»

Nadie venia. Djali sola estaba despierta, y balaba con angustia.

«Calla! decia el clérigo sin aliento.»

De repente, mientras forcejeaba y se arrastraba por el suelo, la mano de la gitana encontró una cosa fria y como de metal. Era el pito de Cuasimodo. Cogiólo con una convulsion de esperanza, llevóle á sus labios, y silbó con todas las fuerzas que le quedaban. El pito produjo un sonido claro, agudo, penetrante.

«Qué es eso? dijo el clérigo.»

Casi en el mismo instante sintió que le levantaba un brazo vigoroso; la celda estaba oscura. No pudo distinguir claramente quien le tenia así; pero oyó unos dientes rechinar de rabia, y no habia si-

no la luz necesaria para que viese brillar sobre su cabeza la ancha hoja de un cuchillo.

El clérigo creyó distinguir la figura de Cuasimodo. Supuso que nadie podia ser sino él. Se acordó de que al entrar habia tropezado con un paquete que estaba tendido á través de la puerta por la parte de afuera. Sin embargo, como el recienvenido no hablaba una palabra, no sabia que pensar. Lanzóse sobre el brazo que tenia el cuchillo, gritando: *Cuasimodo!* En aquel momento de angustia, se le olvidaba que Cuasimodo era sordo.

En un abrir y cerrar de ojos el clérigo cayó al suelo, y sintió una rodilla de plomo apoyarse sobre su pecho. En el contacto anguloso de esta rodilla conoció á Cuasimodo; pero qué hacer? cómo lograr el ser conocido de él? La oscuridad hacia ciego al sordo.

Estaba perdido. La jóven sin piedad, como una tigre irritada, no intervenia

para salvarle. El cuchillo se acercaba á su cabeza; el momento era crítico. Repentinamente su adversario pareció titubear. «No haya sangre sobre ella! dijo con voz sorda.»

En efecto era la voz de Cuasimodo.

Entonces el clérigo sintió la nervuda mano que le arrastraba por el pie fuera de la celda; allí debia morir. Afortunadamente para él, la luna habia salido.

Cuando hubieron pasado el umbral de la puerta, sus pálidos rayos hirieron la cara del clérigo. Cuasimodo le miró, sobrecogióle un temblor general, le soltó y retrocedió.

La gitana, que se habia acercado á la puerta, vió con sorpresa cambiarse de improviso la escena. Ahora era el clérigo quien amenazaba, Cuasimodo el que suplicaba.

Aquel, que confundia al sordo con gestos de cólera y de reproche, le hizo violentamente seña para que se retirase.

El sordo bajó la cabeza, y en seguida fué á ponerse de rodillas delante de la puerta de la gitana. «Monseñor, dijo con una voz grave y resignada, despues haréis lo que querais; pero matadme antes.»

Hablando así presentaba su cuchillo al clérigo. Este fuera de sí se arrojó sobre él. Pero la jóven fué mas pronta; arrancó el cuchillo de las manos de Cuasimodo, y dió una carcajada de risa furiosa. «Acércate! le dijo.»

Tenia el cuchillo levantado. El clérigo quedó indeciso. Sin duda ella le hubiera herido. «Ya no te atreves á acercarte, cobarde! le gritó ella.» En seguida añadió con una espresion despiadada, y que sabia que iba á atravesar el corazon del clérigo con mil hierros ardientes: «Ah! sé que Febo no ha muerto!»

El arcediano echó á Cuasimodo al suelo de una patada, y se volvió á entrar temblando de rabia bajo la bóveda de la escalera.

Luego que se fué, Cuasimodo recogió el pito que acababa de salvar á la gitana. «Se estaba enmoheciendo, dijo al devolvérsele; y en segu'da la dejó sola.

La jóven, aterrada con una escena tan violenta, cayó fatigada sobre la cama, y se puso á llorar y sollozar. El horizonte volvia á oscurecerse para ella.

Por su parte el clérigo habia vuelto á entrar en su celda á tientas.

Estaba visto; Don Claudio tenia zelos de Cuasimodo.

El repitió con ademan pensativo su fatal palabra: «Nadie la logrará!»

# LIBRO DÉCIMO.

## Capítulo primero.

**Ocúrrense á Gringorio muchas ideas felices una tras otra en la calle de los Bernardinos.**

Desde que Pedro Gringorio habia visto el aspecto que iba tomando el negocio, y que seguramente habria soga, ahorcamiento, y otros sinsabores para los personajes principales de la comedia, se habia cuidado poco de mezclarse en ella. Los truhanes, entre los cuales habia permanecido considerando que en úl-

timo resultado eran la mejor compañía de Paris, los truhanes, repito, habian continuado interesándose por la gitana. Habia él hallado una razon muy sencilla para esto de parte de unas gentes que no tenian, como ella, otra perspectiva que Charmolue y Calletuerta, y que no cabalgaban como él por las regiones imaginarias entre las dos alas de Pegaso. Habia sabido por sus conversaciones que su esposa de cántaro roto se habia refugiado en Nuestra Señora, y se alegraba mucho; pero ni tentaciones tenia de ir á verla. Algunas veces pensaba en la cabrita, y á eso se reducia todo. Por lo demas, de dia hacia habilidades para vivir, y de noche escribia una memoria contra el obispo de Paris, porque se acordaba de haber sido inundado por las ruedas de sus molinos, y no se lo perdonaba. Tambien se ocupaba en comentar la hermosa obra de Baudri el Rojo, obispo de Noyon y de Tornai, *de Cupa Petrarum*, lo cual le ha-

bia inspirado una violenta aficion á la arquitectura, inclinacion que en su corazon habia reemplazado á su pasion hácia el hermetismo, de que sin embargo no era sino un corolario natural, supuesto que hay una conexion íntima entre la hermética y la albañilería. Gringorio habia pasado del amor de una idea al amor de la forma de esta misma idea.

Un dia se habia paseado cerca de San German de Auxerre en el ángulo de una casa que se llamaba *el Fuerte del Obispo*; la cual se hallaba en frente de otra llamada *el Fuerte del Rey*. Habia en el Fuerte del Obispo una capilla hermosísima del siglo XIV., cuya cúpula daba á la calle. Gringorio estaba examinando con mucha atencion las esculturas esteriores. Hallábase en uno de aquellos momentos de goce egoista, esclusivo, supremo, en que el artista no ve en el mundo mas que el arte, y ve el mundo en el arte. De repente siente una mano ponerse gravemente so-

bre su hombro. Vuélvese, y halla á su antiguo amigo, su antiguo maestro, el señor arcediano.

Quedóse estupefacto. Hacia bastante tiempo que no le habia visto, y Don Claudio era uno de esos hombres solemnes y apasionados cuyo encuentro trastorna siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

El arcediano guardó algunos instantes el silencio, durante el cual Gringorio pudo observarle á sus anchas. Encontróle muy cambiado: pálido como una mañana de invierno, los ojos hundidos y el pelo casi blanco. En fin el clérigo fué el que rompió el silencio, diciendo con tono tranquilo pero glacial. «¿ Como va, maese Pedro?

—Mi salud! respondió Gringorio. Eh! eh! de todo hay. Sin embargo, en general es buena. En nada me escedo demasiado. Ya sabeis maestro el secreto para pasarlo bien, segun Hipócrates; *id est: cibi, po-*

*tus, somni, venus, omnia moderata sint.*

—Con qué ¿nada os inquieta, maese Pedro? dijo el arcediano, clavando los ojos en Gringorio.

—A fe mia que no.

—Y qué haceis ahora?

—Ya lo veis, señor: examino el corte de estas piedras, y la manera con que está sacado este bajo relieve.»

El clérigo se sonrió con una de esas sonrisas amargas que no levantan sino una de las estremidades de la boca. «Y eso os divierte?

—Es el paraíso! esclamó Gringorio; é inclinándose sobre las esculturas con el ademan entusiasmado de un hombre que enseña fenómenos vivos continuó: pues ¡qué ¿no encontrais por ejemplo esta metamórfosis de bajo relieve ejecutada con mucha habilidad, gracia y paciencia? Mirad esta columnilla. ¿Al rededor de que capitel habeis visto hojas mas suaves y mejor trabajadas? He aquí tres relieves

redondos de Juan Maillevin. No son los mejores trabajos de este gran genio; sin embargo, la naturalidad, la dulzura de los rostros, la alegría de las actitudes y de los ropajes, y ese agrado inesplicable que se mezcla en todos los defectos, hacen las figuras muy alegres y muy delicadas, quizá demasiado. ¿Y os parece que esto no divierte?

—Sí, dijo el clérigo.

—Y si vieseis el interior de la capilla! prosiguió el poeta con su entusiasmo hablador. Esculturas por todas partes. Están tan espesas como el corazon de una col. El ápside tiene una forma muy devota, y tan particular, que en ninguna parte he visto cosa semejante.»

Don Claudio le interrumpió: «Con qué ¿sois dichoso?»

Gringorio respondió con fuego:

«Os doy mi palabra que sí! En un tiempo he amado á las mujeres, despues á los animales, ahora amo las piedras.

Tan divertido es esto como los animales y las mujeres, y menos pérfido.»

El clérigo se puso la mano en la frente. Este era su gesto habitual: «Es verdad!»

—Mirad! dijo Gringorio, ¡hay goces! Cogió el brazo del clérigo que se dejaba conducir, y le hizo entrar bajo la torrecilla de la escalera del Fuerte del Obispo. —He aquí una escalera! Cada vez que la veo, soy dichoso. Es la gradería mas sencilla y mas rara de Paris. Todos los escalones están chaflanados por debajo. ¡Su hermosura y sencillez consiste en los girones de la una y de la otra, de la estension de un pie ó cerca de él, que se hallan entrelazados, enclavados, encajonados, encadenados, engastados, entrecalados el uno en el otro, y que se agarran de una manera verdaderamente firme y bonita!

—Y no deseais nada?

—No.

—Ni echais nada de menos?

—Ni hecho de menos, ni deseo. He arreglado mi plan de vida.

—Lo que los hombres arreglan, dijo Claudio, las cosas lo desarreglan.

—Soy un filósofo pirrónico, respondió Gringorio, y lo tengo todo en equilibrio.

—Y como ganais la vida?

—Todavía hago algunas veces epopeyas y tragedias; pero con lo que gano mas es con la iudustria que ya sabeis, señor, llevando pirámides de sillas sobre los dientes.

—El oficio es grosero para un filósofo.

—Es tambien equilibrio, dijo Gringorio. Cuando se tiene una idea fija, se halla en todo.

—Lo sé, respondió el arcediano.»

Despues de un corto silencio prosiguió este: «Sin embargo estais bastante miserable.

—Miserable, sí; desgraciado, no.»

En este momento se oyó ruido de caballos, y nuestros dos interlocutores vie-

ron desfilar por el estremo de la calle una compañía de archeros de la ordenanza del rey, con las lanzas altas y el oficial á la cabeza. La cabalgada era brillante y resonaba en el empedrado.

«Cómo mirais á ese oficial! dijo Gringorio al arcediano.

—Es que creo conocerle.

—Cómo se llama?

—Me parece, dijo Claudio, que se llama Febo de Chateaupers.

—Febo! un nombre de curiosidad! tambien hay Febo conde de Foix. Me acuerdo de haber conocido una muchacha que no juraba sino por Febo.

—Venid, dijo el clérigo. Tengo una cosa que deciros.»

Desde que pasó la tropa, se dejaba percibir cierta agitacion á través del aspecto glacial del arcediano. Echó este á andar. Gringorio le seguia, acostumbrado á obedecerle, como todo el que se habia acercado una vez á este hombre lleno de as-

cendiente. Llegaron en silencio hasta la calle de los Bernardinos, que estaba bastante desierta. Don Claudio se paró.

«Qué teneis que decirme, mi señor? le preguntó Gringorio.

—Qué! ¿no os parece, respondió el arcediano con ademan de profunda reflexion, que el traje de esos ginetes que acabamos de ver es mas hermoso que el vuestro y el mio?»

Gringorio meneó la cabeza. «A fe mia! mejor quiero mi casaca amarilla y encarnada que esas escamas de hierro y acero. ¡Buen gusto por cierto, hacer al andar el mismo ruido que el muelle de la Herreria en un temblor de tierra!

«Con qué, Gringorio, ¿jamás habeis envidiado á esos hermosos jóvenes con cotas de guerra?

—Envidiar? y qué, señor arcediano? su fuerza, su armadura, su disciplina? Mas valen la filosofia y la independencia llenas de andrajos. Yo mas quiero

ser cabeza de raton que cola de leon.

—Eso es estraño, dijo el clérigo pensativo. Sin embargo una hermosa librea, es hermosa.»

Gringorio, viéndole pensativo, le dejó para ir á admirar el pórtico de una casa contigua; y volvió palmoteando. «Si estuviéseis menos ocupado con los hermosos vestidos de las gentes de guerra, señor arcediano, os suplicaria que vinieseis á ver esta puerta. Siempre lo he dicho, la casa del señor Aubri tiene la entrada mas soberbia del mundo.

—Pedro Gringorio, dijo el arcediano, ¿qué hebeis hecho de aquella gitanilla bailarina?

—La Esmeralda? Muy de repente cambiais de conversacion.

—¿No era vuestra mujer?

—Sí, por medio de un cántaro roto. Teníamos matrimonio para cuatro años.

—A propósito, añadió Gringorio mirando al arcediano con un aire medio cho-

çarrero, ¿ con qué todavía pensais en ella?

—Y vos ; ¿ya no pensais mas?

—Poco..... ¡ Tengo tantas cosas !.... ¡ Dios mio, que bonita era la cabrita !

—Esa gitana ¿no os habia salvado la vida?

—Eso es verdad, cáspita!

—Y bien! qué le ha sucedido? qué habeis hecho de ella?

—No puedo deciros. Creo que la han ahorcado.

—Lo creeis?

—No estoy seguro. Cuando ví que querian ahorcar á la gente, me retiré del juego.

—Y ¿es eso todo lo que sabeis de ella?

—Aguardad. Me han dicho que se habia refugiado en Nuestra Señora y que se hallaba en seguridad, y me alegro mucho, y no he podido saber si la cabra se habia salvado con ella, y esto es cuanto sé.

—Yo voy á contaros algo mas, esclamó Don Claudio, y su voz, hasta enton-

ces baja, lenta y casi sorda, era como de trueno. En efecto se halla refugiada en Nuestra Señora; pero dentro de tres dias la justicia la volverá á coger, y será ahorcada en Greva. Ya hay órden del parlamento.

—He ahí una triste cosa, dijo Gringorio.»

El clérigo, en un abrir y cerrar de ojos, habia vuelto á su estado frio y tranquilo.

—Y quién diablos, prosiguió el poeta. se ha divertido en solicitar una órden de reintegracion? Qué! no podian dejar al parlamento en paz? Qué importa que una pobre muchacha se refugie bajo las bóvedas de Nuestra Señora, al lado de los nidos de las golondrinas.

—Hay satanases en el mundo, respondió el arcediano.

—Endiabladamente mal está eso, observó Gringorio.»

El arcediano despues de un instante de

silencio prosiguió : — Con que ¿ella os ha salvado la vida ?

«Entre mis nuevos amigos los truhanes, poco mas poco menos ; ya estaba yo ahorcado ; y lo sentirian hoy.

— Y qué ¿no quereis hacer nada por ella ?

— No deseo otra cosa , Don Claudio ; pero ¿y si me enredo un feo negocio al rededor del cuerpo ?

— Qué importa !

— Como ! qué importa ! Muchas gracias , señor ! Tengo dos grandes obras empezadas.»

El clérigo se pegó en la frente. A pesar del sosiego que aparentaba , de cuando en cuando un gesto violento revelaba sus convulsiones interiores. «Cómo salvarla ?»

Gringorio le dijo : «Mi señor , yo os responderé : *Il padelt* , lo cual quiere decir en turco : *Dios es nuestra esperanza.*

— Cómo salvarla ? repitió Claudio pensativo.

Gringorio á su turno se golpeó la frente.

«Escuchad, mi señor, yo tengo imaginacion; voy á deciros los medios. Si se lo pide la gracia al Rey!

—A Luis XI! una gracia!

—Porqué no?

—Vete á arrancar su presa al tigre!»

Gringorio se puso á buscar nuevas soluciones.

«Y bien! mirad! — Quereis que dirija á las matronas un pedimento declarando que la muchacha está embarazada?»

Esto hizo centellear la hueca pupila del clérigo.

«Embarazada! pillo! qué! sabes algo?

—Gringorio se asustó al verle, y se apresuró á decir: —Oh! yo no! Nuestro casamiento era un verdadero *forismaritagium*. Siempre me he quedado fuera. Pero al fin se podria conseguir una prórroga.

—Locura! infamia! cállate!»

Haceis mal en enfadaros, dijo entre dientes Gringorio. Se obtiene una prórroga

ga; esto no hace mal á nadie, y hace ganar cuarenta dineros parisís á las matronas que son unas pobres.

El clérigo no le escuchaba. «¡Con todo es necesario que salga de allí! murmuró. La órden es ejecutoria dentro de tres dias! Además, aunque no hubiese sentencia, ¡ese Cuasimodo! Las mujeres tienen gustos muy depravados! Alzó la voz: «Maese Pedro, lo he pensado mucho; no hay sino un medio de salvarla.

—Cuál? yo no veo ninguno.

—Escuchad, maese Pedro, acordaos que le debeis la vida. Voy á deciros francamente mi pensamiento. La iglesia está espiada dia y noche; no dejan salir de ella sino á los que ven entrar. Vos podeis entrar pues. Vendréis; os introduciré junto á ella; cambiaréis con ella de vestido; ella tomará vuestro jubon, y vos su trage.

— Todavía va bien hasta ahora, observó el filósofo; ¿y despues?

—Y despues? Ella saldrá con vuestros

vestidos; y vos quedaréis con los suyos. Os ahorcarán tal vez; pero ella se salvará.»

Gringorio se rascó la oreja con un aire muy serio.

«Mirad! dijo, he ahí una idea que jamás se me hubiera ocurrido por sí sola.»

Al oir la inesperada proposicion de Don Claudio, la cara alegre y benigna del poeta se habia repentinamente oscurecido, como un risueño paisaje de Italia, cuando sobreviene un golpe de viento malhadado que arroja una nube por delante del sol.

«Y bien! Gringorio, ¿qué decís del medio?

—Digo, señor, que me ahorcarán no tal vez, sino indudablemente.

—Eso no nos importa.

—Zambomba! dijo Gringorio.

—Ella os salvó la vida. Es una deuda que le pagais.

—Hay muchas otras que no pago!

—Maese Pedro, es absolutamente indispensable.»

El arcediano hablaba con imperio.

«Escuchad, Don Claudio, respondió el poeta todo consternado. Estais por esa idea y no teneis razon. Yo no sé porque me he de hacer ahorcar en lugar de otro.

—¿Qué teneis pues que tanto os apega á la vida?

—Ah! mil razones.

—¿Cuáles son, si teneis la bondad de decírmelas?

—Cuales? El aire, el cielo, la mañana, la tarde, el claro de luna, mis buenos amigos los truhanes, nuestras bromas con las truhanas, las hermosas arquitecturas de Paris que estudiar, tres grandes libros que hacer, de los cuales uno es contra el obispo y sus molinos; y qué se yo! Anaxágoras decia que estaba en el mundo para admirar al sol. Y ademas yo tengo la dicha de pasar todos los dias desde por la mañana hasta la noche con un

hombre de genio, que soy yo, y esto es muy agradable.

—Cabeza de cascabel! dijo entre dientes el arcediano. —Eh! habla, esa vida que pintas tan hermosa, quién te la ha conservado? A quién debes el respirar ese aire, ver ese cielo, y poder aun divertir tu imaginacion de alondra con pamplinas y locuras? Si no hubiese sido por ella dónde estarías? Con qué quieres que muera, ella por quien tú vives? qué muera esa criatura hermosa, dulce, adorable, necesaria á la luz del mundo, mas divina que Dios; mientras que tú, semi-sabio y semi-loco, vano bosquejo de cualquiera cosa, especie de vegetal que cree andar y que cree pensar, has de continuar viviendo con la vida que le has robado, tan inútil como una vela al mediodía? Vaya, un poco de piedad, Gringorio; sé generoso á tu vez; ella lo fué primero.»

El clérigo hablaba con vehemencia. Gringorio le escuchó al principio con ade-

man indeterminado, despues se enterneció, y acabó por hacer un gesto trágico que dió á su pálida cara la semejanza de un recien nacido que tiene cólico.

«Patético estais! dijo enjugándose una lágrima. — Pues bien! lo pensaré. — Es una idea maldita la que se os ha ocurrido. — Y al fin, prosiguió despues de un corto silencio, quién sabe? puede que no me ahorquen. No siempre se casa el que se desposa. Cuando me encuentren en el cuartucho, tan grotescamente vestido, con saya y cofia, quizá se echen á reir. — Y despues, si me ahorcan, bien! la cuerda es una muerte como cualquiera otra, ó por mejor decir, no es una muerte como cualquiera otra. Es una muerte digna del sabio que ha oscilado durante toda su vida, una muerte que ni es carne ni pescado, como el espíritu de un verdadero escéptico, una muerte llena de pirronismo y de vacilamiento, que tiene el medio entre el cielo y la tierra, que deja á uno

en suspenso. Es una muerte de filósofo, y puede que yo estuviese predestinado para ella. Es magnífico morir como se ha vivido.

El clérigo le interrumpió: — Estamos convenidos?

— Qué es la muerte, al fin y al cabo? prosiguió Gringorio con exaltacion. Un mal rato, un peaje, el pasaje de lo poco á la nada. Habiendo preguntado uno á Cercidas, megalopolitano, si querria morir: —Y porqué no? respondió: despues de mi muerte veré á esos grandes hombres, á Pitágoras entre los filósofos, á Hecateo entre los historiadores, á Homero entre los poetas, á Olimpio entre los músicos.

El arcediano le alargó la mano. —Con qué estamos corrientes? pues mañana vendréis.

Este gesto volvió á Gringorio á lo positivo.

— Ah! por mi vida, no! dijo con el

tono de un hombre que se despierta. Ser ahorcado ! es demasiado absurdo. No quiero.

—A Dios entonces ! Y el arcediano añadió entre dientes : Yo te volveré á hallar !

—No quiero que este diablo de hombre me vuelva á hallar, pensó Gringorio, y corrió tras de Don Claudio.

—Vaya, señor arcediano, fuera riñas entre antiguos amigos! Os interesais por esa muchacha, por mi muger, quiero decir; está bien. Habeis imaginado una estratajema para hacerla salir salva de Nuestra Señora, pero vuestra invencion es estraordinariamente desagradable para mí, Gringorio. —Si yo tuviese otra ! —Os anuncio que acaba de ocurrírseme en este instante una inspiracion muy luminosa. —Si yo tuviese un medio para sacarla del paso sin comprometer mi pescuezo con el menor nudo corredizo qué diriais ? no os bastaria esto ? Es absolutamente necesario que

yo sea ahorcado para que vos esteis contento?

El clérigo arrancaba de impaciencia los botones de su sotana.—Torrente de palabras! Cuál es ese medio?

—Sí, continuó Gringorio hablando consigo mismo y tocándose la nariz con el índice en señal de meditacion.... Esó es! —Los truhanes son guapos chicos. — La tribu de Egipto la ama! — Se levantarán á la primera palabra! —Nada más fácil! —Un golpe de mano.—A favor del desórden, se la robará fácilmente! — Desde mañana á la noche..!—No desearán otra cosa.

—El medio! habla! dijo el clérigo sacudiéndole del brazo.

Gringorio se volvió majestuosamente hácia él: — Dejadme, ya veis que estoy componiendo. Reflexionó aun algunos instantes; y en seguida se puso á aplaudir á palmadas su pensamiento gritando: —Admirable! triunfo cierto!

—El medio! dijo otra vez Claudio irritado. Gringorio estaba ufano y radiante.

—Venid, y os lo diré callando. Es una contramina soberbia, y que nos saca á todos del atolladero. Pardiez! es forzoso convenir en que no soy un imbécil!

Interrumpióse en esto á sí mismo:—Ah! sepamos! La cabrita está con la chica?

—Sí. El demonio te lleve!

—Es que la hubieran ahorcado tambien; no es verdad?

—Qué me importa eso?

—Sí, la hubieran ahorcado: demasiado que colgaron en el mes pasado una marrana. Al verdugo le agrada esto; porque despues se come el animal. Ahorcar á mi graciosa Djalí! Pobre animalito de mis entrañas!

—Maldicion! esclamó Don Claudio. El verdugo eres tú. ¿Qué medio de salvacion has hallado, villano? Será menester arrancarte la idea con unas tenazas?

—Despacito, maestro: oidla.»

Gringorio se acercó al oido del arcediano, y le habló muy bajo, echando una mirada inquieta del uno al otro estremo de la calle, por la cual sin embargo no pasaba un alma. Luego que acabó, Don Claudio le cogió la mano y le dijo friamente: «Está bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Gringorio. Y mientras el arcediano se alejaba por una parte, él se fué por la otra diciéndose á si mismo á media voz: —He aquí un negocio escabroso, señor Pedro Gringorio. No importa; no está dicho que, porque uno sea pequeño, le ha de aterrar una empresa grande. Biton llevó un gran toro sobre sus hombros; las aguzanieves, las currucas y las colialbas atraviesan el Océano.

# Capítulo II.

## Haceos truhan.

El arcediano á su vuelta al claustro encontró que le esperaba á la puerta de su celda su hermano Juan del Molino, que para entretener aquel rato de espera se habia divertido en dibujar sobre la pared con un carbon el perfil del rostro de su hermano, adornado y enriquecido con unas narices desmesuradas.

Don Claudio apenas reparó en su hermano; tenia otros cuidados. Aquella cara picaresca y alegre, que logró serenar mas de una vez la tétrica fisonomía del clérigo, no tenia á la sazon poder bastante para disipar la niebla cada dia mas espesa

que se estendia sobre aquella alma corrompida, mefítica y encenagada.

—Querido hermano, dijo tímidamente Juan, venia á veros.

El arcediano replicó sin dignarse ni aun alzar los ojos: —Qué mas?

—Hermano mio, continuó el hipócrita, sois tan bueno para conmigo, me dais tan saludables consejos, que siempre deseo oirlos de vuestros labios.

—Y qué mas?

—Ah! hermano de mi alma, cuanta razon teniais cuando deciais: —Juan, Juan, *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina:* Juan, tened juicio, Juan, sed aplicado; Juan no pernocteis fuera del colegio sin legítimo motivo y sin licencia del maestro. No golpees á los Picardos: *noli, Joannes, verberare Picardos.* No envejezcais bajo la sotana de la escuela, cual si fueseis un burro sin letras, *quasi asinus illiteratus.* Juan, dejaos castigar cuando le acomode al maestro. Juan,

id todas las noches á la capilla, y allí cantad una antífona con su versículo y oracion á nuestra señora la gloriosa Virgen María. Ah! cuán escelentes eran estos consejos!

—Adelante.

—Hermano de mis entrañas, en vuestra presencia teneis un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un enorme pecador! Mi querido hermano, Juan ha despreciado vuestros generosos consejos; y ahora sufre el condigno castigo, porque Dios es inmensamente justo. Mientras he tenido dinero, todo ha sido fiestas, locura, vida alegre. Oh! la disolucion, tan halagüeña al principio, qué fea y ceñuda es á la fin! Ahora no tengo una blanca; he vendido hasta el mantel, la camisa y la tohalla; adios, vida alegre! la hermosa vela se ha apagado, y no me queda sino la inmunda mecha de sebo que me ahuma las narices. Las mozuelas se burlan de mí; bebo agua clara;

y estoy acosado de remordimientos y de acreedores.

—Al caso, dijo el arcediano.

—Ah, carísimo hermano mio! trato de sujetarme á hacer mejor vida; y vengo á vos lleno de contricion. Soy un penitente: me confieso; me doy fuertes golpes de pecho. Teneis mucha razon en querer que llegue algun dia á ser licenciado y pasante del colegio de Torchi; he aquí el momento en que me siento con entera vocacion para este estado; pero no tengo tinta y es preciso comprarla; no tengo plumas, y es preciso comprarlas; no tengo papel, no tengo libros, y es preciso comprarlos. Para esto necesito algunos fondos, y en tal apuro me dirijo á vos, hermano mio, todo lleno de contricion.

—Se reduce todo á eso?

—Si, dijo el estudiante, á un poco de dinero.

—No le tengo.

Entonces el estudiante dijo con tono

grave y resuelto ;—Pues bien, hermano, siento mucho tener que deciros que de cierta parte me hacen escelentes ofertas y proposiciones. No quereis darme dinero? —No?—Pues en ese caso, voy á hacerme truhan.»

Al pronunciar esta palabra monstruosa, tomó el aspecto de un Ayax, temiendo el anatema que iba á caer sobre su cabeza; pero el arcediano le respondió friamente:

«Haceos truhan.»

Juan le saludó profundamente, y bajó silbando las escaleras del claustro.

Al atravesar el patio, conforme pasaba bajo la celda de su hermano, oyó que abrian la ventana, y alzando la cabeza; vió asomar al mismo tiempo la faz severa del arcediano, quien le dijo: «¡Toma el último dinero que puedes esperar de mí, y vete con dos mil diablos!»

Al mismo tiempo arrojó á Juan un bolsillo, que al caer levantó al pobre estu-

diante un no pequeño chichon en la frente, con lo cual se marchó contento y enfadado á la vez, como un perro apedreado con torreznos.



# Capítulo III.

## ¡ Ande la broma !

Quizas no habrá olvidado el lector que una parte de la Corte de los Milagros estaba cercada por los antiguos muros de la poblacion, cuyos torreones empezaban ya á arruinarse en gran número. Uno de estos torreones habia sido convertido por los truhanes en lugar de recreo, y en él se encontraba la taberna en el bajo y las demas piezas correspondientes en los pisos altos. Este torreon era el sitio mas frecuentado de la truhanería, y por consiguiente el mas repugnante bajo todos aspectos. Era una especie de colmena que zumbaba noche y dia. Por la noche, cuando el res-

ío de la canalla dormia, y que ya no se percibía luz alguna en las ventanas de las fachadas de la plaza, ni se oia una sola voz en todas aquellas innumerables casas, madriguera de ladrones y asilo de rameras y de muchachos robados ó bastardos; se conocia fácilmente la alegre torre, así por el ruido que en ella se metia, como por el resplandor rojizo de las luces, cuyo reflejo salía á la vez por las troneras, las ventanas y las hendiduras de las paredes; escapándose, por decirlo así, por todos sus poros.

En la cava pues estaba la taberna; bajábase á ella por una pequeña puerta y una escalera muy pendiente. Encima de esta puerta, habia pintada, á manera de muestra de tienda, una maravillosa confusion de monedas de cobre nuevas, y al lado algunos pollos muertos.

Si hubiera sido dado á los sargentos de policía el penetrar cierta noche en la Corte de los Milagros en el instante en que

las campanas de Paris tocaban la queda, sin duda alguna que hubieran notado mas ruido del ordinario en el interior de la taberna, y tambien que se bebia mas y se blasfemaba mejor. Afuera, en medio de la plaza, habia muchos grupos hablando en voz baja y misteriosa, como si estuviesen tramando un gran plan, y de trecho en trecho algunos truhanes afilando una mala hoja de acero sobre el empedrado.

Sin embargo aun en la taberna, el vino y el juego eran una distraccion tan poderosa contra las ideas que en aquella noche ocupaban á la canalla, que dificil hubiera sido adivinar por las conversaciones de los bebedores sus designios. Solamente se les notaba un aire mas alegre que de costumbre, y á todos ellos se les veia brillar algunas armas entre las piernas; ya una podadera, ya una hacha, un formidable cuchillo, ó la culata de un arcabuz viejo.

La sala era de figura redonda y sobra-

damente capaz; pero las mesas estaban tan apiñadas, y los bebedores eran en tanto número, que cuanto contenia la taberna, hombres, mujeres, bancos, jarros de cerveza, los que bebian como los que dormian; los que jugaban, los que perdian el equilibrio, como los que le conservaban, todo estaba amontonado y revuelto con tanto órden y armonía como un monton de conchas de ostras. Habia sobre las mesas algunos cabos de sebo encendidos; pero lo que constituia la verdadera iluminacion de la taberna y hacia en ella el papel que una grande araña en un teatro, era el fuego: pues la cueva estaba siempre tan húmeda que ni aun en el estío se podia apagar la chimenea, la cual era inmensa, con su campana esculpida y erizada de enormes morillos de hierro y utensilios de cocina, con un gran fuego de leña y sarmientos semejante al que en las calles de una villa retrata con color tan rojizo el espectro de una fragua en las

paredes de enfrente. Un enorme perro, gravemente sentado cerca del hogar, daba vueltas al asador cargado de carne.

A pesar de esta confusion, despues de dar una ojeada, se descubrian en medio de este caos tres grupos principales, apiñados al rededor de tres personajes á quienes el lector ya conoce. Uno de estos, ridículamente vestido de sendos oropeles orientales, era Matías Hungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia. Estaba sentado sobre una mesa, con las piernas cruzadas y el índice levantado, esplicando en alta voz su magia blanca y negra á una turba que le escuchaba con la boca abierta. Otro grupo se agolpaba en rededor de nuestro antiguo conocido el rey de Tunia, que se hallaba armado de pies á cabeza. Clopin Truillefú, con la mayor formalidad y en voz baja, arreglaba el pillaje de un enorme tonel lleno de armas, que se abrió en su presencia, del cual salian revueltas hachas, espadas,

yelmos, cotas de malla, manoplas de acero, hierros de lanzas y azagayas, saetas y dardos, como salen del cuerno de la abundancia los frutos y las flores. Cada uno cogia del monton, quien el morrion, quien el estoque, quien el puñal con la empuñadura en forma de cruz. Armábanse hasta los muchachos, y aun habia tullidos que pasaban armados de pies á cabeza por entre las piernas de los bebedores como grandes escarabajos.

Por fin un tercer auditorio, mas bullicioso, mas jovial y mas numeroso, rodeaba los bancos y las mesas en medio de las cuales peroraba y juraba una voz de pito que salia de debajo de una pesada y completa armadura, desde el casco hasta las espuelas. El individuo que de tal manera se habia armado desaparecia tan completamente bajo el armadura que no se descubria mas de su persona sino una descarada y arremangada nariz, un rizo de pelo rubio, una boca sonrosada, y

unos ojos atrevidos. Tenia en el cinturon gran porcion de dagas y puñales, una larga espada colgada, al lado izquierdo una mugrienta ballesta, y delante de sí un cántaro de vino, sin contar á su derecha una muchacha gorda toda despechugada. Todos los que le rodeaban reian, jugaban y bebian.

Agréguese á esto veinte grupos secundarios; las mozas y los mozos de servicio corriendo de un lado á otro con cántaros en la cabeza; los jugadores inclinados sobre las bolas, las tres en raya, los dados y chaquete; las disputas en un rincon, los besos en el otro: y fórmese una idea de semejante conjunto, sobre el cual vacilaba la claridad de un grande fuego de llama, que hacia bailar sobre las paredes de la taberna mil sombras desmesuradas y grotescas.

Por lo que hace al ruido, era como el del interior de una campana echada á vuelo.

Una sarten, de donde saltaba una lluvia de grasa, llenaba con su ruido uniforme los intervalos de tantos miles de diálogos como se cruzaban de un punto á otro de la sala.

En el fondo de la taberna, sobre el banco interior de la cocina, se veia un filósofo que meditaba con los pies en la ceniza, y la vista en los tizones. Este filósofo era Pedro Gringorio.

« Vamos, pronto! despacharse, armarse! dentro una hora es menester echarse á andar! hablaba Clopin Truillefú á su canalla. »

Una moza cantaba :

> Buenas noches, padres mios,
> El último envuelve el fuego.

Dos jugadores de naipes disputaban en otro lado : « Sota ! gritaba el mas encendido de los dos, enseñando el puño al otro. Si hablas otra palabra, te hago sota de bastos.

—Uf! esclamaba un normando, cuyo acento nasal le daba fácilmente á conocer; estamos unos sobre otros, como sardinas en banasta.

—Hijos, decia el duque de Egipto á su auditorio hablando en falsete, las brujas de Francia van al conventículo sin escoba, ungüentos ni montura; les basta con pronunciar algunas palabras mágicas. Las de Italia tienen siempre un macho de cabrío que las espera á la puerta. Todas están obligadas á salir por la chimenea.»

La voz del jóven, uno armado de todas armas dominaba el bullicio general. «Viva! viva! esclamaba. Hoy hago mi primera campaña! ya soy truhan! truhan, voto á Cristo! dadme de beber! —Amigos, yo me llamo Juan Frollo del Molino, soy noble, y creo que si Dios fuese gendarme, se haria uno tambien. Hermanos, vamos á acometer una hermosa empresa. Somos valientes. Sitiar una iglesia, echar al suelo las puertas, sacar de ella una lin-

de muchacha, libertarla de los jueces, libertarla de los clérigos, demoler el claustro, quemar el obispo dentro del obispado, todas estas proezas harémos en menos tiempo que el que necesita un burgomaestre para comerse una cucharada de sopas. Nuestra causa es justa, saquearémos la catedral de Nuestra Señora, y santas Pascuas. Ahorcarémos á Cuasimodo. Conoceis á Cuasimodo, señoritas? Le habeis visto alguna vez agitarse sobre la campana grande el dia de Pentecostés? Cuerno, y que bien estaba! parecia el diablo á caballo sobre un dragon! —Atencion, amigos, yo soy truhan por inclinacion, pillo por naturaleza, insolente de nacimiento. He sido muy rico; pero me he comido mi hacienda. Mi madre queria hacerme oficial, mi padre subdiácono, mi tia consejero, mi abuela protonotario del rey, mi visabuela tesorero de hacienda; pero yo, me he hecho truhan. Se lo he dicho á mi padre y me

ha echado encima su maldicion, á mi madre, y á la vieja señora se ha puesto á llorar y babear como ese leño sobre ese morillo. Ande la broma! soy un verdadero presidario! Tabernera querida, dadme vino, que aun hay con que pagarlo! Y no me deis del de Surena, que me incomoda la garganta. Tanto valdria, voto á sanes, hacer gárgaras con una zarza.

La turba aplaudia dando grandes carcajadas; y el estudiante viendo que el tumulto se aumentaba á su alrededor, esclamó: «Oh algazara encantadora! *Populi debacchantis populosa debacchatio!* (1) Y extasiándose cada vez mas, empezó á cantar como un canónigo que entona visperas: *Quæ cantica! quæ organa! quæ cantilenæ! quæ melodiæ hic sine fine decantantur! sonant meliflua hymnorum organa,*

(1) Desenfreno populoso de un pueblo desenfrenado!

suavissima angelorum melodia; cantica canticorum, mira!... (1) — Al llegar aquí, gritó: «Bodegonero del infierno, dame de cenar.»

Hubo un momento de casi silencio, durante el cual se alzó á su turno la áspera voz del duque de Egipto, que instruía á sus gitanos: «La comadreja se llama Adnisa, el zorro Pie azul ó Corredor de los Bosques, el lobo Pie gris ó Pie dorado, el oso el Viejo ó el Abuelo. — El gorro de un gnomo hace invisible al que le lleva, y descubre las cosas invisibles. — Todo sapo á quien se va á bautizar, debe estar vestido de terciopelo encarnado ó negro, y tener una campanilla al cuello y otra en los pies. El padrino le

(1) ¡Qué cánticos! ¡qué órganos! ¡qué canciones! ¡Qué melodías se escuchan aquí incesantemente! ¡Resuenan los melífluos órganos de los himnos, la suavísima melodía de los ángeles, los maravillosos cánticos de los cánticos!

sostendrá la cabeza, y la madrina la parte posterior. — Solo el diablo Sidragasum tiene poder para hacer bailar á las mujeres en cueros.

— ¡Voto á tal, interrumpió el estudiante, que yo quisiera ser el diablo Sidragasum!

Los tunos continuaban armándose entretanto al otro estremo de la taberna, cuchicheando entre sí.

«Pobre Esmeralda! decia un gitano. — Es preciso sacarla de allí.

— Es verdad que está aun en la catedral? replicó un buhonero con cara de judío.

— Sí, pardiez!

— Pues ea, camarada! dijo el buhonero, á Nuestra Señora! Tanto mas cuanto que en la capilla de los santos Ferreol y Ferrucion hay dos estatuas, una de san Juan Bautista y otra de san Antonio, que son de oro, y pesan juntas diez y siete marcos y quince estellines; y las peanas

de plata sobredorada tienen diez y siete marcos y cinco onzas. Lo sé; porque soy platero.»

En esto Juan se puso á cenar, y esclamó recostándose sobre el pecho de la moza que tenia al lado: «Por san Márcos, que soy completamente feliz. En frente de mí veo un imbécil que me mira con una cara raida como de archiduque. A mi izquierda tengo otro, con unos dientes tan largos que le cubren la barba. Y mi derecha, como el mariscal de Gié en el sitio de Pontoise, la tengo apoyada en una eminencia suave.—Por vida de quien! camarada! que tienes cara de mercader por menor, y vienes á sentarte á mi lado! Yo soy noble, amigo, y la nobleza es incompatible con el comercio. Vete de aquí. —Ola, he! vosotros! no riñais! ¡ Cómo, Bautista Traga-Pájaros, tú que tienes una nariz tan hermosa ¿ vas á arriesgarla contra los fuertes puños de ese buitre? Imbécil! *Non cuiquam datum est habere na-*

*sum* (1). — Verdaderamente eres divina, Jacoba Muerde-Orejas : lástima es que no tengas pelo. — Silencio ! yo me llamo Juan Frollo, y mi hermano es arcediano. — Mil diablos se le lleven. Lo que digo es la pura verdad. Haciéndome truhan, he renunciado alegremente á la mitad de una casa situada en el paraiso que mi hermano me había prometido. *Dimidium domum in paradiso* (2). Texto al canto. Yo tengo un feudo en la calle de Tirechappe, y todas las mujeres se mueren por mí, y esto es tan cierto como lo es que san Eloy era un escelente platero, y que los cinco gremios de la honrada ciudad de Paris son los curtidores, los zurradores, los correaleros, los bolseros y los sapateros, y que san Lorenzo fué quemado con cáscaras de huevo. Os juro, camaradas,

Que no comeré pimiento

(1) No á todos es dado tener narices.

(2) Media casa en el paraiso.

En todo un año, si miento.

—Hermosa, buena luna hace; mira por ésa claraboya, cuál descompóne el viento las nubes! Lo mismo hago yo con tu gorguera. —Ola! muchachas! quitad el moco á las luces y á los chiquillos. —Pero ¡ con mil demonios! ¿qué es esto que estoy comiendo? por vida de Caco! Eh! patrona! embaucadora de Barrabás! los pelos que faltan en la cabeza de tus mozas, sobran en tus tortillas. Vieja maldita! yo quiero las tortillas calvas. Desnarigada te veas! —Sin duda que en este figon de Belzebut se peinan las mozas con los tenedores!»

Al decir esto, rompió el plato en el suelo y se puso á cantar á gritos:

Yo no tengo grey,
¡ Por vida de Briós!
Ni fé, ni ley,
Ni hogar, ni rey,
Ni casa, ni Dios.

Clopin Truillefú habia en este intervalo acabado su distribucion de armas, y acercóse á Pedro Gringorio, que, con los pies sobre un morillo, parecia sumido en una profunda meditacion. «Amigo Pedro, dijo el rey de Tunia, en qué diablos estás pensando?»

Gringorio se volvió hácia él, y con una sonrisa melancólica: «En el fuego, mi querido señor: me gusta tanto!.. Y no por la razon trivial de que caliente nuestros pies, ó porque cueza nuestro puchero, sino porque tiene chispas, que me paso á veces horas enteras contemplando. En esta especie de estrellas que iluminan el fondo oscuro del hogar veo yo mil cosas. Estas estrellas son otros tantos mundos.

—Mal rayo, si te entiendo! dijo el truhan. Sabes qué hora es?

— Lo ignoro, respondió Gringorio.»

Clopin se acercó entonces al duque de Egipto.

«Compañero Matías, el cuarto de hora no es bueno. Dicen que Luis XI está de vuelta en Paris.

—Razon de mas para arrancarle de entre las uñas á nuestra hermana, respondió el viejo gitano.

—Hablas como un hombre, Matías, dijo el rey de Tunia: además obrarémos con presteza; no tenemos que temer resistencia alguna de la iglesia. Los canónigos son liebres, y nosotros llevamos bastante fuerza. ¡Bien chasqueados se van á ver los guardas del parlamento, cuando vayan á buscarla mañana! Por las tripas del papa, que no quiero que ahorquen á la hermosa muchacha!»

Clopin salió de la taberna.

Durante este tiempo Juan gritaba con voz ronca: «Yo bebo, yo como, yo estoy borracho, yo soy Júpiter! — Eh! Pedro el Aporreador, si vuelves á mirarme de esta manera, te harto de papirotes en las narices.»

Por su parte, Gringorio vuelto de sus meditaciones, considerando la alborotada y fogosa escena que le rodeaba, se puso á murmurar entre dientes: *Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas* (1). Cuánta razon tengo yo en no beber! y cuán sabiamente ha dicho san Benito: *Vinum apostatare facit etiam sapientes* (2).

En esto entró Clopin, y dijo con una voz de trueno: «Las doce!»

Al oir esta palabra, que produjo el mismo efecto que la llamada en un regimiento que ha hecho alto, todos los truhanes, mujeres y niños se precipitaron en masa fuera de la taberna, con un ruido infernal de armas y de aceros.

La luna estaba oculta.

La corte de los Milagros se hallaba enteramente oscura, no descubriéndose en ella ni una sola luz, á pesar de no hallar-

(1) El vino ocasiona la lujuria y la embriaguez tumultuosa.

(2) El vino hace apostatar aun á los sabios.

se desierta, pues se distinguia una turba de hombres y mujeres que hablaban en voz baja. Oíase el murmullo, y en medio de la oscuridad se veian relucir toda especie de armas. Clopin subió sobre una piedra, y alzando la voz, gritó: «Germania á sus puestos! A sus puestos, Egipto! A sus filas Galilea!» Verificóse un movimiento en la oscuridad, y la inmensa muchedumbre pareció formarse en columna. Despues de algunos minutos el rey de Tunia volvió á alzar la voz: «Ahora, silencio para atravesar á Paris! El santo es: *Luz de broma!* Las teas no se encenderán hasta llegar á Nuestra Señora! Andando!»

Diez minutos despues, los soldados de la patrulla huian despavoridos al ver una larga procesion de hombres negros y silenciosos que bajaban hácia el puente del Cambio, atravesando las tortuosas calles que cruzan en diversas direcciones el apiñado barrio de los mercados.

# Capítulo IV.

## Un amigo desmañado.

Aquella misma noche, Cuasimodo no dormia. Acababa de hacer su última ronda en la iglesia, y no habia reparado al momento de cerrar las puertas que al pasar el arcediano junto á él, habia manifestado muy mal humor, viéndole echar los cerrojos, y ajustar cuidadosamente las enormes barras de hierro que daban á las anchas hojas la solidez de una muralla. Don Claudio parecia mas pensativo que nunca. Además, desde la aventura nocturna de la celda, maltrataba continuamente á Cuasimodo; pero por mas dureza con que le trataba, por mas

que alguna vez llegase hasta darle de golpes, nada alteró la sumision, la paciencia y la resignacion de esclavo del fiel campanero. Sufria este de parte del arcediano injurias, amenazas, golpes, sin murmurar ni proferir la menor queja. Cuando mas, seguia con su inquieta vista á Don Claudio, siempre que este tomaba la escalera de la torre; pero el arcediano se habia abstenido por sí mismo de volverse á presentar á los ojos de la gitana.

Aquella noche pues, Cuasimodo, despues de echar una mirada á sus pobres campanas tan abandonadas, á Jacoba, á María y á Tibault, se habia subido á lo mas alto de la torre septentrional, y desde allí, colocando su linterna sorda bien cerrada sobre el plomo, se habia puesto á contemplar la ciudad. La noche, segun hemos dicho, estaba muy oscura. Paris que, por decirlo así, no tenia alumbrado en aquella época, ofrecia á la vista una

confusion de masas negras, cortadas en diferentes parajes por la curva y blanquecina línea del Sena. Cuasimodo no veia en medio de ellas mas luz que la de una ventana de un edificio lejano, cuyo incierto y sombrío perfil sobresalia por encima de los tejados, por el lado de la puerta de San Antonio. Allí tambien habia un personaje que velaba.

Al mismo tiempo que el campanero dejaba vagar por aquel horizonte de nieblas y de oscuridad su único ojo, sentia dentro de sí mismo una inquietud inesplicable. Hacia bastantes dias que estaba alarmado, porque veia rodar incesantemente al rededor de la iglesia unos hombres de mal aspecto que no quitaban la vista del asilo de la jóven gitana. Figurábase se estaba tramando alguna intriga contra la infeliz refugiada; y se imaginaba que habia contra ella un rencor popular como le habia contra él, y que podria ser muy bien que sucediese pronto alguna cosa.

Así es que no se apartaba de la torre, acechando siempre, dirigiendo su ojo ya sobre la celda, ya sobre Paris, en continua alerta, como un perro fiel, y con mil recelos en el alma.

De repente, y conforme estaba escudriñando la estensa poblacion con el único ojo que la naturaleza, como por una especie de compensacion, habia hecho tan perspicaz, que por sí solo podia suplir á los demas órganos de que estaba privado, parecióle que el muelle de la Peletería Vieja tenia algo de estraordinario; que sobre él habia cierto movimiento; que la línea negra del parapeto realzada por la blancura del agua, no estaba recta y tranquila como en los demas muelles, sino que undulaba á la vista como las olas de un rio, ó como las cabezas de una turba en marcha.

Pareciéndole esto muy estraño, redobló su atencion. El movimiento parecia dirigirse hácia la ciudad, pero á oscuras:

duró algun tiempo sobre el muelle; después se disipó poco á poco como si viniese á internarse en la isla; y cesando por último de repente, la línea del muelle volvió á quedar recta é inmóvil.

Mientras que Cuasimodo se perdia en conjeturas, parecióle volver á descubrir el movimiento en la calle del Compás, que se prolonga dentro de la ciudad perpendicularmente á la fachada de Nuestra Señora. En fin, á pesar de la oscuridad, vió desembocar por esta calle la cabeza de una coluna, y esparcirse en un momento por toda la plaza un inmenso gentío, del que nada podia descubrirse en medio de las tinieblas, sino que era un gentío.

Semejante espectáculo era imponente. Aquella singular procesion, que parecia tener el mayor interés en ocultarse en una profunda oscuridad, probablemente tambien le tenia en observar el mas profundo silencio. Sin embargo algun ruido

debia sentirse, aunque no fuese sino el de las pisadas. Pero este ruido no llegaba á los oidos de nuestro sordo; y aquella multitud, de la que veia muy poco, y de la que no bia nada pero que sin embargo marchaba y se movia no lejos de él, le parecia una reunion de muertos, muda, impalpable, que se desvanecia en humo. Creia ver avanzarse hácia él una niebla llena de hombres, ver sombras agitarse en la sombra. . . . . . . . .

Entonces renacieron sus temores, y se ofreció á su imaginacion la idea de una tentativa contra la gitana. Conoció confusamente que iba á encontrarse en una situacion violenta. En tan crítico momento, se consultó á sí mismo con un razonamiento mejor y mas pronto de lo que se podia esperar de una cabeza tan mal organizada. Debia despertar á la gitana? hacerla escapar? y por donde? las calles ya estaban ocupadas, la iglesia estaba pegada al rio. No habia barco! no habia

salida alguna! Un solo partido le quedá-
ba, y era el de hacerse matar en el um-
bral de Nuestra Señora, resistiendo á lo
menos hasta que llegase socorro, caso que
debiese llegar, y sin turbar el sueño de
la Esmeralda. De cualquiera manera la
infeliz siempre se despertaria demasiado
pronto para morir. Una vez tomado este
partido, nuestro sordo se puso á exami-
nar al *enemigo* con mas tranquilidad.

Vió que el gentío se aumentaba por
instantes en el Compás; pero presumió
que no debia de hacer mucho ruido,
cuando las ventanas de las calles y de la
plaza permanecian cerradas. De repente
vió brillar una luz, y en un instante siete
ú ocho hachones encendidos se pasearon
sobre las cabezas, lanzando sus llamas en
la sombra. Entonces observó que se mo-
via en el Compás un tropel espantoso de
hombres y mujeres cubiertos de guiña-
pos, armados de hoces, picas, podade-
ras y partesanas, cuyas mil puntas cen-

telleaban. De trecho en trecho algunas horquillas negras parecian los cuernos de aquellas caras asquerosas. Cuasimodo se acordó vagamente de aquel populacho, y creyó conocer todas las fisonomías que pocos meses antes le habian aclamado papa de los locos. Un hombre que tenia una tea en una mano y un cayado en la otra, subió sobre un guardacanton y pareció arengar á los demas. Al mismo tiempo aquel estraño ejército hizo algunos movimientos como para tomar posiciones al rededor de la iglesia. Viendo esto, Cuasimodo cogió su linterna y bajó á la plataforma situada entre las torres, á fin de observar mas de cerca y determinar los medios de defensa.

Al llegar Clopin Trouillefú delante del elevado atrio de Nuestra Señora, habia efectivamente ordenado su tropa en batalla; pues si bien no temia resistencia alguna, sin embargo, como general prudente, queria mantener cierto órden, que

en caso necesario le permitiese hacer frente á un ataque repentino del acecho ó de los onceveintes. Habia pues colocado su brigada de tal modo que vista desde una altura y de lejos parecia el triángulo romano de la batalla de Ecnomo, la cabeza de puerco de Alejandro, ó el famoso ángulo de Gustavo Adolfo. La base de este triángulo se apoyaba en el centro de la plaza, con el objeto de cubrir la avenida de la calle del Compás uno de sus lados miraba al hospital y á la calle de San Pedro de los Bueyes. Clopin Truille, fú ocupaba el centro con el duque de Egipto, nuestro amigo Juan, y los valentones mas atrevidos.

En las ciudades de la edad media no era raro el ver acometer una empresa como la que los truhanes intentaban contra la iglesia de Nuestra Señora. Lo que hoy dia llamamos policía no existia entonces. En las ciudades populosas, en las capitales sobre todo, no habia un poder cen-

tral, único, regulador. El feudalismo habia arreglado las jurisdicciones de un modo estraño. Una ciudad era la reunion de mil señoríos, que la dividian en porciones de todas formas y de todos tamaños. De aquí mil policías contradictorias, ó por mejor decir, ninguna policía. Por ejemplo en Paris, independientemente de los ciento cuarenta y un señores que pretendian tener derecho censal, habia veinte y cinco que alegaban tener derecho censal y administracion de justicia, desde el obispo de Paris, que tenia ciento y cinco calles, hasta el prior de Nuestra Señora de los Campos, que tenia cuatro. Todos estos justicias feudales no se reconocian sino en el nombre vasallos del rey. A todos incumbia la inspeccion de caminos, todos se hallaban en sus estados. Luis XI, ese infatigable obrero que con tanto zelo empezó la demolicion del edificio feudal, continuada por Richelieu y Luis XIV en beneficio de los reyes, y

acabada por Mirabeau en provecho del pueblo; Luis XI habia intentado con todas veras romper de una vez aquella red de señorías que envolvia á Paris, lanzando violentamente sobre todas dos ó tres decretos de policía general. De este modo, en 1465 mandó que así que anocheciese los vecinos colocasen luces en sus ventanas y encerrasen los perros, sopena de la cuerda. El mismo año dió órden de cerrar por las noches las calles con cadenas de hierro, y prohibió llevar dagas ó armas ofensivas por la noche en la calle; pero á poco tiempo todos estos ensayos de legislacion comunal desaparecieron por el no uso. Los vecinos dejaron que el viento apagase las luces en las ventanas, y descuidaron el recoger los perros; las cadenas de hierro solo se pusieron en estado de sitio, y la prohibicion de llevar dagas no produjo otro cambio que el de llamar á la calle de Cortagargüeros con el nombre de Cortacabezas, lo cual es un

progreso evidente. Permaneció en pie el viejo edificio de las jurisdicciones feudales, aquella inmensa aglomeracion de bailiaje y señoríos que en la misma ciudad se cruzaban, se incomodaban, se tropezaban, se enredaban, se mordian mutuamente; siendo de este modo inútiles tantas rondas y contrarondas, á pesar de las cuales se efectuaba á mano armada el pillaje, la rapiña y la sedicion. Así es que, en tal desórden, eran muy comunes semejantes golpes de mano de parte del populacho contra un palacio, una casa, aun en los barrios mas poblados. En tales casos, casi nunca se mezclaban en ello los vecinos, sino cuando el pillaje llegaba á sus casas. Al oir las descargas se tapaban los oidos, cerraban sus ventanas, atrancaban sus puertas, dejaban que la contienda se arreglase con la ronda ó sin ella, y á la mañana siguiente se decia en Paris: «Esta noche Estéban Barbete ha sido apaleado; el mariscal de

Clermont ha sido atropellado, etc.» Por lo que no solo los edificios reales, como el Luvre, el Palacio, la Bastilla, los Torreones, sino hasta las simples residencias señoriales como el Pequeño Borbon, el palacio de Sens, el de Angulema, etc., tenian sus almenas en las murallas y sus troneras encima de las puertas.

Las iglesias estaban defendidas por su misma santidad. No obstante, algunas de cuyo número no era Nuestra Señora, estaban fortificadas. El abad de San German de los Prados tenia sus almenas como un baron, y en su residencia habia mas cobre empleado en bombardas que en campanas. Esta fortaleza se veia aun en el año de 1610. Hoy dia apenas queda en pie su iglesia.

Volvamos á Nuestra Señora.

Terminadas las primeras disposiciones (y debemos decir en honor de la disciplina truhanesca, que las órdenes de Clopin fueron ejecutadas en silencio y con

una admirable precision), el digno gefe de la banda se subió sobre el parapeto del Compás, y vuelto de cara hácia Nuestra Señora, y agitando su tea cuya luz, azotada por el viento y cubierta á cada instante por su propio humo hacia aparecer y desaparacer alternativamente la rojiza fachada de la iglesia, elevando su voz ronca y avinada, dijo:

«A tí, Luis de Beaumont, obispo de Paris, consejero en el tribunal del parlamento, yo Clopin Truillefú, rey de Tunia, gran Coesre, príncipe de la Germania, obispo de los locos: digo: — Que nuestra hermana, falsamente acusada de magia, se halla refugiada en tu iglesia. Tú le debes asilo y salvaguardia.

«Ahora bien; el tribunal del parlamento quiere apoderarse de ella y tú consientes; de modo que mañana seria ahorcada si Dios y los truhanes no estuviesen de por medio. Por esto nos dirigimos á tí, obispo. Si tu iglesia es sagrada, nuestra

hermana lo es tambien; si nuestra hermana no es sagrada, tu iglesia no lo es tampoco. Por estas razones te intimamos nos entregues esa jóven, si quieres salvar tu iglesia; de lo contrario, nos llevarémos la jóven y saquearémos la iglesia: esto es justo. En fe de lo cual planto aquí mi bandera. ¡Dios te guarde, obispo de Paris!»

Desgraciadamente Cuasimodo no pudo entender estas palabras pronunciadas con una especie de majestad sombría y salvaje. Un truhan presentó su bandera á Clopin, quien la plantó solemnemente en el empedrado. Era una horquilla de cuyos dientes pendia un cuarto de carroña.

Hecho esto, el rey de Tunia se volvió, y echando una mirada á su ejército, feroz multitud en donde las miradas brillaban casi tanto como las picas, despues de una corta pausa gritó: «Adelante, hijos! manos á la obra, los operarios!»

Treinta hombres robustos, de miem-

bros hercúleos, con aspecto de cerrajeros, salieron al frente llevando al hombro martillos, tenazas y barras de hierro; y dirigiéndose hácia la puerta principal de la iglesia, subieron los escalones de piedra, y en un momento se les vió á todos agachados bajo el arco de la puerta, trabajando para derribarla con las tenazas y las palancas. Un grupo de truhanes les siguió con el objeto, unos de ayudarles y otros de mirar. Los once escalones de la portada estaban cubiertos de ellos.

No obstante, la puerta resistia: «Diablo! qué cabesuda y qué dura es! decia el uno. — Es vieja y tiene los cartílagos endurecidos, respondia otro. — Animo, camaradas! decia Clopin. Apuesto mi cabeza contra una chinela á que abrís la puerta, cogeis la muchacha y despojais el altar mayor antes que se despierte un pertiguero. Callad, ya creo que salta la cerradura.

Clopin fué interrumpido en este momento por un ruido espantoso que resonó detrás de él, y volviéndose, vió una enorme viga, acabada de caer del cielo, que habiendo aplastado una docena de truhanes sobre la escalera de la iglesia, botaba aun sobre el empedrado con el ruido de un cañonazo, rompiendo piernas de uno y otro lado en el tropel de bribones que huian llenos de espanto. En un abrir y cerrar de ojos quedó vacío el estrecho recinto del Compás. Los operarios aunque protegidos por las profundas cornisas de la portada, abandonaron la puerta, y aun el mismo Clopin se retiró á una distancia respetuosa de la iglesia.

«De buena me he escapado! gritaba Juan. El aire me ha dado en la cara, zambomba! pero Pedro el aporreador, aporreado está para no hablar mas!»

Es imposible esplicar el asombro y el espanto que cayeron con esta viga sobre los bandidos. Por algunos minutos se

quedaron con los ojos fijos en el aire, mas consternados con el tal pedazo de madera que con veinte mil archeros del rey. «Diablo! murmuró el duque de Egipto, esto huele á magia!—Es la luna que nos envia este leño, dijo Andrés el Rojo.—¡Por eso, añadió Francisco Cantaciruela, se dice que la luna es amiga de la Vírgen!—Por vida del papa! esclamó Clopin, todos sois unos imbéciles!» Pero al mismo tiempo no sabia como esplicar la caida del madero.

No obstante, nada se distinguia sobre la fachada, á cuya cima no llegaba la claridad de las antorchas. El pesado madero yacia en medio del Compás, y oianse los gemidos de los miserables que habian recibido su primer choque, y á quienes habia dividido el vientre sobre el corte de los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, el rey de Tunia encontró al enigma una solucion que mereció la aprobacion de sus compañeros.

«Por vida de Dios! creo, que son los canónigos que se defienden? En este caso, saqueo! saqueo!

— Saqueo! repitió el tropel con un hurra furioso: haciendo al mismo tiempo una descarga de ballestas y arcabuces sobre la fachada de la iglesia.»

Esta detonacion despertó á los pacíficos habitantes de las casas circunvecinas, muchos de los cuales abriendo sus ventanas se asomaron con luces y gorro de dormir. «Tirad á las ventanas, gritó Clopin.— Todas ellas se cerraron inmediatamente, y los pobres vecinos que apenas habian tenido tiempo para echar una mirada temerosa sobre aquella escena de luces y de tumulto, se volvieron á la cama á sudar de miedo al lado de sus mujeres, preguntándose á sí mismos si los conventículos de brujas se celebraban á la sazon en el Compás de Nuestra Señora, ó si la asaltaban los Burguiñones como en el año 64. En este último caso los maridos pensaban

en el robo, las mujeres en la violacion, y todos temblaban.

«Saqueo! repetian los truhanes; pero no se atrevian á acercarse. Miraban la iglesia, miraban el madero; este no se movia, aquella conservaba su aspecto tranquilo y solitario: pero habia una cosa que los tenia yertos.

— Manos á la obra los operarios! gritó Truillefú. Fuércese la puerta.»

Nadie se movió de su puesto.

«Voto al diablo! dijo Clopin. ¿Vaya unos hombres que tienen miedo de una viga!

— Capitan, no es la viga lo que nos embaraza, sino la puerta que está toda sugeta con barras de hierro, y las tenazas no sirven de nada.

— Pues ¿qué necesitais para echarla al suelo? preguntó Clopin.

— Ah! necesitaríamos un ariete.»

El rey de Tunia corrió derecho al madero formidable, y le puso el pie encima.

«Aquí hay uno, gritó, los canónigos nos le envian. — Y haciendo un burlesco saludo del lado de la iglesia: — Gracias, canónigos!»

Esta fanfarronada produjo el efecto deseado, pues rompió el encanto del madero. Los truhanes se reanimaron, y en un instante la pesada viga, levantada como una pluma por doscientos brazos vigorosos, vino á lanzarse con furia contra la gran puerta que se trataba de desquiciar. Al ver así, con la escasa claridad que las pocas antorchas de los truhanes esparcian sobre la plaza, aquel largo madero llevado por un tropel de hombres que corriendo se precipitaban con él contra la iglesia, cualquiera hubiera creido ver un monstruo con mil patas, atacando con la cabeza baja la giganta de piedra.

Al choque de la viga, la puerta semimetálica resonó como un inmenso tambor: no saltó, pero la catedral se estremeció, y el horroroso zumbido del golpe

resonó en las profundas bóvedas del edificio. Al mismo tiempo comenzó á caer desde lo alto de la torre una lluvia de piedras sobre los sitiadores. «Diablo! esclamó Juan: qué! ¿nos arrojan las torres sus balaustradas sobre la cabeza? — Pero ya estaba dado el impulso; el rey de Tunia contribuia con su ejemplo; y figurándose todos que el obispo se defendia, batian con mas rabia la puerta, á pesar de las piedras que hacian saltar los cráneos á derecha é izquierda.

Es de notar que estas piedras caian una á una; pero se seguian muy de cerca unas á otras. Los truhanes regularmente contaban dos á la vez, una en sus piernas y otra en la cabeza. Muy pocas de ellas dejaban de dar en el blanco, y ya se desangraba y palpitaba un monton de muertos y heridos bajo los pies de los operarios, que cada vez mas furiosos, se renovaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á compás, como el ba-

dajo de una campana; las piedras no cesaban de llover ni la puerta de mugir.

El lector sin duda no habrá tardado en adivinar que la resistencia inesperada que tenia exasperados á los truhanes, era obra de Cuasimodo.

La casualidad habia favorecido por desgracia al pobre sordo.

Cuando bajó á la plataforma situada entre las torres, sus ideas se confundian en su cabeza. Durante algunos minutos corrió por la galería, yendo y viniendo como un loco, viendo desde lo alto la masa compacta de truhanes prontos á arrojarse sobre la iglesia, y pidiendo á Dios ó al diablo salvase á la gitana. Ocurriósele subir al campanario meridional y tocar á rebato; pero antes de echar la campana á vuelo, antes que la sonora voz de María hubiese lanzado un solo clamor, la puerta de la iglesia ¿no podia venir á tierra diez veces? Precisamente en aquel momento los obreros se avanzaban hácia

ella con sus herramientas. ¿Qué hacer pues?

De repente se acordó que todo el dia habian estado trabajando unos albañiles en reparar la pared, el techo y el tejado de la torre meridional. Esto fué para él una inspiracion. La pared era de piedra, el tejado de plomo, y los techos de unas maderas tan espesas que se les llamaba la *selva*.

Cuasimodo corrió á la torre. Las piezas inferiores estaban en efecto llenas de materiales. En ellas habia pilas de piedras, hojas de plomo en rollos, haces de latas, vigas enormes ya serradas y montones de guijo. Un arsenal completo.

Los momentos eran preciosos; las palancas y los martillos trabajaban en la puerta. Cuasimodo, con una fuerza que multiplicaba prodigiosamente la inminencia del peligro, levantó una de las vigas, la mas pesada y la mas larga, la sacó por una ventana, la cogió por la parte de

afuera, la hizo deslizar sobre el ángulo de la balaustrada que rodea la plataforma, y la dejó caer en el abismo. El enorme madero, en esta caida de ciento sesenta pies, arañando el muro y estropeando las esculturas, dió mil vueltas en el aire como un aspa de molino que girase en el espacio. Por fin tocó al suelo, alzóse el horrible grito, y la viga, botando sobre el empedrado, parecia una enorme serpiente dando saltos.

Cuasimodo vió esparcirse los truhanes á la caida del madero, como la ceniza al soplo de un muchacho. Aprovechóse de su espanto, y mientras clavaban sus supersticiosas miradas en la pesada maza caida del cielo, y mutilaban los santos de piedra de la portada con una descarga de saetas y de postas, él recogió silenciosamente ripios, guijarros, piedras y hasta los sacos de herramientas, y los amontonó sobre el mismo borde de la balaustrada, de donde habia lanzado la viga.

Así, tan luego como empezaron á atacar de nuevo la puerta principal, les empezó á caer encima una lluvia de piedras, tan grande que creyeron que la iglesia por sí misma se demolia sobre sus cabezas.

Cualquiera que hubiese visto entonces á Cuasimodo se habria horrorizado. A mas de los diversos proyectiles que habia reunido encima de la balaustrada, habia hecho un gran monton de piedras sobre la plataforma, y así que se le acabaron aquellos echó mano á estas. Entonces se bajaba, se levantaba, volvia á bajarse, y se alzaba de nuevo con una actividad increible. Su monstruosa cabeza se inclinaba sobre la balaustrada, en seguida caia una enorme piedra, despues otra, y otra luego. De vez en cuando seguia con la vista alguna de ellas grande y hermosa, y cuando mataba á su gusto, decia: Hum!

No obstante, la canalla no se desanimaba. Mas de veinte veces la maciza puer-

la contra la cual tanto se encarnizaban habia temblado bajo el peso del ariete de encina multiplicado por la fuerza de cien hombres. Crujian las hojas, las molduras volaban hechas astillas, los goznes á cada sacudimiento saltaban sobre sus armellas, los marcos se desencajaban, y la tablazon caia reducida á polvo entre las barras de hierro. Felizmente para Quasimodo, habia mas hierro que madera.

A pesar de esto la puerta grande vacilaba á cada choque; y aun cuando él no oia los golpes del ariete, vibraban á un tiempo en las bóvedas de la iglesia y en sus entrañas. Veía desde lo alto á los truhanes que en señal de triunfo y de rabia amenazaban con el puño á la tenebrosa fachada; y tanto en favor suyo como en el de la gitana, envidiaba las alas de los buhos que á bandadas huían por encima de su cabeza.

Su lluvia de piedras no bastaba á rechazar á los sitiadores.

En tal conflicto, reparó debajo de la balaustrada desde la cual apedreaba á los truhanes, dos largos canales de piedra que desagnaban sobre la puerta principal. El agujero interno de ellas salia al piso de la plataforma. Esta observacion le inspiró una idea. Corrió á su cuarto, y sacó de él un haz de leña, colocó sobre él una porcion de latas y rollos de plomo, municiones de que aun no habia hecho uso, y habiendo dispuesto y colocado esta hoguera cerca de la boca de ambas canales, le pegó fuego con su linterna.

Durante estos preparativos, los truhanes viendo que habian cesado las pedradas, cesaron tambien de mirar al aire, y jadeando cual una trahilla de perros que fuerzan la guarida de un jabalí, se agolparon al rededor de la puerta grande, casi destrozada por el ariete, pero en pie todavía. Esperaban con ansiedad el gran golpe, el golpe que debia desquiciarla. Empujábanse para entrar de los primeros

en la opulenta catedral, vasto receptáculo en donde estaban amontonadas las riquezas de tres siglos. Recordábanse unos á otros con rugidos de alegría y de codicia las hermosas cruces de plata, las magníficas capas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las magnificencias del coro, las brillantes fiestas; las Navidades resplandecientes con sus luces, las Pascuas brillantes como el sol; todas las solemnidades en que urnas, candeleros, cálices, tabernáculos y relicarios cubrian los altares de una capa de oro y de diamantes. Seguramente en aquel instante así los ladrones como los rateros; los asesinos como los caballeros de industria, pensaban menos en libertar á la gitana que en el saqueo de Nuestra Señora. Y aun es de creer que para una gran parte de ellos la Esmeralda no era mas que un pretexto, si es que los ladrones necesitan pretextos.

De repente, en el momento en que se

agolpaban al rededor del ariete para hacer el último esfuerzo, reteniendo todos el aliento y dilatando sus músculos á fin de dar con todas sus fuerzas el golpe decisivo, oyóse en medio de ellos un aullido, mas espantoso todavía que el que habia resonado y espirado bajo el madero. Los que no gritaban, los que vivian aun, miraron. Dos chorros de plomo derritido caian desde lo alto del edificio sobre lo mas espeso del tropel. Esta confusion de hombres acababa de hundirse bajo el metal ardiendo que habia hecho en los dos puntos sobre que caia dos hoyos negros y humeantes, semejantes á los que haria el agua caliente sobre la nieve. Veíanse en ellos agitarse los moribundos medio calcinados y bramando de dolor. Al rededor de ambos chorros principales, caian gotas de esta lluvia horrible que se esparcian sobre los sitiadores, y penetraban en los cráneos como barrenos de fuego. Era un fuego pesado que abrumaba

á aquellos miserables con su granizo abrasador.

Los gritos hacian estremecer, y tanto los mas valientes como los mas tímidos huyeron en confusion, arrojando el madero sobre los cadáveres, y dejando el Compás libre por la segunda vez.

Todas las miradas se dirigieron á lo alto de la iglesia que ofrecia un espectáculo estraordinario. Sobre la mas elevada galería, encima del roseton central, en medio de las dos torres, se elevaba una gran llama envuelta en un torbellino de chispas, una llama desordenada y furiosa que el viento dividia á cada instante y arrebataba entre el humo. Mas bajo de esta llama y de la sombría balaustrada con labrados de fuego, salian dos canales de piedra en forma de monstruos cuyas bocas vomitaban sin interrupcion una lluvia ardiente, realzando su plateado brillo la oscuridad de la fachada inferior. A medida que se aproximaban al suelo, los

dos chorros de plomo líquido se estendian en otros infinitos mas pequeños, imitando el agua cuando sale por los mil agujeros de una regadera. Encima de la llama, las enormes torres, de cada una de las cuales se veian dos frentes áridos y distintos, uno negro enteramente y otro absolutamente de fuego, parecian mas grandes aun por la inmensidad de la sombra que alzaban hasta el cielo. Sus inumerables esculturas que representaban diablos y dragones tomaban un aspecto lúgubre. El inquieto reflejo de la llama las hacia moverse á la vista; las serpientes parecian reir, y los perros ladrar, y las salamandras soplar el fuego, y las tarascas estornudar en el humo. Entre estos mónstruos despiertos de su letargo de piedra por el ruido y las llamas, habia uno que andaba y pasaba de tiempo en tiempo por delante de la ardiente hoguera bien así como un murciélago delante de una vela.

Indudablemente este estraordinario fa-

ro iba á despertar al lejano leñador de las colinas de Bicetra, asombrado de ver vacilar sobre sus matorrales la sombra gigantesca de las torres de Nuestra Señora.

Un silencio de terror reinó entre los truhanes, durante el cual solo se oian los gritos de alarma de los canónigos encerrados en su claustro, y mas inquietos que caballos en una cuadra incendiada; el ruido furtivo de las ventanas velozmente abiertas y mas prontamente cerradas; el desasosiego interior de las casas y del hospital; el viento agitando la llama; la agonía de los moribundos; y el chasquido continuo de la lluvia de plomo sobre el suelo.

Entre tanto los principales truhanes se habian retirado bajo el pórtico de la casa de Gondelaurier; en cuyo punto tuvieron consejo. El duque de Egipto, sentado sobre un guarda-canton, contemplaba con un temor religioso la hoguera fantasmagórica, que resplandecia á doscientos pies

de altura en el aire. Clopin Trullefú, mordiéndose de rabia sus nervudos puños, decia entre dientes: «Imposible el entrar!

—Esta es una antigua iglesia encantada! murmuraba el viejo gitano Matías Hungadi Spicali.

—Por los bigotes del papa! replicaba un pillastron entrado en años y que habia servido; he ahí unas canales de iglesia que escupen plomo fundido mejor que las almenas de Lectoure.

—¿No veis aquel demonio que pasa de una parte á otra del fuego? esclamó el duque de Egipto.

—Vive Cristo! dijo Clopin, que es el maldito del campanero Cuasimodo.»

El gitano meneaba la cabeza. «Yo os digo que es el espíritu Sabnac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Tiene figura de soldado armado y cabeza de leon. Algunas veces monta un caballo horroroso. Convierte los hombres

en piedras, con las cuales edifica torres. Él solo manda cincuenta legiones. Él es; ahora le conozco. Algunas veces está vestido con un hermoso ropaje de oro á estilo de Turquía.

«Dónde está Bellevigne de la Estrella? preguntó Clopin.

— Ha muerto, respondió una truhana.»

Andrés el Rojo, con una risa salvaje, decia: «Nuestra Señora proporciona ocupacion al Hospital.

—¿Con qué no hay medio de forzar esa puerta? esclamó el rey de Tunia dando una fuerte patada.»

El duque de Egipto le señaló tristemente los dos chorros de plomo ardiendo que no cesaban de caer por la negra fachada, como dos largas tiras de fósforo. «Se han visto iglesias que por sí mismas se han defendido, dijo suspirando. Santa Sofía en Constantinopla, hace cuarenta años, arrojó por tres veces seguidas á

tierra la media luna de Mahoma, sacudiendo ella misma sus cúpulas que son sus cabezas. Guillermo de Paris, que ha edificado esa, era un májico.

—Y ¿nos hemos de retirar con las orejas gachas como perros apaleados? dijo Clopin. ¡Abandonar á nuestra hermana para que estos lobos con sotana la ahorquen!

—¿Y la sacristía, en donde el oro está á carretadas? añadió un truhan, cuyo nombre sentimos infinito no saber.

—Por vida de Mahoma! gritó Trailleföu.

—Hagamos otra tentativa, respondió el truhan.

Matías Hungadi meneó la cabeza:—Por la puerta jamás entrarémos Es preciso encontremos el flaco á la armadura de la maga. Un agujero, una falsa poterna, una coyuntura cualquiera.

—¿Quién me sigue? dijo Clopin. Yo vuelvo á la carga. — A propósito ¿dónde

está el estudiantillo Juan, que tan cubierto estaba de hierro?

—Sin duda ha muerto, replicó uno, cuando no se le oye reir.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—Tanto peor, debajo de aquella armadura latia un corazon valiente.—Y maese Pedro Gringorio?

—Capitan Clopin, dijo Andrés el Rojo, se ha escapado cuando llegamos al Puente de los Cambiadores.

Clopin dió una patada.—Voto á mil diablos! él es el que nos mete en esto, y despues nos deja en medio de la operacion.—Cobarde hablador de Barrabás.

—Capitan Clopin, gritó Andrés el Rojo que estaba mirando hácia la calle del Compás, allí viene el estudiantillo.

—Alabado sea Pluton! dijo Clopin. Pero qué diablos trae arrastrando?

Efectivamente Juan venia corriendo con la ligereza que le permitian su pesado disfraz de campeon y una larga escalera que

arrastraba vigorosamente sobre el empedrado, con lo que venia jadeando mas que una hormiga que tira de una pajita veinte veces mas larga que ella.

«Victoria! *Te Deum!* gritaba el estudiante. —Aquí traigo la escalera de los descargadores del Puerto de San Ladri.

Clopin se acercó á él.—Hijo, qué quieres hacer con esa escalera?

—Aquí la tengo, respondió Juan, respirando apenas. Ya sabia yo donde estaba. —Bajo el cobertizo de la casa del teniente. Hay allí una moza que conozco, y para la cual soy tan hermoso como un Cupido. —Yo me he aprovechado de esto para coger la escalera, y por el diablo, que hela aquí. —Pobre muchacha! en camisa ha venido á abrirme!

—Bien, dijo Coplin; pero qué vas á hacer con esa escalera?»

Juan le miró con un aire maligno y de superioridad, é hizo castañetear sus dedos. En aquel momento estaba sublime.

Tenia en la cabeza uno de aquellos cascos del siglo xv que espantaban al enemigo con sus quiméricas cimeras. El suyo estaba herizado con diez picos de hierro, de modo que Juan hubiera podido disputar su temible epíteto δεκεμβολος al navío homérico de Nestor.

—Qué voy á hacer con ella, augusto rey de Tunia? Veis aquella fila de estatuas con cara de imbéciles, encima de las tres portadas?

—Sí: y qué?...

—Aquella es la galería de los reyes de Francia.

—Y qué me importa eso? dijo Clopin.

—Escuchad. A lo último de esa galería hay una puerta que nunca se cierra sino con picaporte; con esta escalera subo yo allá, y en dos saltos estoy en la iglesia.

—Hijo, déjame subir primero.

—Eso no, camarada, la escalera es mia. Venid y seréis el segundo.

—Mal rayo te parta! dijo el testarudo

Clopin, yo no quiero ir detrás de nadie.

—En ese caso, Clopin, busca una escalera.

Juan eehó á correr por la plaza tirando de la escalera y gritando: —Aquí muchachos!»

En un momento enderezaron la escalera y la apoyaron contra la balaustrada de la galería inferior por encima de una de las portadas laterales. La turba de los truhanes, prorumpiendo en descompasadas aclamaciones, se apiñó al pie de la escalera para subir. Pero Juan sostuvo su derêcho, y puso el primero el pie sobre sus escalones. El tramo era largo. La galería de los reyes de Francia, distante hoy dia unos sesenta pies del suelo, entonces tenia ademas la altura de los once escalones de piedra. Embarazado Juan con su pesada armadura, subia lentamente, asiendo con una mano los escalones y llevando en la otra su ballesta. Al llegar como á la mitad de la escalera, echó una mira-

da melancólica sobre los truhanes muertos, cuyos cuerpos cubrian las gradas. «Ah! dijo; he ahí un monton de cadáveres digno del canto quinto de la Iliada!» En seguida continuó subiendo, seguido por los truhanes, de los cuales habia uno en cada escalon. Al ver elevarse undulando en la sombra aquella línea de hombres, cubiertos de corazas, se hubiera creido que una serpiente con escamas de acero se alzaba contra la iglesia. Juan, que hacia cabeza y que iba silbando, completaba la ilusion.

Finalmente el estudiante llegó al balcon de la galería, sobre el cual saltó con suma ligereza en medio de los aplausos de toda la truhanería. Dueño de esta manera de la ciudadela, dió un grito de alegría, y de repente se quedó petrificado. Acababa de divisar detrás de una estatua de los reyes á Cuasimodo, oculto en las tinieblas y con su ojo centellante.

Antes que un segundo sitiador hubiese

hecho pie sobre la galería, el formidable jorobado saltó á la cabeza de la escalera, cogió sin hablar una palabra los dos estremos de ella con sus forzudas manos, la levantó, la separó de la pared, la balanceó un momento, en medio de los gritos de angustia, larga y flexible como era y cargada de truhanes de arriba abajo, y de repente, con una fuerza sobrehumana, arrojó aquel racimo de hombres á la plaza. Hubo un instante en que los mas osados palpitaron. La escalera lanzada hácia atrás quedó un momento derecha y en pie como vacilando, despues, describiendo repentinamente un espantoso arco de círculo de ochenta pies de radío, cayó sobre el empedrado con su carga de bandidos, mas rápidamente que un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Oyósé una inmensa imprecacion; despues todo se quedó en silencio, y algunos infelices mutilados se retiraron arrastrándose de debajo de un monton de cadáveres.

Un rumor de dolor y de cólera sucedió entre los sitiadores á los primeros gritos de triunfo. Cuasimodo impasible miraba, apoyados los dos codos sobre la balaustrada; y parecia un rey viejo y ceñudo á la ventana.

Juan Frollo se encontraba en una situacion crítica. Veíase solo en la galería con el temible campanero, y separado de sus compañeros por un muro vertical de ochenta pies. Mientras que Cuasimodo jugaba con la escalera, el estudiante habia corrido á la poterna creyéndola abierta; pero nada, el sordo al entrar en la galería la habia cerrado tras sí. Juan entonces se ocultó detrás de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, y fijando sobre el monstruoso jorobado sus espantados ojos, como aquel hombre que, haciendo la corte á la mujer del que cuidaba cierta leonera y yendo una noche á una cita amorosa, equivocó la pared al escalarla, y se encontró cara á ca-

ra repentinamente con un oso blanco.

Al principio el sordo no hizo atencion en él; pero volviendo la cabeza se quedó plantado de repente. Acababa de reparar en el estudiante.

Juan se preparó á un fuerte encuentro; pero el sordo permaneció inmóvil; aunque vuelto hácia el estudiante en quien tenia fija su mirada.

«Oh! oh! dijo Juan, qué diablos tienes que mirarme con ese ojo tuerto y melancólico?»

Mientras hablaba así, el pilluelo preparaba disimuladamente su ballesta.

«Cuasimodo! gritó, voy á cambiarte el apodo: en adelante te llamarán el ciego.»

El tiro salió. La flecha silbó y se clavó en el brazo izquierdo del jorobado. Cuasimodo no se alteró mas que si hubiesen arañado al rey Faramundo. Llevó la mano á la saeta, la arrancó de su brazo, y la hizo pedazos tranquilamente sobre su abultada rodilla. Despues dejó caer al sue-

lo los pedazos. Pero Juan no tuvo tiempo para tirar otra vez; pues rota la flecha, Cuasimodo, resollando con furor, cayó de un salto como un tigre sobre el estudiante, cuya armadura se aplastó del golpe contra la piedra.

Entonces en aquella penumbra en que flotaba la luz de las antorchas, se vió una cosa terrible.

Cuasimodo habia cogido con su mano izquierda los dos brazos del estudiante, quien se conceptuó tan perdido que no pensaba en defenderse. Con la mano derecha, el sordo le quitaba con una siniestra lentitud, una á una y en silencio, todas las piezas de su armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazaletes. Parecia un mono qne monda una nuez. Cuasimodo iba arrojando á sus pies pedazo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando este se sintió desarmado, sin defensa, débil y desnudo en las temibles

garras de aquel, no intentó hablar al sordo, sino que se puso descaradamente á reir en sus barbas, y á cantar con la intrépida indiferencia de sus diez y seis años la cancion popular de entonces :

> Bien vestida ha quedado
> La ciudad de Cambrai,
> Marafin la há pillado...

No acabó la estrofa. Vióse á Cuasimodo subido en el parapeto de la galería, teniendo por los pies con una sola mano al estudiante, á quien daba vueltas en el aire como si fuera una honda; despues se oyó un ruido igual al de una armazon de huesos que estalla contra un muro, y vióse caer una cosa que se detuvo á la tercera parte del camino en un punto saliente de la arquitectura. Era un cuerpo muerto que se quedó allí clavado, doblado en dos, con los riñones destrozados y el cráneo vacío.

Los truhanes dieron un grito de horror. «Venganza! esclamó Clopin. —Saqueo! respondió la muchedumbre. —Al asalto! al asalto! — Oyóse entonces un aullido prodigioso, en el cual se mezclaban todas las lenguas, todos los acentos. La muerte del pobre estudiante encendió un furor estraordinario entre aquella turba, avergonzada y colérica al verse contrarestada tanto tiempo delante de una iglesia por un jorobado. La rabia proporcionó escaleras, multiplicó antorchas, y al cabo de algunos minutos, Cuasimodo, atónito, vió este espantoso hormiguero subir por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenian escalas tenian cuerdas con nudos; los que no tenian cuerdas se encaramaban por los relieves de las esculturas. Colgábanse los unos á los harapos de los otros. Imposible era resistir á esta marea creciente de rostros espantosos. El furor hacia relucir sus figuras feroces; caia el sudor á arroyos por sus frentes cubier-

tas de tierra; sus ojos centelleaban; todos estos gestos, todos estos objetos embestian á Cuasimodo; cualquiera hubiese dicho que otra iglesia habia enviado al asalto de Nuestra Señora, sus gorgonas, sus perros, sus demonios, sus mas fantásticas esculturas. Era una capa de mónstruos vivientes sobre los monstruos de piedra de la fachada.

Al mismo tiempo la plaza se habia cubierto de antorchas. Esta escena desordenada, sepultada hasta entonces en la oscuridad, se habia repentinamente iluminado. El Compás estaba resplandeciente y arrojaba un crepúsculo al cielo; la hoguera encendida sobre la plataforma continuaba ardiendo, é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme anchura de ambas torres, estendida á larga distancia sobre los tejados de Paris, formaba en medio de la claridad una estensa mancha de sombra. La ciudad parecia haberse conmovido. Sonaban á lo lejos las campanas á re

bato. Los truhanes aullaban, jadeaban, juraban, subian: y Cuasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblando por la gitana y viendo aquellas figuras furiosas acercarse cada vez mas á su galería, pedia un milagro al cielo, y se torcia los brazos de desesperacion.

# Capítulo v.

### El retiro donde reza sus horas el señor Luis de Francia.

Quiza no haya olvidado el lector que un momento antes de descubrir la banda nocturna de los truhanes, Cuasimodo al registrar á Paris desde lo alto de su campanario, no habia visto brillar en él mas que una luz, la cual iluminaba como una estrella una vidriera en el piso mas alto de un elevado y sombrío edificio al lado de la puerta de San Antonio. Este edificio era la Bastilla. La estrella era la luz de Luis XI.

Hacia en efecto dos dias que el rey Luis XI estaba en Paris, y debia volver-

se dentro de otros dos á su ciudadela de Montilz-les-Tours. Nunca hacia sino muy raras y cortas apariciones en su buena ciudad de Paris, no hallándose en ella bastante rodeado de cárceles, horcas y archeros escoceses.

Aquel dia habia ido á hacer noche á la Bastilla. La gran cámara de cinco toesas cuadradas que tenia en el Luvre, su gran chimenea cargada con doce colosales bestias y con trece grandes profetas, y su gran lecho de once pies de largo sobre doce de ancho eran muy poco de su gusto. Perdíase entre tanta grandeza, y este buen plebeyo preferia la Bastilla con su cuartito y su camilla. Por otra parte la Bastilla era mas fuerte que el Luvre.

Este *cuartito*, que el rey habia reservado para sí dentro de la famosa prision de estado, era sin embargo bastante vasto, y ocupaba el piso mas elevado de una torrecilla construida sobre la azotea. Consistia en un retrete de figura redon-

da, entapizado con esteras de paja lustrosa; con el techo de vigas realzadas con flores de lis de estaño dorado, y los intervalos de color, y con las paredes cubiertas de ricas maderas sembradas de rosas de estaño blanco, y pintadas de un hermoso verdegay, hecho con oropimente y el pastel.

No habia en la habitacion mas que una ventana larga, de arcos orientales, cubierta con alambres y barras de hierro, y á mas de esto oscurecida por la hermosa vidriera de colores en la que estaban pintadas las armas del rey y de la reina, y de la que cada hoja costaba veinte y dos sueldos.

No tenia mas que una entrada, una puerta moderna, de bóveda elíptica, guarnecida de tapicería por dentro, y por fuera de un pórtico de maderas de Irlanda, ligeros edificios de ebanistería curiosamente trabajada, de las que se veian aun en muchas casas antiguas ha-

ce ciento y cincuenta años. « Aunque desfiguran y embarazan infinito, dice Sauval con desesperacion, nuestros viejos no obstante no quieren deshacerse de ellos, y los conservan á despecho de todos. »

No se encontraba en este cuarto mueble alguno de los que se usaban ordinariamente, ni bancos, ni taburetes, ni tarimas, ni escabelos comunes en figura de cajones, ni escabelos elegantes sostenidos por pilares y contrapilares, á cuatro sueldos la pieza. En él no se veia mas que un magnífico sillon de tijera con brazos, cuya madera estaba pintada sobre fondo encarnado; el asiento era de cordoban encarnado guarnecido con largas franjas de seda y sujeto con mil clavos de oro. El aislamiento de esta silla daba á entender que en aquel cuarto solo una persona tenia derecho de sentarse. Al lado de la silla y muy inmediata á la ventana, habia una mesa cubierta con un tapiz pintado de pájaros. Encima de

esta mesa habia un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos y una copa de plata cincelada. Un poco mas lejos un calentador, y un reclinatorio forrado en terciopelo carmesí con bordados de oro. Finalmente en el fondo, habia una simple cama de damasco amarillo y encarnado, sin oropel ni pensamientos y con franjas sumamente sencillas. Este lecho, famoso por haber hecho en él Luis XI sus sueños ó sus insomnios, era el mismo que doscientos años ha se podia contemplar aun en casa de un consejero de estado.

Tal era el cuarto conocido entonces con el nombre de: «el retiro donde reza sus horas el señor Luis de Francia.»

En el momento en que hemos introducido en él al lector, este retiro estaba muy obscuro. La queda habia sonado hacia una hora, era ya de noche, y solo habia una vacilante vela, colocada sobre la mesa, para alumbrar á cinco persona-

jes diversamente agrupados en el cuarto.

El primero en quien daba la luz era un señor soberbiamente vestido con calzones y jubon de escarlata rayada de plata, y una casaca larga de tela de oro con dibujos negros. Este rico vestido, en que reflejaba la luz, parecia cubierto de llamas en todos sus pliegues. El sujeto que le llevaba tenia sobre el pecho su escudo de armas bordado de vivos colores, en el cual se veia un roquete acompañado en punta de un gamo corriendo. El blason tenia á la derecha un ramo de olivo y á la izquierda un hasta de gamo. El personaje llevaba en la cintura una daga cuyo puño de plata sobredorada estaba cincelado en forma de cimera con una corona de conde encima. Su aspecto era malo, su aire arrogante, y su cabeza erguida. Advertíasele al primer golpe de vista la arrogancia, al segundo la artería.

Estaba descubierto, con un largo escrito en la mano, y de pie detrás de la

silla de brazos donde estaba un personaje desaliñadamente vestido, doblado el cuerpo, sin gracia, una pierna sobre la otra y con el codo sobre la mesa. Figúrese el lector en el rico asiento de cordoban dos rótulas zambas, dos piernas flacas, pobremente cubiertas con un tejido de aguja de lana negra, un tronco envuelto en un gaban de fustan, forrado en una piel que ofrecia á la vista menos pelo que cuero; y en fin, para coronar la obra, un viejo y grasiento sombrero del peor paño negro, bordado con un cordon circular de figuritas de plomo. Añádese á esto un asqueroso solideo que apenas dejaba descubrir un cabello, y se tendrá una idea de cuanto se distinguia en la persona sentada. Tenia esta la cabeza tan inclinada que no se descubria de toda su persona sino el estremo de su nariz, sobre la que caia un rayo de luz, y que demostraba ser bastante prolongada. Al ver su enjuta y arrugada mano se adivinaba

que era un anciano. Este personaje era Luis XI.

A alguna distancia detrás de estos, hablaban en voz baja dos hombres vestidos á la flamenca: pero no estaban tan en lo oscuro, que cualquiera que hubiese asistido á la representacion del misterio de Gringorio, no hubiera podido distinguir en ellos dos de los principales enviados flamencos; á saber, Guillermo Rym, el sagaz pensionista de Gante, y Jacobo Coppenole, el popular calcetero. Recuérdese que estos dos hombres estaban mezclados en la política secreta de Luis XI.

En fin, en el fondo de la pieza, cerca de la puerta y en la oscuridad, se mantenia de pie, inmóvil como una estatua, un hombre vigoroso, de miembros nervudos, con harneses militares y casaca de blason, cuya cara cuadrada, ojos prominentes, boca inmensa, frente pequeña y orejas ocultas bajo dos melenas de pelo

muy lacio, le daban á la vez el aspecto de perro y de tigre.

Todos estaban descubiertos escepto el Rey.

El señor que estaba á su lado le leia una especie de lista de gastos, que el Rey parecia escuchar con suma atencion. Los dos flamencos cuchicheaban entre sí.

«Voto á tal! gruñía Coppenole, que estoy ya cansado de estar en pie; ¿no hay una silla por ahí?

Rym respondió con un gesto negativo, acompañado de una sonrisa discreta.

—Voto á tal! repetia Coppenole, fastidiado de tener que bajar de este modo la voz; que me dan ganas de sentarme en el suelo, con las piernas cruzadas, á lo calcetero, como hago en mi tienda.

— Guardaos bien de eso! señor Jacobo.

—Oiga! señor Guillermo: ¡con qué aquí no se puede estar sino de pies!

— O de rodillas, dijo Rym.»

En este momento el Rey alzó la voz; ellos se callaron.

«¡Cincuenta sueldos los vestidos de nuestra servidumbre, y doce libras las capas de los escribanos de nuestra corona! Eso es! Derramad el oro á cántaros! Estais loco, Olivier?»

Al hablar así, el anciano habia levantado la cabeza. La luz daba de lleno sobre su perfil descarnado y lánguido, y hacia relucir en su cuello las conchitas de oro del collar de San Miguel. El Rey arrancó el papel de las manos del otro.

«Nos arruinais! gritó paseando sus hundidos ojos sobre el papel. ¿Qué significa todo esto? Qué necesidad tenemos de una casa prodigiosa? Dos capellanes á razon de diez libras al mes cada uno y un sacristan á cien sueldos! Un ayuda de cámara á noventa libras al año! Cuatro marmitones á ciento veinte libras al año! Un cazador, un hortelano, un page, un sumiller de armas, dos ayudas de sumiller

á razon de diez libras por mes cada uno! Dos galopines de cocina á ocho libras! Un palafrenero con dos ayudantes á veinte y cuatro libras por mes! un portero, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno sesenta libras al año! Y el albeitar herrador ciento veinte libras! Y nuestro tesorero mil y doscientas libras! Y el contralor quinientas! — Que sé yo! Esto es una furia! Los sueldos de nuestros criados son un saqueo para la Francia! Este fuego en el gastar fundirá todos los metales del Luvre! Y tendrémos que vender nuestra vajilla! y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora (y quitóse el sombrero) nos dan vida, beberémos nuestras tisanas en un vaso de estaño!

Al decir esto, echó una mirada á la copa de plata que brillaba sobre la mesa. Tosió y prosiguió:

«Maese Olivier, los príncipes que reinan en grandes estados, como reyes y emperadores, no deben adoptar en sus

casas la suntuosidad, porque este fuego se propaga de ellas y corre á las provincias. Así, maese Olivier, tenedlo por dicho. Nuestros gastos se aumentan todos los años y esto nos desagrada. Cómo cuerpo de Cristo! ¿hasta el año 78 el gasto no ha pasado de treinta y seis mil libras, y en 80 ha llegado á cuarenta y tres mil seiscientas diez y nueve?—En 81 sesenta y seis mil seiscientas ochenta libras; y este año, por vida mia! llegará á ochenta mil! En cuatro años doblar el gasto! esto es monstruoso!

Detúvose falto de aliento, despues continuó enfurecido: —¡Yo no veo al rededor mio sino gentes que engordan con mi flaqueza! Vosotros me chupais los escudos por todos los poros!»

Todos guardaban silencio. Esta cólera era de aquellas que se dejan desahogar. El rey continuó:

«¡Como la súplica en latin de la Señoria de Francia, para que restablezcamos

lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona! Cargas en efecto! Cargas que asuelan! Ah, señores! decís que nos no somos rey, para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo!* Os harémos ver, vive Cristo! si no somos un rey!

Aquí se sonrió al pensar en su poderío; endulzóse con esto su mal humor; y se volvió hácia los flamencos:

«Sabeis, compadre Guillermo? el gran panadero, el gran repostero, el mayordomo mayor y el gran senescal no valen tanto como el peor criado. —No olvideis esto, compadre Coppenole. —De nada sirven. Al verles parados á mi alrededor se me figuran los cuatro Evangelistas, que rodean la esfera del gran reloj de palacio, y que Felipe Brille acaba de restaurar. Son dorados; pero no señalan la hora, y la manecilla para nada los necesita.»

Quedóse un momento pensativo y añadió meneando su vieja cabeza: «Oh! oh!

por Nuestra Señora! yo no soy Felipe Brille, y ciertamente no doraré yo de nuevo los grandes vasallos. — Continua, Olivier.»

El sujeto que designaba con este nombre, volvió á tomar el papel de manos del rey, y continuó su lectura en alta voz.

«... A Adam Tenon, guardasellos del Prebostazgo de Paris; por la plata, hechuras y grabado de los dichos sellos, hechos de nuevo para reemplazar á los anteriores que ya no podian servir á causa de estar muy viejos y usados. —Doce libras parisís.

«A Guillermo Frere, la suma de cuatro libras y cuatro sueldos parisís, por su trabajo y gastos de haber mantenido y alimentado las palomas de los dos palomares del edificio de los Torreones, durante los meses de enero, febrero y marzo de este año; en lo que ha consumido siete sextercios de cebada.

«A un padre de San Francisco, por confesar á un reo, cuatro sueldos parisís.»

El rey escuchaba en silencio. De tiempo en tiempo tosia; entonces llevaba la copa á sus labios, y haciendo un gesto bebia un sorbo.

«En este año se han echado por disposicion de la justicia á son de trompa por las calles de Paris cincuenta y seis pregones.—Están por ajustar.

«Por haber cavado y buscado en ciertos parajes, tanto en Paris como en otros puntos, dinero que se decia estar allí oculto, pero que no se ha podido hallar...—Cuarenta y cinco libras parisís.

—¡Enterrar un escudo, para desenterrar un sueldo!

—Por haber puesto en el edificio de los Torreones seis vidrios blancos en el sitio donde está la jaula de hierro, trece sueldos.—Por haber hecho y entregado de órden del rey, el dia de los monstruos,

cuatro escudos con las armas del dicho señor, rodeados de guirnaldas de rosas, seis libras. — Por echar dos mangas nuevas al jubon viejo del rey, veinte sueldos. —Por una caja de unto para las botas del rey, quince dineros. —Una pocilga nueva para meter en ella los puercos negros del rey, treinta libras parisís. —Por los tabiques, planchas y trampas construidas para encerrar los leones en la inmediacion de San Pablo, veinte y dos libras.»

«He ahí unas fieras costosas, dijo Luis XI. Pero no importa, esta es magnificencia digna de un rey. Hay un gran leon rojo que me gusta por sus gracias. —Le habeis visto, maese Guillermo? —Los príncipes deben tener estos animales extraordinarios. Entre nosotros los reyes, nuestros perros deben ser leones y nuestros gatos tigres. Lo grande sienta bien á las coronas. En el tiempo de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecia á

las iglesias cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas. Esto era feroz y hermoso. Los reyes de Francia han tenido siempre de estos rugidos al rededor de su trono. Sin embargo me harán la justicia de decir que gasto en esto aun menos que mis antepasados, y que soy mas modesto en cuanto al número de leones, osos, elefantes y leopardos. — Continuad, maese Olivier. Queríamos decir esto á nuestros amigos los flamencos.

Guillermo Rym se inclinó profundamente; mientras que Coppenole con su ademan áspero, parecia uno de los osos de que hablaba Su Majestad. El rey no hizo alto en él. Acababa de acercar la copa á sus labios y escupiendo el brebaje, dijo: « Puf! qué tisana tan repugnante! — El que leia continuó:

Por manutencion de un pícaro villano encerrado hace seis meses en el cuartito del matadero, entretanto que se sabe

lo que se ha de hacer de él.—Seis libras y cuatro sueldos.

—Qué es eso? interrumpió el rey, mantener á quien se debe ahorcar? Cuerpo de Cristo! no daré yo en adelante un sueldo para esa manutencion.—Olivier, entendeos sobre el particular con el señor Estouteville, y desde esta noche hacedme los preparativos de boda de ese galan con la horca.—Continuad:

Olivier hizo una señal con la uña en el artículo del *pícaro villano*, y pasó adelante.

«A Enrique Cousin, ejecutor de la justicia de Paris, la suma de sesenta sueldos parisís, por órden y tasacion de monseñor el preboste de Paris, por haber comprado de órden del dicho señor preboste una grande hoja de espada para ejecutar y decapitar las personas á quienes la justicia condena por sus delitos, y por haberla puesto su vaina con todo lo demas necesario, igualmente por haber endere-

zido y reparado la espada antigua, que se habia roto y mellado al hacer la justicia de Messir Luis de Luxemburgo, segun y como mas por estenso aparece...»

El rey interrumpió: «Basta; ordeno con mucho gusto que se pague esa suma. Esos son gastos en que no reparo, ni nunca he sentido el dinero que cuestan. — Adelante.

—Por haber hecho una gran jaula nueva...

—Ah! dijo el rey, apoyando las dos manos en los brazos de la silla, ya decia yo que por algo habia venido á la Bastilla. Esperad, maese Olivier, quiero ver la jaula yo mismo. Me leeréis su coste, mientras que la examino. — Señores flamencos, venid á ver esto que es curioso.»

Entonces se levantó, se apoyó en el brazo de su interlocutor, hizo seña á la especie de mudo que se mantenia en pie delante de la puerta para que le prece-

diese, y á los dos flamencos para que le siguiesen, y salió de la habitacion.

A la puerta del retiro se incorporaron á la real comitiva los hombres de armas cubiertos de hierro, y los pajes con luces en las manos. Caminaron algun tiempo por el interior del sombrío torreon, atravesado de escaleras y corredores hasta en el grueso de las murallas. El capitan de la Bastilla marchaba á la cabeza haciendo abrir los postigos delante del anciano rey enfermo y encorvado, que tosia mientras andaba.

A cada postigo, todos tenian que bajar la cabeza, escepto el viejo encorvado ya por la edad. «Hum! decia entre sus encias, porque ya no tenia dientes, muy cerca nos hallamos de la puerta del sepulcro. A puerta baja, hombre encorvado.

En fin despues de atravesar el último postigo, tan cargado de cerraduras que se tardó un cuarto de hora en abrirle,

entraron en una vasta y elevada sala de arcos orientales, en cuyo centro se distinguia al resplandor de las luces un inmenso cubo macizo de albañilería, de hierro y de madera. El interior estaba hueco. Esta era una de aquellas famosas jaulas para los reos de estado, conocidas con el nombre de las *favoritas hijitas del rey*. Habia en sus paredes dos ó tres ventanitas tan cubiertas de alambre y barrotes de hierro que no se veian los vidrios. La puerta era una grande losa de piedra, como las de las tumbas; de esas puertas que jamás sirven sino para entrar. Solo que aquí el muerto era un vivo.

El rey se puso á andar lentamente al rededor del pequeño edificio examinándole con cuidado, mientras Olivier, que le seguia, leia en voz alta la cuenta:

«Por la construccion de una gran jaula de madera, con vigas gruesas, tablones y cuartones, la cual tiene nueve pies de largo sobre ocho de ancho, y siete de

alto entre los dos entablados, pulimentada y clavada con gruesos clavos de hierro y se ha colocado en una de las salas de la Quinta de San Antonio; en la cual jaula ha sido puesto y encerrado, por órden del rey nuestro señor, un prisionero que habitaba anteriormente otra jaula ya vieja y deteriorada. — Se han empleado en la susodicha jaula nueva noventa y seis vigas transversales y cincuenta y dos verticales, con diez tablones de tres toesas de largo; y durante veinte dias, se han ocupado diez y nueve carpinteros en cortar, trabajar y cuadrar toda la dicha madera, en el patio de la Quinta...»

«Hermosos son estos corazones de encina, dijo el rey, dando con el puño en la madera.

«... Han entrado en esta jaula, prosiguió el otro, doscientos veinte gruesos clavos de hierro de ocho y de nueve pies, y el resto de mediana largura, item las ruedas y barras peculiares á dichos cla-

vos: pesando todo este hierro tres mil setecientas treinta y cinco libras, además de ocho gruesos anillos de hierro para sujetar la dicha jaula, con las lañas y clavos, que pesan en junto doscientas diez y ocho libras de hierro, sin contar el de las rejas de las ventanas del salon en que se ha puesto la jaula, las barras de hierro para la puerta del salon, ni otras cosas...

— He aquí una buena porcion de hierro, dijo el rey, para contener la ligereza de una imaginacion.

—...El total importa trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros...

—Cuerpo de Cristo! gritó el rey.»

Este juramento que era el favorito de Luis XI pareció despertar á alguno en el interior de la jaula; se oyeron cadenas, arrastrándose con ruido sobre la madera, y alzóse una débil voz que parecia salir de la tumba: «Señor! señor! perdon!»

No se podia ver al que hablaba de esta manera.

«¡Trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros! repitió Luis XI.»

La lastimera voz que acababa de salir de la jaula habia dejado yertos á todos, incluso Olivier mismo. Solo el rey parecia no haberla oido. Por su órden, el señor Olivier prosiguió su lectura, y el rey continuó friamente la inspeccion de la jaula.

«... A mas de esto se ha pagado á un albañil por haber hecho los agujeros para poner las rejas de las ventanas, y el suelo de la sala donde está la jaula, porque el que antes tenia no hubiera podido sostenerla á causa de su mucho peso, veinte y siete libras y catorce sueldos parisis...»

La voz volvió á gemir.

«Perdon! señor! Os juro que fué el señor cardenal de Angers, y no yo, quien hizo la traicion.

—El albañil es un tirano! dijo el rey. Continua, Olivier.

Olivier continuó:

—«A un carpintero, por ventanas, camas, silleta y otras cosas, veinte libras y dos sueldos parisís...»

La voz continuaba de esta manera:

—Ah! señor! ¿no habeis de escucharme? ¡Os protesto que no soy yo el que escribió aquello á monseñor de Guienne, sino el señor cardenal Balue!

—El carpintero es caro, dijo el rey. Está todo?

—No, señor. «... A un vidriero, por los vidrios de la dicha sala, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisís.»

—Perdon, señor! ¿No es bastante que se hayan dado todos mis bienes á mis jueces, mi vajilla al señor Torcy, mi librería al maestro Pedro Doriolle, y mis tapices al gobernador del Rosillon? Estoy inocente. Hace catorce años que tirito de frio en una jaula de hierro.

Perdón, señor! En el cielo lo hallaréis.

—Maese Olivier, dijo el rey, cuanto es el total?

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisís.

—Virgen santa! gritó el rey. Vaya una jaula onerosa!»

Arrancó el escrito de manos del maese Olivier, y se puso á contar él mismo por los dedos, examinando á la par el papel y la jaula. En medio de esto se oia sollozar el prisionero. Esta escena en la oscuridad era lúgubre, y pálidos se miraban unos á otros.

«Catorce años, señor! Catorce años! desde el mes de abril de 1469. ¡En nombre de la santa Madre de Dios, señor escuchadme! Todo este tiempo habeis gozado del calor del sol. Yo, mísero de mí no volveré á ver jamás el dia? Perdon, señor! Sed misericordioso. La clemencia en los reyes es una hermosa virtud, que rompe el torrente de la cólera. ¿Cree

Vuestra Majestad, que á la hora de la muerte es una satisfaccion para un rey el no haber dejado impune ninguna ofensa? Por otra parte, señor, yo no he hecho ninguna traicion á Vuestra Majestad, ha sido el señor de Angers: y yo tengo al pie una pesada cadena, con una gruesa bola de hierro al estremo, mucho mas pesada de lo que es justo. Ah! Señor! tened piedad de mí!»

«Olivier, dijo el rey meneando la cabeza, observo que la medida de yeso que no vale mas de doce sueldos se me pone á veinte. Así reformad la cuenta.»

Y volviendo la espalda á la jaula comenzó á irse. El miserable prisionero, al alejarse las luces y el ruido, conoció que el rey se marchaba. «Señor! señor! gritó con desesperacion.» La puerta de la sala volvió á cerrarse, y ya no vió ni oyó sino la voz ronca del carcelero que le cantaba en los oidos la cancion:

De Balu se cuenta

Que pérdió la cuenta
De sus obispados,
Messir de Verduno
No tiene ni uno,
Ya están despachados.

El rey volvia á subir en silencio á su retiro, seguido de su comitiva, aterrada con los últimos gemidos del reo. De repente Su Majestad se volvió hácia el gobernador de la Bastilla.

«A propósito, le dijo, ¿no habia uno encerrado en esa jaula?

— Ya lo creo, señor!... respondió el gobernador atónito de la pregunta.

—Y quién es?

—El señor obispo de Verdun.

El rey lo sabia mejor que nadie; pero esta era una de sus manías.

—Ah! dijo con una aparente ingenuidad, como si pensase en ello por primera vez, Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balue. Cierto, el bueno del obispo!»

Pocos instantes despues, la puerta del retiro volvió á abrirse y á cerrarse en seguida sobre los cinco personajes que el lector ha visto reunidos en él al principio de este capítulo, los cuales volvieron á ocupar sus puestos, á seguir sus conversaciones á media voz y á tomar las mismas actitudes de antes.

Durante la ausencia del rey habian puesto sobre su mesa algunos despachos cerrados cuyos sellos rompió él mismo. Despues leyó prontamente uno despues de otro, y haciendo seña al maese Olivier, que parecia hacer el papel de ministro, para que cogiese una pluma, sin darle parte del contenido de los despachos, comenzó á dictarle en voz baja las respuestas que este escribia harto incómodamente, arrodillado delante de la mesa.

Guillermo Rym lo observaba todo.

El rey hablaba tan bajo que los flamencos no oian nada de lo que dictaba, es-

cepto algunas palabras aisladas y poco inteligibles como ... «Mantener los lugares fértiles con el comercio, los estériles con las manufacturas.... —Hacer ver á los señores Ingleses nuestras cuatro bombardas, la Lóndres, la Brabante, la Bourg-en-Bress, la San Omer.... —La artillería es la causa de que la guerra se haga en el dia mas juiciosamente... —Al señor de Bresuire, nuestro amigo... —Los ejércitos no pueden sostenerse sin tributos...—Etc.»

Una vez alzó la voz:—Cuerpo de Cristo! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con lacre amarillo, como un rey de Francia. Quizás no hacemos bien en permitírselo. Mi primo de Borgoña no daba escudos de armas con campos de gules. La grandeza de las casas está apoyada en la integridad de las prerogativas. Advierta esto, compadre Olivier.

Otra vez:—Oh! oh! dijo, vaya un paquete abultado! ¿Qué reclama de nos

nuestro hermano el emperador?—Y recorriendo la misiva con la vista, é interrumpiendo su lectura con interjecciones: —Ciertamente! la Alemania es tan grande y tan poderosa que apenas parece creíble...—Pero no olvidemos el antiguo proverbio: El condado mas hermoso es Flándes; el ducado mas hermoso Milan; el reino mas hermoso Francia. No es verdad señores Flamencos?»

Esta vez Coppenole se inclinó con Guillermo Rym. El patriotismo del calcetero habia sido halagado.

El último despacho hizo fruncir las cejas á Luis XI. «Qué es esto? Quejas y representaciones contra nuestras guarniciones de Picardía! Olivier, apresuraos á escribir al señor mariscal de Rouault... Qué se relaja la disciplina... Que los gendarmes de ordenanza, los nobles de la ley, los archeros francos y los suizos, causan infinitas vejaciones al pueblo... Que los soldados, no contentos con las

comodidades que encuentran en casa de los labradores, obligan á estos á palos y á latigazos á que vayan á pedir por la villa vino, pescado, especias y otras cosas escesivas... Que el señor rey es sabedor de todo esto... Que nuestra voluntad es preservar á nuestros pueblos de las estorsiones, los robos y el pillaje... Que, por la Vírgen Santa! así es nuestra voluntad... A mas de esto, que no nos acomoda que ningun menestral, barbero, ni escudero de guerra, vaya vestido como un príncipe, de terciopelos, de seda ni con anillos de oro. Que este lujo es odioso á Dios... Que nos, que somos gentilhombre, nos contentamos con un jubon de paño de á diez y seis sueldos el auna de Paris... Que los señores villanos bien pueden bajarse un poco, y usar el mismo traje. — Mandadlo y ordenadlo.

—Al señor de Rouault, nuestro amigo.—Bien.

Esta carta la dictó en alta voz, con un

tono firme y á pedazos. En el momento de acabarla abrióse la puerta, y entró un nuevo personaje, que se precipitó con aire de espanto en el cuarto gritando. «Señor! señor! en Paris ha estallado una sedicion popular!»

El grave rostro de Luis XI se contrajo; pero esta visible emocion desapareció como un relámpago, y conteniendo su agitacion, dijo con una tranquila severidad. «¡Compadre Jacobo, ese modo de entrar es demasiado impetuoso!

—Señor! señor! hay un motin! replicó el compadre Jacobo sin aliento.»

El rey, que estaba ya en pie, le cogió ásperamente el brazo y le dijo al oido, de modo que él solo pudiese oirle, concentrando su cólera y echando una mirada oblícua sobre los flamencos: «Calla ó habla bajo!»

El nuevo interlocutor le comprendió, y se puso á hacerle en voz baja una narracion espantosa que el rey escuchaba con

calma, mientras que Guillermo Rym hacia reparar á Coppenole la cara y el traje del recien llegado, su capucha forrada *caputia furrata*, su capirote corto, *epitogia curta*, y su vestido de terciopelo negro, que anunciaba un presidente del tribunal de cuentas.

Apenas hubo dado el tal personaje algunas esplicaciones á Luis XI, cuando este soltando la carcajada, dijo: «De veras! hablad alto, compadre Coictier! Porqué hacerlo en voz baja? Nuestra Señora sabe bien que yo no tengo nada oculto para nuestros buenos amigos los Flamencos.

«Pero, señor...

—Hablad alto!»

El compadre Coictier se quedó estupefacto de sorpresa.

«¿Con qué, replicó el rey, hablad, Coictier, hay un alboroto de villanos en nuestra buena ciudad de Paris?

—Sí, señor.

—¿Y decís que contra el bailío del palacio de justicia?

—Hay apariencias de ello, dijo el compadre que aun estaba balbuciente, aturdido del repentino é inesplicable cambio que acababa de verificarse en las ideas del rey.

Luis XI replicó.—¿En donde se ha encontrado la ronda ese tropel?

—Camino de la gran Truhanería, en el Puente de los Cambiadores. Yo mismo tambien le he encontrado cuando venia aquí en cumplimiento de las órdenes de Vuestra Majestad; y he oido que algunos de ellos gritaban: ¡Muera el bailío del Palacio!

—Y ¿qué quejas tienen contra el bailío?

—Ah! dijo el compadre Jacobo, que es su señor.

—De veras!

—Sí, señor. Son los tunos de la Corte de los Milagros. Hace largo tiempo que

se quejan del bailío de quien son vasallos, y á quien no quieren reconocer ni como justicia ni como señor.

—Oiga! replicó el rey con una sonrisa de satisfaccion que en vano se esforzaba por disimular.

—En todas sus representaciones al parlamento, continuó Jacobo, pretenden no tener mas que dos amos: Vuestra Majestad y su Dios, el cual creo que es el diablo.

—Eh! eh! dijo el rey, frotándose las manos y riendo con aquella risa interior que sale al rostro. Por mas que queria moderarse no podia disimular su alegría. Ninguno de los presentes comprendia el enigma, ni aun el mismo maese Olivier. Permaneció un momento pensativo y silencioso, pero contento.

—Son en mucho número? preguntó de repente.

—Sí, Señor, respondió el compadre Jacobo.

—¿Cómo cuantos?

— Seis mil á lo menos.

El rey no pudo menos de decir. Bueno! y prosiguió. —¿Están armados?

—Con hoces, picas, arcabuces, azadones y toda especie de armas ofensivas.

El rey no pareció inquietarse con tantas armas. El compadre Jacobo creyó deber añadir: Si Vuestra Majestad no envia prontos socorros al bailío, está perdido.

—Los enviarémos, dijo el rey, con un fingido aire de seriedad.—Está bien; ciertamente que los enviarémos. El señor bailío es nuestro amigo. Seis mil! Parecen determinados los tunos. La osadía es grande y nos ha irritado sobre manera: pero esta noche tenemos poca gente disponible cerca de nuestra persona. —Mañana por la mañana será tiempo.

El compadre Jacobo esclamó: —Al instante, Señor! De otro modo el bailiaje será saqueado veinte veces, la señoría vio-

lada y el bailío ahorcado. Por Dios! Señor, antes que amanezca.

El rey clavó los ojos en él. —Ya os he dicho que mañana.

Aquella mirada era una de las que no admiten réplica.

Despues de una pausa, Luis XI alzó de nuevo la voz: —Pues que debeis saber esto, decidme, compadre Jacobo; ¿cuál era... Enmendó la palabra: —¿cuál es la jurisdiccion feudal del bailío?

—Señor, el bailío de Palacio tiene la calle de la Calandria, hasta la de la Yerbería, la plaza de San Miguel, y los sitios vulgarmente llamados los *Mureaux*, situados cerca de Nuestra Señora de los Campos (aquí Luis XI echó mano al borde de su sombrero), cuyos edificios son en número de trece, además la Corte de los Milagros, ademas la Enfermería llamada la Banlieu, y ademas toda la calzada que empieza en esta Enfermería, y concluye en la puerta de Santiago. De todo este

recinto es pleno señor de vias, alta, media y baja justicia.

—Oiga! dijo el rey rascándose la oreja izquierda con la mano derecha, ¡eso compone una buena parte de mi ciudad! Ah! Con que el señor bailío era rey de todo eso!

Esta vez no se contuvo. Continuó pensativo, y como si se hablase á sí mismo: —Poco á poco, señor bailío, no teniais entre los dientes mal bocado de nuestro Paris!

De repente haciendo esplosion su cólera. Cuerpo de Cristo! ¿qué quiere decir eso de gentes que se creen dueños de caminos, justicias y señores en nuestra casa? que cobran peaje en todas partes? qué establecen su justicia y su verdugo por doquiera, en medio de nuestro pueblo? De modo que así como el Griego creia en tantos dioses como fuentes tenia, y el Persa en cuantas estrellas descubria, así el Francés cuenta tantos reyes, como hor-

cas ve Vive Dios, que esto es malo, y esta confusion me desagrada! Quisiera saber si es la voluntad de Dios, que haya en Paris otro dueño de caminos que el rey, otra justicia que nuestro parlamento, y otro emperador que Nos en este imperio! A fe mia, ya es preciso que llegue el dia en que no haya en Francia mas que un rey, un señor, un juez, un verdugo, así como en el paraíso no hay mas que un Dios!

Alzóse otra vez un poco su gorra, y continuó, siempre pensativo y con el aire y el acento de un cazador que halaga y lanza su trahilla.—Bueno! pueblo mio! bravo! destroza esos falsos señores! haz tu negocio. Sus! sus! róbales, ahórcalos, saquéales! Ah! queriais ser reyes, señores mios? anda! pueblo! anda!

Aquí se interrumpió de repente á sí mismo, se mordió los labios como para recoger sus ideas medio escapadas, fijó alternativamente sus ojos penetrantes en

cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y de improviso quitándose con ambas manos el sombrero, y mirándole de hito en hito, le dijo: — Oh! te quemaria, si supieses lo que hay en mi cabeza.

Despues paseando de nuevo á su alrededor la inquieta y atenta mirada del zorro que entra en su madriguera: — No importa! dijo, socorrerémos al señor bailío: por desgracia en este momento tenemos aquí muy poca tropa contra tanto populacho: preciso es aguardar hasta mañana. Se pondrá órden en la ciudad, y se ahorcará de firme cuanto se coja.

— A propósito, Señor! dijo el compadre Coictier; con la turbacion se me habia olvidado que la ronda ha cogido dos rezagados de la banda. Si Vuestra Majestad quiere verlos, ahí están.

— Si quiero verlos! interrumpió el rey. Cómo! Cuerpo de Cristo! y tú olvidas una cosa semejante! — Tú, Olivier, corre, tráelos aquí!

Maes e Olivier salió, y un momento despues volvió á entrar con los dos prisioneros escoltados por los archeros de la guardia. La cara del primero era de idiota, borracho y espantado. Estaba vestido malamente y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pie. El segundo tenia una figura pálida y risueña que el lector ya conoce.

El rey los miró un instante sin hablar, despues dirigió repentinamente al primero: —Cómo te llamas?

— Gieffroi Echabolas.

— Tu oficio?

— Truhan.

— Qué ibas á hacer en esta culpable sedicion?

El truhan miró al rey, balanceando sus brazos como un tonto. Era una de esas cabezas mal organizadas en que la inteligencia se halla tan á sus anchuras como la luz bajo el apagador.

—Yo no sé, contestó. Iban, y yo iba tambien.

—No. ibais á atacar y robar criminalmente á vuestro señor el bailío del Palacio?

—Yo sé que se iba á robar una cosa á una casa. No sé mas.

Un soldado presentó al rey una hoz que habian encontrado al truhan.

—Reconoces esta arma? preguntó el rey.

—Sí, es mi hoz. Yo soy vendimiador.

—Y reconoces á este hombre por tu compañero? añadió Luis XI, señalando al otro prisionero.

—No, no le conozco.

—Basta, dijo el rey; y haciendo una señal con el dedo al silencioso personaje que inmóvil delante de la puerta hemos hecho ya observar al lector: —Compadre Tristan, aquí teneis un hombre para vos.

Tristan el Ermitaño se inclinó. En seguida dió una órden en voz baja á los ar-

cheros, que se llevaron al pobre truhan.

Entretanto el rey se habia acercado al segundo prisionero que sudaba. — Tu nombre?

— Señor, Pedro Gringorio.

— Tu ocupacion?

— Filósofo, Señor.

— Cómo tienes valor, bribon, para ir á atacar á nuestro amigo el señor bailío del Palacio? y qué tienes que decir sobre este motin popular?

— Señor, yo no iba.

—Como, vagamundo, no has sido cogido por la ronda en esta mala compañía?

—No, Señor. Aquí hay una equivocacion. Es una fatalidad. Yo hago tragedias. Señor, suplico á Vuestra Majestad que me escuche. Soy poeta. Hay una manía entre las gentes de mi clase de pasear las calles por la noche. Yo en esta pasaba casualmente por allí. Me han arrestado equivocadamente. Soy inocente de esta tempestad civil. Ya ve Vuestra Majestad que el

truhan no me ha reconocido: aseguro á Vuestra Majestad...

—Calla! interumpió el rey entre dos sorbos de tisana. Nos estás rompiendo la cabeza.

Tristan el Ermitaño se adelantó señalando á Gringorio con el dedo: —Señor se puede tambien ahorcar á este?

Esta era la primera palabra que profería.

—Eh! respondió indiferentemente el rey, no veo en ello inconveniente alguno.

—Yo veo muchos! dijo Gringorio.»

Nuestro filósofo estaba en este momento mas verde que una aceituna. Vió en el aspecto frio é indiferente del rey que no tenia otro recurso que una escena muy patética; y precipitóse á los pies de Luis XI, esclamando con una gesticulacion desesperada:

«Señor! Vuestra Majestad se dignará oirme. Señor, no estalleis contra tan poca cosa como yo. El rayo abrasador jamás

cae sobre una lechuga. Señor, sois un augusto y poderosísimo Monarca; ¡tened piedad de un pobre hombre honrado, menos capaz de mover una revolucion que un copo de nieve de dar una chispa! Serenísimo Señor, la bondad es virtud de leon y de rey. Ah! el rigor no consigue otra cosa que alarmar los espíritus; el soplo impetuoso de la brisa no es capaz de arrebatar la capa del caminante, mas el sol hiriéndole pausadamente con sus rayos, le calienta de tal modo que le hace quedar en camisa. Señor, vos sois el sol; os lo protesto, mi soberano dueño y señor, yo no pertenezco á los truhanes, ladrones y alborotadores. La revolucion y el pillaje no son de la escuela de Apolo; yo jamás iré á precipitarme en esos torbellinos que ocasionan sediciones ruidosas. Yo soy un fiel vasallo de Vuestra Majestad. Los mismos zelos que un marido tiene por el honor de su mujer, la envidia que el hijo tiene del amor de su padre, un buen va-

sallo debe tenerlos y sentirlos por la gloria de su rey; desviviéndose por la gloria de su casa y por el aumento de su servicio. Cualquiera otra pasion que le transportase seria furor. Tales son, Señor, mis máximas de estado. Así que, no me juzgueis ni sedicioso ni truhan, porque llevo usado el vestido por los codos. Si me haceis gracia, Señor, yo le usaré por las rodillas rogando á Dios dia y noche por vos. Ah! no soy rico en estremo, es verdad, al contrario soy algo pobre, pero no por esto soy vicioso; esta no es culpa mia; todos sabemos que las bellas letras no producen grandes riquezas, y los mas entregados á la literatura no se calientan á un gran fuego durante el invierno. Solo la curia coge el grano, y deja lo restante á las demas profesiones científicas. Hay cuarenta hermosísimos proverbios sobre la capa agujereada de los filósofos. Oh! Señor! la clemencia es la única luz que puede alumbrar el interior de un alma

grande. La clemencia lleva la antorcha delante de las demas virtudes. Sin ella se busca á Dios á tientas. La misericordia, que es lo mismo que la clemencia, engendra el amor de los vasallos que es la mas poderosa salvaguardia de un príncipe. ¿Qué se os da, Señor, á vos que sois feliz, que haya un pobre hombre de mas sobre la tierra? Un pobre filósofo inocente, errante en las tinieblas de la calamidad, con su bolsillo vacío que resuena sobre su vientre hueco? Además, Señor, yo soy un literato. Los grandes reyes añaden una perla á su corona protegiendo las letras. Hércules no desdeñaba el título de Musagetes; y Matías Corbin favorecia á Juan de Monroyal, ornamento de las matemáticas. Ahora bien: es muy mal modo de proteger las letras el ahorcar á los literatos. ¡Qué borron para Alejandro, si hubiese hecho colgar á Aristóteles! Este rasgo no hubiera sido un pequeño lunar que hubiera embellecido el rostro de su reputa-

cion, sino una maligna úlcera que le hubiera desfigurado. Yo he hecho, Señor, un hermoso epitalamio para la señorita de Flándes y Monseñor el muy augusto Delfin. Esto no es un botafuego de rebelion. Ya ve Vuestra Majestad que yo no soy un estudiantillo: que he estudiado bien y tengo mucha elocuencia natural. Perdon, Señor! Y si lo hiciereis, hariais una accion muy agrabable á Nuestra Señora, y yo os juro que me asusta mucho la idea de ser ahorcado!

Hablando así el desolado Gringorio besaba las chinelas del rey, y Guillermo Rym decia por lo bajo á Coppenole: — Hace bien de echarse por tierra. Los reyes son como Júpiter de Creta, no tienen oidos sino en los pies. — Y sin cuidarse de Júpiter de Creta, el calcetero respondió con una pesada sonrisa, fijando la vista en Gringorio: — Oh! qué bien está eso! me parece estar oyendo al canciller Hugonet pedirme gracia.

Cuando Gringorio se detuvo falto de aliento, alzó temblando la cabeza hácia el rey, ocupado entonces en rascar con la uña una mancha que tenian sus pantalones en la rodilla. Despues Su Majestad se puso á beber tisana en la copa, pero sin decir nada: este silencio hacia sufrir la tortura á Gringorio. Por fin el rey le miró. — Vaya un terrible hablador! dijo, y volviéndose despues hácia Tristan el Ermitaño: — Vaya! déjale!

Gringorio cayó de espaldas lleno de gozo.

— En libertad! gruñó Tristan. ¿No quiere Vuestra Majestad que se le guarde un poco en la jaula?

— Compadre, contestó Luis XI, ¿crees tú que es para semejantes pájaros para quienes mandamos hacer jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros? Soltadme al momento ese bribon (Luis XI se servia de esta palabra que con el *Cuerpo de Cristo*, hacian toda

su jovialidad), y echádmele á la calle á porrazos.

—Uf! esclamó Gringorio, he aquí un gran rey!»

Y temiendo alguna contraórden se precipitó hácia la puerta que Tristan le abrió de muy mala gana. Los soldados salieron con él, dándole de golpes que Gringorio sufrió como un verdadero filósofo estóico.

Desde que anunciaron al rey la revuelta contra el bailío, su buen humor se echaba de ver en todo. Esta desusada clemencia no era la menor prueba de ello; Tristan el Ermitaño estaba en su rincon con el hocico retorcido de un dogo que ha visto y no ha cogido.

El rey entretanto tocaba con los dedos sobre el brazo de su silla la marcha del Puente Audemar. Este príncipe era solapado, pero sabia ocultar sus penas mejor que su alegría. Sus manifestaciones esteriores de júbilo por cualquiera buena noticia eran algunas veces exageradas. Así es

que á la muerte de Carlos el Temerario ofreció balaustradas de plata á San Martin de Tours, y á su advenimiento al trono se olvidó de ordenar las exequias de su padre.

— He! Señor! esclamó de repente Jacobo Coictier, ¿qué se ha hecho la aguda enfermedad, por la que me ha enviado á llamar Vuestra Majestad?

— Oh! dijo el rey, verdaderamente sufro mucho, compadre, me silban los oidos, parece que me arañan el pecho con uñas de fuego. Coictier cogió la mano del rey y se puso á tomarle el pulso con aire presuntuoso.

— Mirad, Coppenole, dijo Rym en voz baja, ahí teneis al rey entre Coictier y Tristan; esa es toda su corte. Un médico para él, y un verdugo para los demas.

Al tomar el pulso al rey, Coictier ponia un aspecto cada vez mas alarmante. Luis XI le miraba con bastante ansiedad.

Coictier se acrecia por momentos. El buen hombre no tenia otra viña que la mala salud del rey, y la vendimiaba prodigiosamente.

—Oh! oh! murmuró al fin; efectivamente esto es grave.

—De veras? preguntó el rey con inquietud.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*, contestó el médico.

—Cuerpo de Cristo!

—Antes de tres dias, esto puede llevarse á un hombre.

—Vírgen Santa! esclamó el rey; y el remedio, compadre?

—En eso estoy pensando, Señor.

Mandó sacar la lengua á Luis XI, meneó la cabeza, hizo un gesto, y en medio de estas contorsiones:—Por Dios, Señor, dijo de repente, es preciso que os diga que hay una pension de la regalía vacante, y que tengo un sobrino.

—Doy la pension á tu sobrino, com-

padre Jacobo, contestó el rey, pero sácame este fuego del pecho.

—Pues que Vuestra Majestad es tan clemente, añadió el médico, no rehusará ayudarme un poco en la construccion de mi casa misma, calle de San Andrés de los Arcos.

—Oh! dijo el Rey.

—Se me acaba el dinero, prosiguió el doctor, y verdaderamente seria lástima que la casa no tuviese techo; no por la casa misma, que es simple y como de un cualquiera; sino por las pinturas de Juan Fourbault que adornan el artesonado. Hay una Diana volando, pero tan escelente, tan tierna, tan delicada, tan natural, la cabeza tan bien adornada, y coronada con su media luna, las carnes tan blancas, que da tentacion á cuantos la miran con demasiada curiosidad. Tambien hay una Céres, que es una deidad hermosa: está sentada sobre haces de trigo, y en la cabeza lleva una elegante

guirnalda de espigas, entrelazada de amapolas y otras flores. No hay en el mundo nada mas hermoso que sus ojos, mejor torneado que su pierna, mas noble que su ademan, ni vestido mejor hecho que su túnica. Es una de las hermosuras mas inocentes y mas perfectas que haya producido el pincel.

—Cruel! murmuró Luis XI, y ¿á qué conduce eso?

—Necesito un techo sobre estas pinturas, señor, y aunque sea de poco coste, ya no tengo dinero.

—Cuánto valdrá tu techo?

—Valdrá.... un techo de cobre dorado é historiado, dos mil libras á lo mas.

—Oh, asesino! gritó el Rey; no me arrancas un diente que no sea un diamante.

—Cuento con mi techo? preguntó Coictier.

—Sí! y vete con mil diablos, pero sáname.»

Jacobo Coictier se inclinó profunda-

mente y dijo : «Señor, un repercusivo os sanará. Yo os aplicaré á los riñones el gran defensivo, compuesto de cerato, bol de Armenia, clara de huevo, aceite y vinagre. Continuaréis vuestra tisana, y yo respondo de Vuestra Majestad.

Una luz jamás atrae un solo moscardon : el maestro Olivier viendo al Rey dispuesto á hacer liberalidades, y creyendo el momento oportuno, se acercó tambien : — Señor.....

— Qué hay? preguntó Luis XI.

— Señor, ya sabe Vuestra Majestad que ha muerto el maestro Simon Radin.

— Y qué?

— Es que era consejero del rey en la sala de justicia del tesoro.

— Y bien?

— Señor, su plaza está vacante. — Al hablar así la altanera figura de Olivier habia dejado su arrogancia para tomar un aire bajo. Este es el único cambio que tienen los cortesanos. El Rey le miró

de hito en hito, y dijo con tono seco: — Entiendo »

Y continuó:

— Maese Olivier, el mariscal de Boucicaut decia: solo el Rey hace dádivas y no hay pescados sino en el mar: ya veo que sois de la opinion del señor de Boucicaut. Ahora oid. Me acuerdo que en 68 os hicimos nuestro ayuda de cámara; en 69 alcalde del castillo del puente de San Cloud con cien libras tornesas de sueldo (aunque vos las pretendisteis parisís.)— En noviembre de 73, por nuestro nombramiento dado en Gergeaule, os instituimos conserge del bosque de Vincennes, destino de Gilberto Acle, escudero; en 75 juez del bosque de Rouvray-les-Saint-Cloud en reemplazo de Jacobo Le Maire; en 78 os asignamos, por patente señalada por nos con doble sello de cera verde, una renta de diez libras parisís para vos y vuestra mujer, sobre la plaza de los Mercaderes, cerca de la escuela de San

German; en 79 os hicimos juez del bosque de Senart, en reemplazo del pobre Juan Daiz; despues capitan del castillo de Loches; despues gobernador de San Quintin; despues capitan del puente de Meulan, del cual os haceis llamar conde. Sobre cinco sueldos de multa que paga todo barbero que afeita en dia de fiesta, vos teneis tres y nos el resto. Os hemos cambiado vuestro nombre de *el Malo* que cuadraba perfectamente con vuestra cara. En 74 os concedimos á despecho de nuestra nobleza armas de mil colores que os hacen un pecho de pabo real. ¡Cuerpo de Cristo! no estais saciado todavía? La pesca no ha sido grande y milagrosa? No temeis que un salmon de mas sumerja vuestra nave? El orgullo os perderá, compadre. A los alcances del orgullo van siempre la ruina y la vergüenza. Considerad bien esto, y callaos.»

Estas palabras severamente pronunciadas volvieron á pintar la insolencia en la

despechada fisonomía del maese Olivier.

«Bueno, murmuró casi en alta voz, bien se echa de ver que el Rey está hoy enfermo: todo lo da á su médico.

Luis XI, lejos de irritarse por esta impertinencia, continuó con dulzura:—Ah! se me olvidaba que tambien os he hecho mi embajador en Gante cerca de madama María.—Sí, señores, añadió el Rey, volviéndose hácia los Flamencos, este ha sido embajador.—Con que así, compadre, prosiguió dirigiéndose al maese Olivier, no nos enfademos; somos amigos antiguos. Ya es bastante tarde: hemos concluido nuestro trabajo. Afeitadme.»

Sin duda que nuestros lectores no han tenido necesidad de esperar hasta ahora para reconocer en el maese Olivier al Fígaro terrible que la providencia, esa grande autora de dramas, ha introducido con tanto arte en la larga y sangrienta comedia de Luis XI. Y no es aquí donde intentarémos pintar este singular perso-

naje. Este barbero del Rey tenia tres nombres. En la corte le llamaban cortesmente Olivier el Gamo, entre el pueblo Olivier el Diablo; pero su verdadero nombre era Olivier el Malo.

Olivier el Malo pues permaneció inmóvil, refunfuñando contra el Rey, y mirando de través á Jacobo Coictier. —Sí, sí, el médico! decia entre dientes.

«Pues sí, el médico! replicó Luis XI con una sencillez singular, el médico tiene mas crédito aun que tú; es muy natural; él se ha apoderado de todo el cuerpo, y tú solo de la barba. Anda, pobre barbero mio, ya se remediará esto. ¿Qué dirias tú, y que seria de tu empleo, si yo fuese un rey como Chilperico, cuyo gesto habitual era tener la barba cogida con una mano? —Vamos, compadre, desempeña tu oficio, afeitame; ve á buscar lo necesario.»

Viendo Olivier que el Rey habia tomado el partido de reirse, y que no habia

medio de enfadarle, salió gruñendo á ejecutar sus órdenes.

El Rey se levantó, se acercó á la ventana, y abriéndola de repente con una estraordinaria agitacion: «Oh! sí! esclamó, dando una palmada, mirad en el cielo una claridad rojiza, del lado de la ciudad: sin duda es el bailiaje que arde: no puede ser otra cosa. Ah! mi buen pueblo, por fin tú me ayudas á derrocar esos señoríos!»

Volviéndose entonces hácia los flamencos:

«Señores, venid á ver esto: ¿no es un fuego aquel resplandor rojizo?»

Los dos ganteses se acercaron: «Un gran fnego, dijo Guillermo Rym.

—Oh! añadió Coppenole, cuyos ojos brillaron repentinamente, esto me recuerda el incendio de la casa del señor de Hymbercourt. Sin duda que de ese lado debe haber una gran revuelta.

— Lo creeis así, maestro Coppenole?

y los ojos de Luis XI estaban tan alegres casi como los del calcetero. ¿No es verdad que será difícil resistir á ese motin?

—Vive Dios! Señor, creo que Vuestra Majestad estropeará entre esa gente muchísimas compañías.

—Ah! yo, es diferente, interrumpió el Rey. Si yo quisiese....

El calcetero contestó atrevidamente:

«Si ese motin es lo que yo me imagino, por mas que quisierais nada hariais, señor.

—Compadre, replicó Luis XI, con dos compañías de mi guardia y un tiro de culebrina se sujeta con mucha comodidad á un populacho de villanos.»

El calcetero, por mas señas que le hacia Guillermo Rym, parecia determinado á no ceder al Rey: «Señor, los suizos tambien eran villanos: el señor duque de Borgoña era un famoso gentilhombre, y despreciaba esta canalla. En la batalla de Grandson, señor, gritaba: Artilleros,

¡ fuego sobre esos villanos ! y juraba por San Jorge : pero el representante Scharnachtal se arrojó sobre el hermoso Duque con su maza y su pueblo, y de este encuentro de paisanos cubiertos de pieles de búfulo contra el brillante ejército Burguiñon, resultó que este se hizo pedazos como un vidrio cuando se le da con una piedra. En aquel encuentro hubo muchos caballeros muertos por los villanos ; y hallóse al señor de Chateauguyon, el mas gran señor de la Borgoña, muerto con su gran caballo frison en un pantano.

—Amigo, replicó el Rey, hablas de una batalla, y aquí solo se trata de un motin, del cual daré yo buena cuenta, cuando quiera fruncir las cejas.»

El otro replicó con indiferencia :

«Puede ser, señor. En ese caso es que la hora del pueblo no ha llegado todavía.»

Guillermo Rym creyó deber hablar.

«Maestro Coppenole, estais hablando con un rey poderoso.

—Ya lo sé, respondió gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, amigo Rym, contestó el Rey, me gusta esta franqueza. Mi padre Cárlos VII decia que la verdad estaba enferma; yo creia que habia muerto, y que no habia encontrado confesor: pero el maese Coppenole me desengaña.»

Entonces poniendo familiarmente su mano sobre el hombro de Coppenole: —Deciais pues, maese Jacobo.....

«Digo que quizá teneis razon: pero que en Francia la hora del pueblo no ha llegado todavía.»

Luis XI le miró con su ojo penetrante.

«Y cuando llegará esta hora, maese?

—Ya la oiréis sonar.

—¿En qué reloj, si teneis á bien decírmelo?»

Coppenole con su aspecto tranquilo y rústico hizo acercarse al rey á la ventana. «Escuchad, señor. Aquí hay una fortaleza, una campana de alarma, cañones,

pueblo y soldados. Cuándo la campana suene, retumbe el cañon, caiga estrepitosamente la fortaleza, el pueblo y los soldados griten y se maten, entonces será lo hora que suena.

El rostro de Luis XI se puso triste y pensativo: el Rey quedó un momento silencioso, y dando despues dulcemente con la mano, como cuando se acaricia á un corcel, sobre la espesa muralla del castillo. — Oh! no! esclamó: ¿ es verdad que tú no vendrás á tierra tan fácilmente, mi buena Bastilla?»

Y volviéndose de improviso hácia el atrevido Flamenco: «¿ Habeis visto alguna vez un motin, maestro Jacobo?

— Los he hecho, contestó el calcetero.

— Y ¿ cómo os componeis para hacerlos? preguntó el Rey.

«Ah! respondió Coppenole, no es difícil. Hay mil maneras. Primeramente se necesita que reine el descontento en la ciudad. Esto no es raro. Despues el ca-

rácter de los habitantes. Los de Gante son propensos á ello. Ellos quieren siempre al hijo del rey, al rey nunca. Pues bien; una mañana, por ejemplo, entran en mi tienda, y me dicen: compadre Coppenole, hay esto, hay lo otro. La señorita de Flándes quiere salvar á sus ministros. El gran bailío aumenta de un doble la imposicion, ú otra cualquiera cosa, no importa cual. Entonces yo dejo mi trabajo, salgo de mi calcetería, voy á la calle y grito: Saqueo! Siempre hay á la mano alguna barrica vieja. Me subo en ella, y digo lo primero que se me ocurre, lo que me aflige, porque cuando uno es del pueblo, señor, siempre tiene algo que le aflija. Entonces se reunen, se grita, se toca á rebato, se arma el pueblo con las armas de los soldados, la gente del mercado se reune al grupo, y ya está el motin. Y siempre será así, mientras haya señores en los señoríos, villanos en las villas y paisanos en un pais.

—¿Y contra quién os rebelais de ese modo? preguntó el Rey, ¿es contra vuestros bailíos ó contra vuestros señores?

—Eso conforme; alguna vez contra el Duque tambien.

Luis XI, volviéndose á sentar, dijo sonriéndose: —Ah! aquí aun no es mas que contra los bailíos!»

Olivier el Gamo entró en este momento, seguido de dos pages que llevaban lo necesario para afeitar al Rey; pero lo que mas llamó la atencion de Luis XI. es que iba además acompañado del preboste de Paris y del gefe de la ronda, los cuales parecian consternados. El rencoroso barbero parecia tambien consternado, pero interiormente estaba contento, y tomando la palabra. «Señor, pido perdon á Vuestra Majestad por la calamitosa noticia que le traigo.

Al volverse el Rey con prontitud, rozó una de las esteras del pavimento con los pies de su silla: «Pues ¿qué hay?

—Señor, continuó Olivier el Gamo con el ademan perverso de un hombre que se alegra de tener que dar una noticia cruel, no es contra el bailío de Paris esta sedicion popular.

—Contra quién pues?

—Contra vos, señor.»

El anciano Rey, poniéndose de pie y derecho como un jóven: «¡Esplícate, Olivier! esplícate! y cuidado con la cabeza, compadre; porque te juro por la cruz de San Lo, que, si nos mientes en este momento, la espada que ha cortado el cuello del señor de Luxemburgo no está tan mellada que no pueda todavía serrar el tuyo.»

El juramento era formidable: Luis XI no habia jurado en toda su vida sino dos veces por la cruz de San Lo. Olivier abrió la boca para responder: «Señor....

—Ponte de rodillas! interrumpió violentamente el Rey. Tristan, ¡no perdais de vista á este hombre!»

Olivier se puso de rodillas, y dijo con frialdad: «Señor, vuestro tribunal del parlamento ha condenado á muerte á una hechicera: está se ha refugiado en Nuestra Señora: el pueblo la quiere sacar de allí á viva fuerza. El señor preboste y el señor gefe de la ronda, que vienen del sitio del alboroto, están presentes y pueden desmentirme si no es verdad. El pueblo está sitiando á Nuestra Señora.

— Oiga! dijo el Rey en voz baja, pálido y temblando de cólera. ¡Nuestra Señora! Sitian en su catedral á Nuestra Señora, á mi buena patrona! — Levántate, Olivier; tienes razon. Te doy el empleo de Simon Radin. Tienes razon. — A mí es á quien atacan. La hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia, y la iglesia bajo mi salvaguardia. ¡Y yo que creia que se trataba del bailío! y es contra mí!...»

Entonces, como rejuvenecido por el furor, se puso á pasear á grandes pasos: No reia ya, estaba terrible, iba y volvia;

la zorra se había cambiado en hiena. De sofocado no podia hablar; moviansé sus labios, y sus descarnados puños se cerraban con fuerza. De repente levantó la cabeza, brillaron sus hundidos ojos, y su voz resonó como un clarin. «¡A sangre y fuego, Tristan! á sangre y fuego contra esos bri bones! Anda Tristan, amigo mio! degüella! degüella!»

Pasado este arrebato, volvió á sentarse; y con una rabia fria y concentrada dijo:

«Ven aquí Tristan! — En esta Bástilla hay cincuenta lanzas del vizconde de Gif, lo que compone trescientos caballos; tomadlos. Tambien hay la compañía de archeros de nuestra ordenanza al mando del señor de Chateaupers; tomadla. Sois preboste de los mariscales, mandais los soldados de vuestro prebostazgo; tomadlos. En el edificio de San Pablo encontraréis cuarenta archeros de la nueva guardia del señor Delfin; tomadlos Y con

toda esta tropa corred á Nuestra Señora.
— Ah! señores villanos de Paris, ¡ os arrojais de esa manera al través de la corona de Francia, de la santidad de Nuestra Señora y de la paz de esta República! Estermina! Tristan! estermina! y que no escape uno sino para Montfaucon.»

Tristan se inclinó. «Bien está, señor.»

Y añadió despues de un corto silencio: «Y qué he de hacer de la hechicera?»

Esta pregunta hizo reflexionar al Rey.

«Ah! dijo, la hechicera.... — Señor de Estouteville, ¿qué es lo que el pueblo queria hacer de ella?

— Señor, contestó el preboste de Paris, yo creo que puesto que el pueblo va á arrancarla de su asilo en Nuestra Señora, es porque le irrita sin duda esta impunidad y quiere ahorcarla.»

El Rey pareció reflexionar profundamente; en seguida dirigiéndose á Tristan el Ermitaño: «Pues bien! compadre,

estermina al pueblo y ahorca á la hechicera.

—Eso es, dijo Rym en voz baja á Coppenole, castigar al pueblo y hacer lo que él quiere.

—Basta, señor, respondió Tristan. Y si la hechicera está aun en Nuestra Señora, ¿se la ahorcará á pesar del asilo?

—Cuerpo de Cristo, con el asilo! dijo el Rey, rascándose la oreja. Y ello es menester ahorcar á esta mujer.»

Y como asaltado de repente por una idea, se echó de rodillas delante de su silla, se quitó el sombrero, le puso sobre la misma, y mirando devotamente una de las figurillas de plomo que le cubrian: «Oh! dijo, juntando las manos, Nuestra Señora de Paris, mi graciosa patrona, perdonadme: no lo haré mas que esta vez, porque es menester castigar esta criminal. Os aseguro, Señora mia, mi buena ama, que es una hechicera indigna de vuestra amable proteccion. Ya sabeis, Se-

frota, que muchos y muy piadosos príncipes, han traspasado los privilegios de la iglésia por la gloria de Dios y la necesidad del estado. San Hugo, obispo de Inglaterra, permitió al rey Eduardo sacase un mágico de su iglesia. San Luis de Francia, mi señor, ha hollado por la misma causa la iglesia del señor San Pablo; y el señor Alfonso, hijo del rey de Jerusalen, la iglesia misma del Santo Sepulcro. Perdonadme pues por esta vez, Nuestra Señora de Paris. Yo no lo volveré á hacer, y os daré una hermosa estatua de plata, igual á la que el año pasado dí á Nuestra Señora de Ecuys. Amen.»

Hizo la señal de la cruz, se levantó, se volvió á poner el sombrero, y dijo á Tristan. «Despachaos, compadre. Llevaos con vos al señor de Chateaupers, haced tocar alarma, destrozad el populacho, ahorcad la hechicera, y quiero que la ejecucion sea hecha por vos. Vos me daréis cuenta de ello.

—Vamos, Olivier, yo no me acostaré ya esta noche : afeitame.»

Tristan el Ermitaño se inclinó y se marchó. Entonces el Rey, despidió con una seña á Rym y Coppenole : «Dios os guarde, mis buenos amigos los Flamencos, id á descansar un poco, la noche se adelanta y falta poco para amanecer.

Los dos amigos se retiraron y al entrar en sus habitaciones acompañados del capitan de la Bastilla, Coppenole dijo á Guillermo Rym : «Hum! harto estoy ya de este Rey que tose! He visto á Cárlos de Borgoña borracho, pero era menos malo que Luis XI enfermo.

—Maestro Jacobo, respondió Rym, es que el vino de los reyes es menos crúel que la tisana.

# Capítulo VI.

## Luz de broma.

Al salir de la Bastilla, Gringorio bajó la calle de San Antonio con la rapidez de un caballo al escape. Llegado á la puerta Baudoyer, se encaminó derecho á la cruz de piedra que se elevaba en medio de la plaza, como si en la oscuridad hubiese distinguido la figura de un hombre vestido y encapuchado de negro, que estaba sentado en las gradas de la cruz. «¿Sois vos, señor? preguntó Gringorio.»

El personaje negro se levantó. «¡Voto á Brios! me desesperais Gringorio; el vigía de la torre de San Gervasio acaba de gritar la una y media de la mañana.

—Oh! replicó Gringorio, no es culpa mia, sino de la ronda y del rey. ¡No he escapado de mala! Siempre me falta poco para que me ahorquen. Esta es mi predestinacion.

—A tí te falta todo, dijo el otro. Pero vamos ligeros ¿sabes el santo y seña?

— Figuraos, maestro, que he visto al Rey: vengo de allí: lleva unos pantalones de fustan: es una aventura.

— Oh! promontorio de palabras! Qué me importa tu aventura? Sabes el santo y seña de los truhanes?

—Lo sé. Sosegaos. *Luz de broma.*

—Bueno. De otro modo seria imposible penetrar hasta la iglesia, pues los truhanes ocupan sus avenidas, y como parece que dichosamente han encontrado resistencia, aun puede ser que lleguemos á tiempo.

—Sí, señor; pero ¿cómo entrarémos en Nuestra Señora?

—Tengo las llaves de las torres.

— Y ¿cómo saldrémos?

— Detrás del claustro hay una puertecita que da al campo y comunica con el rio: yo he tomado la llave, y he amarrado á la orilla un barco esta mañana.

— Cáspita! por poco me ahorcan! repuso Gringorio.

— Ea! pronto! vamos! dijo el otro.»

Y los dos bajaron apresuradamente hácia la ciudad.

# Capítulo VII.

## ¡Chateaupers, á ellos!

Quizas se acordará el lector de la crítica situacion en que dejamos á Cuasimodo. El valiente sordo, asaltado por todas partes, habia perdido sino todo su valor á lo menos toda esperanza de salvar no su individuo (pues no se acordaba de sí mismo) sino la gitana. Corrió sin tino á uno y otro lado de la galeria. Nuestra Señora iba ya á caer en poder de los truhanes; cuando de repente un gran galope de caballos llena las calles inmediatas, y con una larga fila de antorchas y una espesa columna de caballería, lanza en ristre y á toda brida, desembocaron en la plaza

como un huracan estos furiosos gritos: Francia! Francia! acuchillad la canalla! Chateaupers, á ellos! Prebostazgo! prebostazgo!

Los truhanes espantados presentaron el frente á la columna.

Cuasimodo, que no oia, vió las espadas desnudas, las luces y las lanzas, y toda aquella caballería á cuya cabeza distinguió al capitan Febo; vió tambien la confusion de los truhanes, el espanto de los unos, la indecision de los mas atrevidos, y con este socorro inesperado recobró tanta fuerza, que arrojó fuera de la iglesia á aquellos de los escaladores que empezaban ya á saltar en la galería.

En efecto estas tropas eran las del Rey que llegaban.

Los truhanes se portaron con mucho valor, se defendieron como desesperados. Atacados por el flanco por la calle de San Pedro de los Bueyes, y por retaguardia por la calle del Compás, arrinconados

contra Nuestra Señora que sitiaban aun y que Cuasimodo defendia, á la vez sitiadores y sitiados se encontraban en la singular posicion en que despues se encontró el conde Henrique de Harcourt, cuando el famoso sitio de Turin en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, á quien sitiaba, y el Marqués de Leganés que le bloqueaba. *Taurinum obsessor idem et obsessus*, como dice su epitafio.

La accion fué horrorosa. A carne de lobo diente de perro (dice el padre Mateo). La caballería del rey, á cuya cabeza se batia con valor Febo de Chateaupers, no daba cuartel á nadie, y el hacha acababa con cuantos escapaban de la espada. Los truhanes mal armados rabiaban y mordian. Hombres, mujeres y niños se arrojaban á las grupas y á los pechos de los caballos, agarrándose á ellos como los gatos, con los dientes y las uñas de sus cuatro remos. Otros daban con las antorchas en el rostro de los archeros. Otros

clavaban garfios de hierro en el cuello de los ginetes y tiraban de ellos. Estos destrozaban á los que caian, y notóse uno que llevaba una gran hoz y con ella cortaba las piernas á los caballos. Estaba espantoso: este hombre cantaba con voz gangosa una cancion, sin dejar de manejar su hoz. A cada golpe, trazaba en derredor suyo un gran círculo de miembros cortados. De este modo logró avanzar al centro de la caballería, con la tranquila lentitud, el movimiento de cabeza y la respiracion regular de un segador que siega un campo de trigo. Este hombre era Clopin Truillefú. Un arcabuzazo dió fin á sus hazañas.

Las ventanas se abrieron de nuevo mientras tanto; los vecinos, oyendo el grito de guerra de la tropa del Rey, se mezclaron en el negocio, y de todos los pisos llovian balas sobre los truhanes. El Compás estaba lleno de un humo denso, iluminado á intervalos por el fuego de los

mosquetes. Distinguíase confusamente la fachada de Nuestra Señora y el decrépito Hospital, con algunos macilentos enfermos que desde lo alto de las bohardillas contemplaban esta escena.

Por fin cedieron los truhanes. El cansancio, la falta de buenas armas, el terror de la sorpresa, la mosquetería de las ventanas, el valor de los soldados del rey, todo les abatió. Forzaron la línea de los sitiadores, y echaron á huir en todas direcciones, dejando en el Compás un sin número de cadáveres.

Cuando Cuasimodo, que no habia cesado un momento da pelear, vió esta derrota, se puso de rodillas, y alzó las manos al cielo; despues, loco de contento, dió á correr y subió con la ligereza de un pájaro á la celda, cuyas cercanías acababa de defender con tanta intrepidez. Solo un pensamiento le ocupaba; y era el de arrodillarse ante aquella á quien acababa de salvar por la segunda vez.

Cuando entró en el cuarto, le halló vacío.



# LIBRO UNDÉCIMO.

## Capítulo primero.

### El zapatito.

Cuando los truhanes asaltaron la iglesia, la Esmeralda dormia.

Empero bien pronto la despertó el rumor que cada vez se aumentaba en derredor del edificio, y los balidos de su cabra que habia despertado antes. Incorporóse al momento, escuchó, miró, y asustada con el resplandor y el ruido, se salió de su celda y fué á ver. El aspecto de la pla-

za, la vision que se agitaba en ella, el desórden de aquel asalto nocturno, aquella multitud asquerosa, saltando como una nube de ranas descubierta en la oscuridad, la vocinglería de aquella ronca muchedumbre; las pocas antorchas rojizas corriendo y cruzando por entre las sombras, como los fuegos fatuos que iluminan la turbia superficie de los pantanos; toda aquella escena le pareció una batalla trabada entre las fantasmas de los hechiceros y los monstruos de piedra de la iglesia. Imbuida desde su niñez en las supersticiones de su tribu, su primer pensamiento fué que habia sorprendido en sus maleficios á los seres estraños propios de la noche. Entonces corrió amedrentada á esconderse en el rincon de su celda, pidiendo á su miserable cama un sueño menos horrible.

Poco á poco sin embargo se fueron disipando las primeras impresiones del miedo, y por el ruido que aumentaba

progresivamente y por otros signos de realidad, conoció que no la acometian espectros sino seres humanos. Su temor entonces sin aumentarse se transformó. Creyó que podria ser un motin para arrancarla de su asilo: la idea de perder otra vez la vida, la esperanza, á Febo que jamás se separaba de su imaginacion, la profunda nada de su debilidad, la imposibilidad de escapar, la falta de defensa, su aislamiento, su abandono, todos estos y mil otros pensamientos la habian abismado. Puesta de rodillas, con el rostro apoyado en su cama, y juntas las manos sobre su cabeza, llena de ansia y de terror, á pesar de ser egipcia, idólatra y pagana, pedia sollozando gracia al buen Dios de los cristianos y á Nuestra Señora su huéspeda: pues, por incrédulo que uno sea, hay en la vida momentos en los que se profesa la religion del templo en que se está.

Pasó largo tiempo prosternada de esta

manera, temblando á la verdad mas bien que orando; yerta al oir el zumbido de aquella multitud furiosa cada vez mas inmediato, no comprendiendo nada de aquel desencadenamiento, ignorando lo que se tramaba, lo que se hacia, lo que se queria, pero presagiando un terrible desenlace.

He aquí que en medio de esta angustia oye pasos cerca de sí. Vuélvese; dos hombres, de los cuales el uno llevaba una linterna, acaban de entrar en su celda. Ella dió un débil grito.

«Nada temais, dijo una voz que no le era desconocida, soy yo.

— Quién? vos? preguntó ella.

— Pedro Gringorio.»

Este nombre la tranquilizó: alzó los ojos, y conoció en efecto al poeta. Pero vió á su lado una figura negra cubierta de pies á cabeza que la hizo enmudecer.

«Ah! prosiguió Gringorio en tono de reproche, Djali me ha conocido antes que vos!»

La cabrita en efecto no habia esperado á que Gringorio se nombrase. Apenas habia entrado este, cuando empezó á estregarse coutra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y pelos blancos, porque entonces estaba mudando. Gringorio le volvia sus caricias.

«Quién viene con vos? preguntó la gitana en voz baja.

—No temais, contestó Gringorio, es un amigo mio.»

Entonces el filósofo, dejando en tierra la linterna, se arrodilló en el suelo, y estrechando entre sus brazos á Djali esclamó con entusiasmo. «Oh! este es un animal muy gracioso, mas hermoso sin duda por su limpieza que por su magnitud, pero ingenioso, sútil é instruido como un gramático! Vamos á ver, mi Djali, ¿has olvidado algo de tus preciosas habilida-

des? Cómo hace el maestro Jacobo Charmolue?...»

El hombre negro no le dejó acabar. Acercóse á Gringorio y le sacudió fuertemente por la espalda. Gringorio se levantó. «Es verdad, dijo, olvidaba que estamos de prisa. — Pero esto no es una razon, maestro, para acosar así á la gente. — Mi querida hija, vuestra vida y la de Djali peligran. Os quieren volver á coger. Nosotros somos vuestros amigos, y venimos á salvaros. Seguidnos.

— Es cierto? esclamó ella aterrada.

— Sí, muy cierto. ¡Venid pronto!

— Vamos corriendo, dijo ella balbuciente. Pero ¿porqué no habla vuestro amigo?

— Ah! dijo Gringorio, consiste en que sus padres eran gentes originales que le han hecho de un temperamento taciturno.»

Y forzoso fué que ella se contentase con esta respuesta. Gringorio la cogió de

la mano; su compañero tomó la linterna, y echó á andar delante. La pobre doncella llena de miedo se dejaba conducir. La cabra la seguia dando saltos, tan alegre de volver á ver á Gringorio que le hacia tropezar á cada paso, á fuerza de darle topetadas en las piernas. —¡He aquí lo que es la vida, decia el filósofo cada vez que iba á caer; por lo comun nuestros mejores amigos son los que nos hacen estrellar!

Bajaron rápidamente las escaleras de la torre, atravesaron la sombría y solitaria iglesia, alborotada con el bullicio, lo que hacia un contraste horroroso, y salieron al patio del claustro por la puerta encarnada. El claustro estaba abandonado; los canónigos habian huido al palacio del obispo, para orar juntos. El patio estaba desierto; solo algunos criados asustados se percibian en los mas oscuros rincones. Dirigiéronse hácia una puerta pequeña que daba sobre el Terrero. El

hombre vestido de negro la abrió con una llave que tenia. Nuestros lectores saben que el Terrero era una lengua de tierra, cerrada por un muro del lado de la ciudad, que pertenecia al cabildo de Nuestra Señora, y que terminaba la isla al oriente por detrás de la iglesia. Encontraron este cercado enteramente desierto. El rumor del asalto de los truhanes se percibia mas confuso y menos agudo.

El viento fresco, que sigue la corriente del agua, movia con ruido apacible las hojas del único árbol plantado en la punta del Terrero. A pesar de eso, aun estaban próximos al peligro. Los mas inmediatos edificios eran el palacio del obispo y la iglesia. En el interior del primero se notaba claramente un gran desórden. Su masa tenebrosa estaba sembrada de luces, que corrian de uno á otro lado, como cuando acaba de quemarse un papel y queda un pequeño edificio de ceniza donde las chispas hacen mil correrias

estrañas. Al lado, las altas torres de Nuestra Señora, vistas por detrás con la larga nave sobre la cual se elevan, cortadas en negro sobre el rojizo y estenso resplandor que llenaba el Compás, parecian fraguas gigantescas del fuego de los Cíclopes.

Lo que se veia de Paris por todos lados oscilaba en una sombra mezclada de luz. Rembrant tiene fondos semejantes en sus cuadros.

El hombre de la linterna se dirigió al estremo del Terrero. Habia en él al borde del agua los carcomidos restos de un seto de estacas mezcladas con algunas latas, por las cuales estendia una pequeña parra sus delgadas ramas, como los dedos de una mano abierta. A la sombra de este emparrado estaba oculta una barquilla, donde el hombre hizo señal de entrar á Gringorio y su compañera. Siguióles la cabra, el hombre misterioso entró el último; despues cortó la cuerda del bote, le alejó de la tierra con un garfio largo,

cogió los remos, y se sentó delante, remando con todas sus fuerzas para internarse en el rio. El Sena es muy rápido en este paraje, y le costó bastante el separarse del borde de la isla.

El primer cuidado de Gringorio al entrar en el bote, fué poner la cabra sobre sus rodillas. Él se sentó detrás, y la jóven, á quien el desconocido inspiraba una inquietud indefinible, se sentó lo mas cerca posible del poeta.

Cuando el filósofo vió moverse el barco se frotó las manos, y besó á Djali entre los cuernos. «Oh! dijo, ya estamos en salvo los cuatro! Y añadió con ademan de un pensador profundo. Algunas veces debe uno á la fortuna, y otras á la astucia el salir bien de las grandes empresas.»

La barquilla bogaba lentamente hácia la orilla derecha; la jóven observaba con un secreto terror al desconocido, que habia ocultado cuidadosamente la luz de su

linterna sorda. Entreveíasele en la oscuridad en la delantera del barco, como un espectro. Su capucha caida sobre la cara le servia de una especie de máscara; y cada vez que al remar abria sus brazos, de los que pendian unas anchas y negras mangas, parecian dos grandes alas de murciélago. Por lo demas aun no habia hablado una palabra, ni respirado siquiera, y no se oia en el barco otro ruido que el vaiven del remo, mezclado con el susurro del agua por donde pasaba.

«Por vida mia, esclamó Gringorio, qué estamos alegres y contentos como unos buhos! Guardamos un silencio pitagórico! Vive el cielo, amigos mios, que desearia que alguno me hablase!—La voz humana es una música para el oido del hombre, y no soy yo, sino Dídimo de Alejandría, el que ha dicho estas ilustres palabras.—Seguramente, Dídimo de Alejandría, no es un filósofo adocenado.—Una palabra, querida mia, decidme,

os suplico, una sola palabra.—A propósito: vos teniais la costumbre de hacer un momito original; le haceis todavía? Sabeis, amiga mia, que el parlamento tiene entera jurisdiccion en toda especie de asilos, y que corriais gran riesgo en vuestro cuartito de Nuestra Señora? Ah! el pajarito Troquito hace su nido en las fauces del cocodrilo.—Maese, mirad la luna, ya vuelve á salir.—Dios quiera que no nos descubran!—Hacemos una cosa laudable en salvar á esta jóven, sin embargo si fuésemos cogidos nos ahorcarian por órden del rey. Ah! las acciones humanas tienen dos aspectos: se vitupera en mí lo que en tí se aplaude. Tal admira á César que censura á Catilina. Es verdad, amo mio? Qué decís de esta filosofía? Yo poseo la filosofía de instinto, la natural, *ut apes geometriam.*—Vamos! nadie me responde. ¡Cuidado que los dos teneis un humor alegre! Así necesario es que yo hable solo; esto es lo que en esti-

lo trágico llamamos nosotros monólogo. —Cuerpo de Cristo! — Sabed que acabo de ver al rey Luis XI, y que de él he aprendido este juramento.—Así, Cuerpo de Cristo! y cuán furiosamente aullan en la ciudad!—Es un malvado ese vejete de rey, envuelto en sus pieles. Todavía me está debiendo el dinero de mi epitalamio, y gracias que no me ha hecho ahorcar esta noche, lo que me hubiera incomodado infinito.—Es un avaro para con los hombres de mérito, y bueno fuera que leyese los cuatro libros de Salviano de Colonia *Adversus avaritiam*. Ciertamente! este rey tiene maneras mezquinas con los literatos, y al mismo tiempo hace las mas bárbaras crueldades; es una esponja que se empapa en el dinero del pueblo. Sus ahorros son como el higado, que se llena con la debilidad de los demas miembros, así las quejas contra el rigor de los tiempos vienen á parar en murmullos contra el príncipe. Bajo el

dulce reinado de este devoto señor, las horcas crujen con el peso de las víctimas, los tajos se corrompen á fuerza de sangre, y las cárceles estallan, como un estómago repleto en demasía. Este rey con una mano coge, y con la otra ahorca. Es el procurador de la señora Gabela y de monseñor Patíbulo. Los grandes estan despojados de sus dignidades, y la plebe sofocada á fuerza de imposiciones. Es un príncipe extraordinario. No me gusta este rey, y á vos, amo mio?»

El hombre negro dejaba glosar al hablador poeta, continuando él en luchar contra la corriente violenta y estrecha que separa la proa de la ciudad de la popa de la isla de Nuestra Señora, que hoy llamamos isla de San Luís.

«Ahora que me acuerdo, maese, dijo Gringorio repentinamente. Al llegar al Compás por enmedio de los rabiosos truhanes, ¿no notó vuestra reverencia á aquel pobrecillo, á quien vuestro sordo

se disponia á machucar la cabeza sobre la rampa de la galería de los reyes? Yo soy corto de vista, y no he podido conocerle: sabeis quién pueda ser?»

El incógnito no respondió una palabra; pero cesó al punto de remar, cayéronsele los brazos, como si se le hubiesen roto, inclinó la cabeza sobre el pecho, y la Esmeralda le oyó lanzar suspiros convulsivos. Estremecióse ella, pues ya habia oido suspiros como aquellos.

Abandonada la barca á sí misma, siguió algunos instantes la corriente. Pero el hombre negro se incorporó al fin, asió de nuevo los remos, y empezó á remar otra vez contra la corriente: dobló la punta de la isla de Nuestra Señora, y se dirigió hácia el desembarcadero del puerto del heno.

«Ah! dijo Gringorio, mirad allí el edificio Barbeau.—Atended, maese, mirad: aquel grupo de tejados negros que forman unos ángulos tan raros, allí, debajo de

aquel monton de nubes bajas, celajosas, pintorreadas y sucias, en que la luna parece aplastada y estrellada como la yema de un huevo roto.—Es un buen edificio. Hay una capilla coronada de una bovedita llena de labores riquísimas. Encima podeis ver el campanario calado con mucho primor. Hay tambien un jardin de recreo, que consiste en un estanque, una pajarera, un eco, un mallo, un laberinto, una casa de fieras, y varias alamedas espesas y agradables á Vénus. Hasta hay un árbol pícaro llamado *el lujurioso*, por haber servido á los placeres de una princesa famosa y de un condestable de Francia de lozano y bello ingenio. — Ah! nosotros pobres filósofos somos respecto de un condestable, lo que un tablar de coles y rábanos en comparacion del jardin del Luvre. Y bien pensado qué importa! La vida humana para los grandes como para nosotros es una mezcla de bien y de mal. El dolor está siempre al lado del con-

tento, el espondeo junto al dáctilo.— Maese mio, es menester que os cuente esta historia del edificio Barbeau. La cosa acabó de un modo trágico. Era por los años de 1319, en el reinado de Felipe V, el mas largo de todos los reyes de Francia. La moral de la historia es que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No fijemos mucho la vista en la mujer del vecino, por mucho que su beldad conmueva nuestros sentidos. La fornicacion es un pensamiento muy disoluto. El adulterio es una curiosidad del deleite ageno.—Oh! parece que se aumenta el ruido del otro lado!»

En efecto crecia el tumulto al rededor de Nuestra Señora. Se pusieron á escuchar; oíanse claramente los gritos de victoria; en un momento cien antorchas, que hacian brillar yelmos de hombres armados se estendieron por todos los puntos esteriores de la iglesia, sobre las torres, por las galerías, debajo de los arcos

volados. Estas luces iban al parecer en busca de alguna cosa; y bien pronto llegaron distintamente aquellos clamores á á los oidos de los fugitivos: «La egipcia! la bruja! muera la bruja!»

La desventurada dejó caer la cabeza en las manos, y el desconocido se puso á remar con furia hácia la orilla. Entretanto nuestro filósofo iba reflexionando: estrechaba la cabra entre sus brazos; y se alejaba blandamente de la gitana, que cada vez se acercaba mas á él, como él único asilo que le quedaba.

Es cierto que Gringorio se hallaba en una cruel perplejidad. Pensaba que la cabra tambien, *segun la legislacion existente*, seria ahorcada si volviesen á cogerla; que esto seria mucha lástima, pobre Djali! que eran demasiado dos sentenciados agarrados á él; que en fin su compañero no deseaba otra cosa que cuidar de la egipcia. Habia entre sus ideas un terrible combate, en el cual, como Júpiter en la

Iliada, pesaba alternativamente á la egipcia y á la cabra, y las miraba ya á la una ya á la otra con los ojos humedecidos de lágrimas, diciendo para consigo mismo: «¡Sin embargo yo no puedo salvar á las dos!»

Un choque les advirtió por último haber llegado á la orilla. El siniestro bullicio continuaba por toda la ciudad. Levantóse el desconocido, fuése á la egipcia, y quiso tomarla por el brazo para ayudarla á bajar; alejóse ella, y se colgó de la manga de Gringorio, quien ocupado por su parte con la cabra casi la alejó tambien. Entonces ella saltó por sí sola fuera del barco. Tan turbada estaba, que no sabia lo que se hacia, ni donde iba. Quedóse así un momento atónita, mirando correr el agua. Cuando volvió un poco en sí vióse sola en el puerto con el desconocido. Parece que Gringorio se habia aprovechado del instante del desembarque para zafarse con la cabra por la man-

fiana de casas de la calle del Granero sobre el agua.

Estremecióse la gitana al verse sola con aquel hombre. Quiso hablar, gritar, llamar á Gringorio; pero su lengua estaba inerte en la boca, y no salió sonido alguno de sus labios. De improviso sintió la mano del desconocido sobre la suya; era una mano fria y fuerte; sus dientes castañetearon, y se puso mas pálida que los rayos de la luna que la alumbraban. El hombre no dijo una palabra; y echó á andar á grandes pasos hácia la plaza de Greva, llevándola por la mano. Entonces conoció ella que el destino es una fuerza irresistible. Ya no tenia accion, dejóse llevar corriendo para seguir el paso del otro. En aquel paraje la ribera estaba cuesta arriba; á ella le parecia sin embargo que iba cuesta abajo.

Miró por todas partes; no vió un transeunte; la ribera estaba enteramente desierta; no oia ruido, no distinguia voz

humana, sino la que venia de la ciudad tumultuosa y rojiza; de la cual sólo un brazo del Sena la separaba, y de donde llegaba hasta sus oidos su nombre acompañado de gritos de muerte. El resto de Paris estaba espareido á su alrededor en masas enormes de sombras.

Entretanto el desconocido continuaba tirando de ella, silencioso y con la misma velocidad. La infeliz no recordaba ninguno de los lugares por donde iba. Sin embargo al pasar por en frente de una ventana alumbrada, hizo un esfuerzo, enderezóse de repente y gritó: «Socorro!»

El vecino de quien era la ventana la abrió, asomóse en camisa con su candil, miró sobre la ribera con ademan estúpido, pronunció algunas palabras que la pobre no entendió, y volvió á cerrar su ventana. Este era el último rayo de esperanza que se estinguia para ella.

El hombre negro no profirió una síla-

ba, teníala bien sujeta, y echó á andar mas aprisa. Ella ya no resistió, y siguióle descoyuntada.

Solo de cuando en cuando recobraba alguna fuerza, y decia con una voz interrumpida por los traspieses y el ahogo de la corrida. «Quién sois? quién sois?»

El no respondia.

De esta manera llegaron, siguiendo siempre la orilla del rio, á una plaza bastante grande; alumbrábala un poco la luna; era la Greva. En medio se distinguia una especie de cruz negra enarbolada; era la horca. La infeliz lo reconoció todo al instante, y vió donde estaba.

Detúvose el hombre, volvióse hácia ella, y levantóse la capucha.

«Oh! tartamudeó petrificada, ya sabia yo que aun era él!»

Era el clérigo: parecia solo su fantasma: efecto de los rayos de la luna, á cuya luz parecen verse solo los espectros de las cosas.

«Escucha, le dijo; y la pobre se estremeció al sonido de aquella voz funesta que no habia oido hacia largo tiempo. El continuó, articulando con esas interrupciones breves y aspiradas que revelan con su violencia un profundo temblor en el interior.—Escucha. Estamos aquí. Voy á hablarte. Esta es la Greva. Este es un punto extremo. El destino nos entrega el uno al otro. Yo voy á decidir de tu vida; tú de mi alma. He aquí una plaza y una noche despues de las cuales no se ve nada. Escúchame pues. Voy á decirte... Ante todo no me hables de tu Febo. (Mientras decia esto, iba y venia, como un hombre que no puede permanecer quieto en un lugar, y tiraba de ella en pos de sí). No me hables de él. Ves, si pronuncias ese nombre, yo no sé lo que haré; pero será una cosa terrible.»

Dicho esto, se quedó inmóvil, como un cuerpo que ha hallado su centro de gravedad; pero no por eso sus palabras

indicaban menor agitacion. Su voz iba siendo cada vez mas baja.

«No vuelvas así la cabeza. Escúchame. Esto es una cosa seria. Desde luego he aquí lo que ha pasado.—No se reirán de esto, yo te lo juro —Qué es lo que decia? recuérdamelo! ah!—Hay un decreto del parlamento que te entrega otra vez al cadalso. Acabo de sacarte de entre sus manos; pero hélos ahí que te persiguen: mira.»

Alargó el brazo hácia la ciudad, donde en efecto parecian continuar las pesquisas. El zumbido se iba acercando; la torre de la casa del teniente, sita en frente de la Greva, estaba llena de gente y de luces; y veíanse correr por la orilla opuesta soldados con hachones gritando: «La egipcia! Dónde está la egipcia? Muera! muera!

—Ya ves que te persiguen, y que no te engaño. Yo te amo.—No abras la boca; no me hables, mas bien que decirme que

me aborreces. Estoy decidido á no oir ya eso.—Acabo de salvarte.—Primero déjame acabar.—Puedo salvarte enteramente. Todo lo tengo preparado. En tí está el que se realice: como tú quieras, yo puedo.

Interrumpióse violentamente á sí mismo.—No; no es esto lo que tenia que decir.»

Y corriendo, y haciéndola correr, porque no la soltaba, marchó derecho á la horca, y señalándosela con el dedo: «Escoge entre nosotros dos, le dijo friamente.»

Arrancóse ella de sus manos y se dejó caer al pie de la horca: abrazando aquel fúnebre apoyo, luego medio volvió su hermosa cabeza, y miró al clérigo por encima del hombro. Parecia la Vírgen al pie de la cruz. El clérigo se habia quedado sin movimiento, con el dedo levantado hácia la horca, con el mismo ademan, como una estatua.

En fin la egipcia le dijo: «¡Menos horror me causa todavía que vos!»

Entonces él dejó caer lentamente su brazo, y se puso á mirar el empedrado con un profundo abatimiento. «Si estas piedras pudieran hablar, dijo murmurando, sí, dirian: ¡qué hombre tan infeliz!»

En seguida continuó. La jóven, arrodillada delante de la horca y cubierta con su larga cabellera, le dejaba hablar sin interrumpirle. En aquel momento el acento doloroso del clérigo era lastimero y dulce, y hacia un contraste con la altiva dureza de su facciones.

«Yo os amo. Oh! esto es demasiado cierto. Y qué! no se trasluce por fuera nada de este fuego que abrasa mi corazon! Ah! jóven criatura! dia y noche, sí, dia y noche, ¿esto no merece piedad alguna? Es un amor de la noche y del dia, os digo; es un tormento.—Oh! sufro demasiado, pobre criatura!—Es cosa

digna de compasion, os lo aseguro. ¡Ya veis que os hablo blandamente. ¡Cuánto diera porque acabase ese horror que me teneis! — Al cabo si un hombre ama á una mujer, no es culpa del hombre. — Oh! Dios mio! — Cómo! con qué jamás me perdonaréis? Me aborreceréis siempre? Se acabó pues? Esto es lo que me hace malo, sabedlo, y horrible á mí mismo! — Ni siquiera me mirais! Quizá estais pensando en otra cosa, mientras yo hablo en pie y temblando en el umbral de nuestra eternidad! — Sobre todo no me hableis del oficial! — Qué! yo abrazaria vuestras rodillas; besaria, no vuestras plantas, que no me lo permitiriais, sino la tierra que pisais; sollozaria como un niño, me arrancaria del pecho, no palabras, sino el corazon y las entrañas, para deciros que os amo; y todo habria de ser inútil! todo! — Y sin embargo toda vuestra alma es ternura y clemencia. Resplandece en vuestro rostro la mas hermosa

dulzura; toda vos sois suave, bondadosa, misericordiosa y hechicera. Ah! solo para mí sois mala! Oh! qué fatalidad!»

Cubrióse el rostro con las manos, y la jóven le oyó llorar: esta era la primera vez. Así de pie y agitado por los sollozos, su actitud era mas miserable y suplicante que de rodillas; su llanto duró algun tiempo.

«Vamos! prosiguió, pasadas las primeras lágrimas: yo no hallo espresiones para esplicarme; con todo tenia bien pensado lo que os habia de decir: ahora tiemblo y me estremezco, desfallezco en el momento decisivo, siento cierta cosa suprema que nos rodea, y mi lengua está balbuciente. Oh! voy á caer sobre las piedras, si no teneis piedad de mí, piedad de vos misma. No nos condeneis á ambos á la vez. Si supieseis cuánto os amo! Qué corazon es el mio! Oh! qué alejamiento de toda virtud! qué desesperado abandono de mí mismo! Como doctor, escar-

nezcó la ciencia; como noble, desdoro mi nombre; y como sacerdote hago del misal una almohada de lujuria, escupo á mi Dios en el rostro! y todo esto por tí, encantadora, por ser mas digno de tu infierno! y tú desdeñas al condenado! Oh! quiero decírtelo todo! todavía mas, una cosa mas horrible! Oh! mas horrible!...»

Al pronunciar estas últimas palabras, su ademan era el de un frenético. Calló un instante, y luego con voz fuerte prosiguió, como hablándose á sí mismo: «Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?»

Hizo otra pausa, y en seguida continuó:

«¿Lo que he hecho de mi hermano, Señor? Le he recogido, le he educado, le he alimentado, le he amado, le he idolatrado, y le he muerto! Sí, señor, he aquí que ahora mismo acaban de estrellar su cabeza delante de mí contra las piedras de vuestra casa, y todo por causa

mia, por causa de esta mujer, por causa de ella...»

Sus miradas eran inciertas. Su voz se iba apagando; y repitió aun muchas veces maquinalmente con intervalos bastante grandes, como una campana que prolonga su última vibracion:—Por causa de ella...—Por causa de ella...—Despues su lengua no articuló ya ningun sonido perceptible, con todo sus labios seguian moviéndose. De repente se desplomó sobre sí mismo como una cosa que se hunde, y quedóse en tierra sin movimiento con la cabeza sobre las rodillas.

Un movimiento de la jóven que sacaba el pie de debajo de él, le hizo volver en sí. Pasóse lentamente la mano por sus aradas mejillas, y estúvose mirando algunos instantes con estupor los dedos que los tenia mojados «Qué! dijo murmurando, yo he llorado!»

Y volviéndose repentinamente hácia la egipcia con una angustia inesplicable.

«Ah! me habeis visto llorar sin conmoveros! Criatura, sabes que estas lágrimas son lavas ardientes? Con qué es verdad? nada mueve del hombre á quien se aborrece. Me verias morir, y te reirias. Oh! yo no quiero verte morir! Una palabra! una sola palabra de perdon! No digas que me amas, dime solamente que querrias hacerlo; esto bastará, yo te salvaré. Sino... Oh! el tiempo corre. Por cuanto hay de mas sagrado, te suplico que no aguardes á que me haya vuelto de piedra como ese patíbulo que te reclama tambien! Piensa que nuestra comun suerte está en mis manos, que estoy loco: esto es terrible! que puedo dejar que se hunda todo, y que debajo de nosotros hay un abismo sin fin, desventurada, donde mi caida seguirá á la tuya durante la eternidad! Una palabra de bondad! dí una palabra! tan solo una palabra!»

Abrió ella la boca para responderle; precipitóse él de rodillas á sus pies para

recoger con adoracion la palabra, quizás blanda, que iban á pronunciar sus lábios. Ella le dijo :

«Sois un asesino!»

El clérigo la cogió con furor entre sus brazos, y echóse á reir con una risa abominable. «Pues bien, sí! asesino! dijo él, y serás mia. Tú no me quieres por esclavo, me tendrás por señor. Serás mia! Yo tengo una guarida adonde te llevaré á pesar tuyo. ¡Tú me seguirás, forzoso es que me sigas, ó te entrego! Es preciso morir, hermosa, ó ser mia! ser del clérigo! ser del apóstata! ser del asesino! desde esta noche, lo entiendes? Vamos! alegria, vamos, bésame, loca! La tumba ó mi lecho! Sus ojos centelleaban de impureza y de rabia. Su boca lasciva enrojecia la garganta de la doncella, que forcejaba por arrancarse de sus brazos. Él la cubria de besos espumosos.

— No me muerdas, monstruo! gritaba ella. Oh! qué hediondo y odioso fraile.

Dejadme! mira! que te arranco tus inmundas canas, y te las arrojo á puñados al rostro.»

Púsose él encendido, luego pálido, en seguida la soltó y la miró con ademan sombrío. Creyóse ella victoriosa, y prosiguió: «¡Te digo que soy de mi Febo, es Febo á quien amo, á mi hermoso Febo! Tú, clérigo, eres viejo! eres feo! Vete de aquí!»

Él dió un grito violento como el miserable á quien aplican un hierro ardiendo. «Muere pues! dijo rechinando los dientes. Ella vió su horrendo mirar, y quiso huir. Volvióla él á coger, sacudióla, echóla al suelo, y fuese apresurado hácia la Torre de Rolando, llevándola por sus hermosas manos arrastrando por las piedras.

Llegado á la torre, volvióse á ella: «Por la última vez, quieres ser mia?

La egipcia respondió con fuerza:—No.

Entonces él gritó en alta voz:—Gúdu-

la, Gúdula! aquí tienes la egipcia! véngate!»

La jóven se sintió asir repentinamente por el codo. Miró, y vió un brazo descarnado que salia por una lumbrera de la pared, y la sujetaba como una mano de hierro.

«Ten firme! dijo el clérigo, es la egipcia que se ha escapado. No la sueltes, yo voy á buscar á los alguaciles. Ya la verás ahorcar.»

Una risa gutural respondió desde la parte de adentro de la pared á estas sangrientas palabras. «Ah! ah! ah! La egipcia vió al clérigo alejarse corriendo con direccion al puente de Nuestra Señora, por cuyo lado se oia una cabalgata.

La jóven conoció al instante á la perversa reclusa. Respirando apenas de terror, quiso soltarse. Retorcióse, hizo muchos movimientos de angustia y de desesperacion, pero la otra la tenia sujeta con una fuerza inaudita. Los dedos hue-

sosos y secos que la atormentaban, se agarraban á su carne y la abarcaban, como si aquella mano hubiese estado remachada á su brazo. Aquello era mas que una cadena, mas que una argolla, mas que un anillo de hierro, era una tenaza inteligente y viva que salia de una pared.

No pudiendo mas, se cayó contra la pared, en el instante se apoderó de ella el temor de la muerte. Empezó á pensar en lo precioso de la vida, en la juventud, en la vista del cielo, en los primores de la naturaleza, en el amor, en Febo, en todo lo que huia y en todo lo que se acercaba, en el clérigo que la delataba, en el verdugo que iba á venir, en la horca que estaba allí. Entonces sintió que el esparto le subia hasta la raiz de los cabellos, y oyó la lúgubre risa de la reclusa que le decia en voz baja: «Ah! ah! ah! vas á ser ahorcada!»

Volvióse moribunda hácia la lumbrera,

y vió la figura feroz de la saquita por entre las verjas. «Qué os he hecho yo? le dijo casi exánime.»

La reclusa no le respondió, y se puso á murmurar con una entonacion de canto, irritada y burlona:—Hija de Egipto! hija de Egipto! hija de Egipto!»

La infeliz Esmeralda dejó caer su cabeza, conociendo que no las habia con ningun sér humano.

De repente la reclusa esclamó, como si la pregunta de la egipcia hubiera tardado todo aquel tiempo para llegar hasta su interior. «Lo que me has hecho, dices!—Ah! lo que me has hecho, egipcia! Pues bien! escucha.—Yo tenia una niña! ves? Tenia una niña! una niña, te digo!—Una niñita muy hermosa!—Inés mia, continuó fuera de sí, besando una cosa en la oscuridad.— Pues bien! ves, hija de Egipto? me han cogido mi hija; me han robado mi hija; me han comido mi hija. Ahí tienes lo que me has hecho.

La jóven respondió como el cordero:

— Ah! quizá no habia yo nacido todavía!

— Oh! sí! replicó la reclusa, ya debias haber nacido, ya existias. Ahora seria ella de tu edad! Así! — Ya hace quince años que estoy aquí; quince años que sufro; quince años que ruego al cielo; quince años que me doy de testaradas contra estas cuatro paredes. — Te digo que son egipcias las que me la robaron, lo entiendes? y las que me la comieron con sus dientes. — Tienes corazon? figúrate pues lo que es un niño que juega, un niño que mama, un niño que duerme. Es tan inocente! — Pues bien! eso, eso es lo que me han cogido, lo que me han matado! Bien lo sabe Dios! — Hoy es mi turno; voy á comer egipcia. — Oh! como te morderia, si las verjas no me lo impidieran! Tengo la cabeza muy grande! — Pobre hija mia! mientras estaba durmiendo! Y si la despertaron al cogerla, su llanto fué inútil;

yo no estaba allí! Ah! madres egipcias, os habeis comido mi hija! venid á ver la vuestra.

Dicho esto, se puso á reir ó á rechinar los dientes; porque ambas cosas se parecian en aquella cara furiosa. Ya empezaba á rayar el dia: un reflejo ceniciento alumbraba débilmente aquella escena, y la horca se distinguia cada vez mas en la plaza. Del otro lado, hácia el puente de Nuestra Señora, la pobre sentenciada creia oir acercarse el ruido de la caballería.

—Señora! gritó juntando las manos y puestas ambas rodillas en el suelo, desmelenada, desolada, loca de espanto; señora! tened piedad de mí! Ahí vienen. Yo no os he hecho nada. Quereis verme morir de un modo tan horrible á vuestros ojos? Sois piadosa, lo creo así. Esto es muy horroroso. Dejadme escapar. Soltadme! gracia! yo no quiero morir así!

—Vuélveme mi hija! dijo la reclusa.

—Perdon! Perdon!

—Vuélveme mi hija!

—Soltadme, en nombre del cielo!

—Vuélveme mi hija!

La jóven volvió á caer de nuevo, rendida, destrozada, con la vista como la del que ya está en la huesa. —Ah! dijo balbuciente, vos buscais á vuestra hija, y yo busco á mis padres!

—Vuélveme mi Inesita! prosiguió Gúdula.—No sabes donde está! Pues muere! Oyeme!! Yo era una mujer galana, tenia una hija, me han robado mi hija.—Estas han sido las gitanas. Ya ves que es preciso que mueras. Cuando tu madre la egipcia venga á reclamarte, yo le diré: Madre, mira ese patíbulo!—O vuélveme mi hija.—Sabes donde está mi tierna hija? Mira, voy á enseñarte... Mira su zapato, lo único que me queda de ella. Sabes donde está el compañero? Si lo sabes, dímelo, y aunque sea al otro estremo de la tierra, yo iré á buscarle de rodillas.

Mientras decia esto, enseñaba á la egip-

cia con el otro brazo, sacado por la lumbrera, el zapatito bordado. Ya habia bastante luz para distinguir su forma y sus colores.

—Enseñadme ese zapato, dijo la egipcia estremeciéndose. Dios mio! Dios mio! Y al mismo tiempo comenzó á abrir precipitadamente con la mano que tenia libre la bolsita bordada de abalorios verdes que llevaba al cuello.

—Anda! anda! murmuraba Gúdula, registra tu amuleto del demonio! De repente interrumpióse á sí misma, tembló todo su cuerpo, y gritó con una voz que salia de lo mas profundo de sus entrañas:

—Hija mia!

La egipcia acababa de sacar de la bolsita un zapatito absolutamente igual al otro. Atado á este zapatito habia un pergamino, sobre el cual se hallaban escritos estos *versos*:

Cuando halles el compañero,
Tu brazo estará en las manos

De tu madre prisionero.

En menos tiempo que el que dura un relámpago, habia la reclusa confrontado los dos zapatos, leido la inscripcion del pergamino, y pegado á los hierros de la lumbrera su rostro radiante de alegría celestial, gritando:

—Hija mia! Hija mia!

—Madre mia! respondió la egipcia.

Renunciamos á pintar esta escena.

La pared y las barras de hierro estaban entre las dos. —Oh! la pared de por medio! gritó la reclusa. Oh! verla y no abrazarla! Dame tu mano! tu mano!

La jóven pasó su brazo por la lumbrera, la reclusa se arrojó sobre aquella mano, pegó á ella sus labios, y quedóse así, abismada en aquel beso, no dando otra señal de vida que un sollozo que de tiempo en tiempo agitaba su cuerpo. Sin embargo lloraba á mares, en silencio en la oscuridad, como una lluvia de noche. La

pobre madre desaguaba á torrentes sobre aquella mano adorada el negro y profundo pozo de lágrimas que habia dentro de ella, y en el cual todo su dolor habia filtrado gota á gota por el espacio de quince años.

De repente volvió á levantarse, apartó de sobre su frente sus largos y canos cabellos, y sin decir una palabra, comenzó á menear con las dos manos las rejas de su habitacion, mas furiosa que una leona. Las barras resistieron. Entonces se dirigió á un rincon de su celda, cogió una gran piedra que le servia de almohada, y la lanzó contra la reja con tanta violencia que una de las barras se rompió echando mil chispas. Un segundo golpe desencajó completamente la vieja cruz de hierro que atravesaba la lumbrera. Entonces con sus dos manos acabó de romper y separar los trozos mohosos de las barras. Hay momentos en que las manos de una mujer tienen una fuerza sobrehumana.

Libre el paso, para lo cual fué menester menos de un minuto, la reclusa cogió á su hija por medio del cuerpo, y tiró de ella dentro de su celda.—Ven! que yo te vuelva á coger del fondo del abismo! decia á media voz.

Cuando su hija estuvo dentro de la celda, la puso blandamente en el suelo. Despues la volvió á alzar, y llevándola en sus brazos como si todavía fuese su Inesita; iba y venia por la habitacion, ebria, furiosa, alegre, gritando, cantando, besándola, hablándole, dando carcajadas, deshaciéndose en lágrimas, todo á la vez y con esceso.

«Hija mia! hija mia! decia. Yo tengo mi hija! hela aquí. El Señor me la ha vuelto. Eh venid todos! Hay alguien que venga á ver que tengo mi hija? Señor mio Jesucristo, que hermosa es! Me habeis hecho aguardarla quince años, Señor, pero esto ha sido para volvérmela tan hermosa.—Con que las gitanas no se la ha-

bian comido! Quién habia dicho eso? Hijita mia! hijita mia! bésame. Esas buenas gitanas! Yo amo á las gitanas. —Eres tú, no hay duda. Y esto es por lo que el corazon me daba un vuelco cada vez que pasabas cerca de mí. Y yo que tomaba esto por odio! Perdóname, Ines mia, perdóname. Tú me has creido muy perversa no es verdad? y yo te amo.—La señalita del cuello la tienes todavía, á ver. Todavía la tiene. Oh! qué hermosa eres! Soy yo quien os he hecho esos grandes ojos, señorita. Bésame. Te amo. Me importa poco que las otras madres tengan hijas, anchamente me rio yo ahora de ellas. No tienen mas que venir. Aquí tengo yo la mia. Aquí está su cuello, sus ojos, sus cabellos, su mano. Buscad una cosa tan hermosa como esta! Oh! yo os aseguro que ella tendrá enamorados! Yo he llorado durante quince años. Toda mi belleza se ha ido, y le ha acudido á ella. Bésame!

Deciale otras mil cosas estravagantes,

cuya belleza consistia absolutamente en su acento: descomponia los vestidos de la pobre niña hasta el estremo de ruborizarla, le alisaba la cabellera de seda con su mano, le besaba el pie, la rodilla, la frente, los ojos, se extasiaba de todo. La jóven la dejaba hacer, repitiendo por intervalos en voz muy baja y con una dulzura infinita:—Madre mia!

—Ves, hijita mia! proseguia la reclusa interrumpiendo cada palabra á besos, ves! yo te amaré mucho. Nos irémos de aquí. Vamos á ser muy felices. Yo he heredado algo en Reims, en nuestro pais. Sabes? Reims? Ah! no, tú no sabes esto; eras demasiado pequeña! Si supieras qué linda eras, cuando tenias cuatro meses! Unos piececitos que venian á ver por curiosidad desde Epernay, que está á siete leguas! Tendrémos un campo, una casa. Te acostaré en mi cama. Dios mio! Dios mio! quién creeria esto? he hallado á mi hija!

—Oh madre mia! dijo la jóven hallando

al fin fuerzas para hablar en medio de su conmocion ; bien me lo decia la gitana. Habia una buena gitana entre nosotros que ha muerto el año pasado, y que siempre habia cuidado de mí como una nodriza. Ella fué quien me puso esta bolsita al cuello. A todas horas me decia :—Niña, guarda bien esa alhaja. Es un tesoro. Con ella hallarás á tu madre. Llevas á tu madre al cuello.—Ella lo habia pronosticado, la gitana.

La saquita estrechó de nuevo á su hija entre sus brazos. —Ven, que te bese! Dices eso hechiceramente. Cuando estemos en nuestra tierra, calzarémos un Niño Jesus con los zapatitos. Demasiado se lo debemos á la Virgen Santísima! Dios mio! qué linda voz tienes! Cuando me hablabas ahora era una música. Ah! Dios y Señor mio! He vuelto á hallar á mi hija! Pero es creible esta historia? Nada mata en este mundo, cuando yo no me he muerto de alegría.

Y en seguida comenzó de nuevo á hacer palmas y á reir y á gritar: — Vamos á ser felices!

En este momento resonó en la habitacion un ruido de armas y un galope de caballos, que parecia desembocar por el puente de Nuestra Señora, y acercarse cada vez mas por la ribera. La egipcia se echó con angustia en los brazos de la saquita.

— Salvadme! salvadme! madre mia! miradlos que vienen!

La reclusa se puso pálida.

— Oh cielo! qué estás diciendo? Se me habia olvidado! te persiguen! Qué has hecho pues?

— No lo sé, respondió la desventurada criatura; pero estoy sentenciada á morir.

— Morir! dijo Gúdula vacilante como herida de un rayo. Morir! repitió lentamente clavando los ojos en su hija.

— Sí, madre mia, replicó la jóven fuera de sí, quieren matarme. Helos ahí que

vienen á cogerme. Esa horca es para mí! Salvadme! salvadme! Ya llegan! salvadme!

La reclusa quedó algunos instantes inmóvil como una petrificacion, despues meneó la cabeza en señal de duda, y de repente dando una carcajada de risa, pero de su risa terrible que le habia vuelto — Oh! oh! no, eso que me dices es un sueño. Sí, por cierto! Con que la habia yo de haber perdido, habia de haber durado esto quince años, y luego que la he hallado, habia esto de durar un minuto! y habian de cogérmela! y ahora que es hermosa, que es grande, que me habla, que me ama, ahora es cuando habian de venir á comérmela, delante de mis ojos, de mí que soy su madre! Oh, no! esas cosas así no son posibles. El Señor no permite cosas como esas.

Al decir esto, la cabalgata pareció detenerse, y oyóse una voz lejana que decia: — Por aquí, maestro Tristan! El clé-

trigo ha dicho que la hallarémos en la Ratonera. — El ruido de los caballos comenzó de nuevo.

La reclusa se puso de pie, dando un grito desesperado. — Escápate! escápate! hija mia! Ya me acuerdo de todo. Tienes razon. Es tu muerte! Horror! maldicion! Escápate!

Asomóse á la lumbrera, y quitóse de ella al momento. — Estate aquí! dijo en voz baja, cortada y lúgubre, estrechando convulsivamente la mano de la egipcia mas muerta que viva. Estate aquí, no respires! todo está lleno de soldados. No puedes salir. Hay ya mucha luz.

Sus ojos estaban secos y ardientes. Quedóse un momento sin hablar; pero andaba á largos pasos por la celda, y se detenia por intervalos, para arrancarse puñados de cabellos canos que despues rompia con los dientes.

De repente dijo: « Ya se acercan. Voy á hablarles. Escóndete en este rincon. No

te verán. Yo les diré que te has escapado, que te he soltado, cáspita!»

Puso á su hija, porque no la habia dejado aun de sus brazos, en un ángulo de la celda que no se veia desde la parte de afuera; acurrucóla, la arregló cuidadosamente de manera que ni su pie ni su mano saliesen fuera de la sombra, le soltó sus cabellos negros que esparció sobre su vestido blanco para ocultarla, puso delante de ella su cántaro y la piedra, únicos muebles que tenia, imaginándose que este cántaro y esta piedra la taparian; y cuando hubo acabado todo esto, mas tranquila, se puso de rodillas y oró. El dia, que no hacia mas que apuntar, dejaba aun muchas tinieblas en la Ratonera.

En este instante la voz del clérigo, aquella voz infernal, resonó muy cerca de la celda gritando: — Por aquí, capitan Febo de Chateaupers!

A este nombre, á esta voz, la Esmeralda, tapada en su rincon, hizo un movi-

miento. — No te muevas! dijo Gúdula.

Apenas acababa estas palabras, cuando un tumulto de hombres, de espadas y de caballos rodeó la celda. La madre se levantó precipitadamente, y fué á acostarse delante de su lumbrera para taparla. Vió un gran número de hombres armados, á pie y á caballo, en fila sobre la Greva. El que los mandaba echó pie á tierra y se dirigió hácia ella. « Vieja, dijo este hombre que tenia una cara atroz, vamos buscando una hechicera para ahorcarla: nos han dicho que tú la tenias.

La pobre madre, con el aire mas indiferente que pudo, respondió: —No sé lo que quereis decir.

El otro respondió: — Voto á Dios! pues con qué cantinela nos ha venido ese despavorido de arcediano? Donde está?

—Monseñor, dijo un soldado, ha desaparecido.

— Ola! vieja loca, no me mientas. Una

hechicera te han dado á guardar. Qué has hecho de ella?

La reclusa no quiso negarlo todo, por temor de dar que sospechar, y respondió con un acento sincero y duro: — Si hablais de una jóven alta, que me han puesto en las manos hace poco, os diré que me ha mordido y que la he soltado. Eso es lo que hay. Dejadme en paz.

El comandante hizo un gesto de descontento.

— No trates de mentirme, viejo espectro, replicó él. Yo me llamo Tristan el Ermitaño, lo entiendes? Y mirando al rededor de la plaza de la Greva, añadió: — Este es un nombre que tiene eco en este sitio.

— Aunque fueseis Satanás el Ermitaño, respondió Gúdula en quien renacia la esperanza, no tendria otra cosa que deciros ni miedo alguno de vos.

— Voto á Dios! dijo Tristan, vaya una comadre! Ah! la jóven hechicera se

ha escapado! y por donde ha tomado?

Gúdula respondió con indiferencia: — Por la calle del Carnero, me parece.

Tristan volvió la cabeza, é hizo seña á su tropa para que se preparase á ponerse otra vez en marcha. La reclusa respiró.

— Monseñor, dijo de improviso un archero, preguntad á esa vieja bruja porque los hierros de su lumbrera están rotos de ese modo.

Esta pregunta hizo volver la angustia al corazon de la pobre madre. A pesar de esto no perdió toda su presencia de espíritu. —Siempre han estado así, dijo balbuciente.

—Qué! replicó el archero, ayer mismo formaban una hermosa cruz negra que causaba devocion.

Tristan echó una mirada oblicua á la reclusa.

— Creo que la comadre se turba!

La desventurada conoció que todo dependia de su serenidad, y con la muerte

en el alma, se puso á reir con mofa. Las madres tienen esta especie de fuerza. — Vaya! dijo, este hombre está borracho. Hace mas de un año que la trasera de una carreta cargada de piedra dió en mi lumbrera y desencajó la reja. Como que yo dije mil injurias al carretero!

— Es verdad, dijo otro archero, yo estaba delante.

En todas partes se encuentra gente que lo ha visto todo. Este testimonio inesperado del archero reanimó á la reclusa, á quien este interrogatorio hacia atravesar por encima de un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada á una alternativa continua de esperanza y de alarma.

— Si fuese una carreta la que ha hecho eso, volvió á decir el primer soldado, los trozos de las barras estarian vencidos hácia adentro, en vez de hallarse inclinados, como lo están, hácia afuera.

— Eh! eh! dijo Tristan al soldado, ol-

fato tienes de pesquisidor del Chatelet.
Responded á eso que dice, buena vieja.

—Dios mio! esclamó ella en la agonía y con una voz anegada á su pesar en lágrimas, os juro, monseñor, que es una carreta la que ha roto estas barras. Ya habeis oido que ese hombre lo vió. Y además, qué tiene esto que ver con vuestra egipcia?

—Hum! murmuró Tristan.

—Canario! dijo el soldado, envanecido con el elogio del preboste, las roturas del hierro están recien hechas!

Tristan meneó la cabeza. Ella perdió el color. — Cuánto tiempo decís que hace que fué lo de la carreta?

—Un mes, quince dias tal vez, monseñor. Yo no lo sé.

—La otra vez dijo que hacia un año, replicó el soldado.

—No está esto muy claro! dijo el preboste.

—Monseñor, gritó ella constantemente

pegada á la lumbrera, y temblando no los hiciesen las sospechas entrar la cabeza por ella y mirar en lo interior de la celda; monseñor, os juro que ha sido una carreta la que ha roto esta reja. Os lo juro por los ángeles del paraíso. Si no ha sido una carreta, que en el infierno me vea por una eternidad, y reniego á Dios!

—Con mucho calor juras! dijo Tristan con una ojeada de inquisidor.»

La pobre mujer sentia desvanecerse cada vez mas su serenidad. Ya se hallaba en estado de hacer cosas poco diestras, y conocia con terror que no decia lo que convenia decir.

En esto llegó otro soldado gritando: —Monseñor, la vieja bruja miente. La hechicera no se ha escapado por la calle del Carnero; porque la cadena ha estado echada toda la noche y el guarda no ha visto pasar á nadie.

Tristan, cuya fisonomía á cada instante era mas siniestra, interpeló á la reclu-

sa : — Qué tienes que responder á eso?

Ella intentó hacer frente aun á este nuevo golpe : — Que yo no sé, monseñor, que he podido equivocarme. En efecto creo que ha pasado el agua.

— Ese es el lado opuesto, dijo el preboste. Sin embargo no es probable que haya querido volver á entrar en la ciudad, donde estaban persiguiéndola. Tu mientes, vieja!

— Ademas, añadió el primer soldado, no hay barco á esta orilla ni á la otra.

— Habrá pasado el rio á nado, replicó la reclusa defendiendo el terreno palmo á palmo.

— Pues que las mujeres nadan? dijo el soldado.

— Voto á Dios! vieja! tú mientes, mientes! replicó Tristan colérico. Buenas ganas me dan de dejar á la hechicera escaparse, y cogerte á ti. Quizá un cuarto de hora de tormento te sacaria la verdad del

garnate. Vamos! vais á veniros con nosotros.

Ella cogió estas palabras con ansia. — Como querais, monseñor, Hacedlo, hacedlo. El tormento. De muy buena gana. Llevadme. Pronto! Vamos al instante. — Entre tanto, pensaba ella, mi hija se salvará.

— Cuerpo de Cristo! dijo el preboste, y qué apetito de potro! No entiendo á esta loca.

Un viejo alguacil de la ronda con la cabeza cana salió de entre las filas, y dirigiéndose al preboste: — Loca en efecto, monseñor, si ha soltado á la gitana. Hace ya quince años que hago la ronda, y todas las noches la oigo renegar de las gitanas con execraciones sin fin. Si la que vamos buscando es, como creo, la bailadorcilla de la cabra, la reclusa detesta á esa sobre todas.

Gúdula hizo un esfuerzo y dijo: — A esa sobre todas.

El testimonio unánime de los hombres de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo alguacil. Tristan el Ermitaño desesperando ya de averiguar cosa alguna de la reclusa, le volvió la espalda, y ella le vió con una ansiedad inesplicable dirigirse lentamente hácia su caballo. «Vamos! decia él entre dientes, andaudo! volvamos á buscarla. Yo no me he de acostar mientras no quede ahorcada la egipcia.»

Sin embargo titubeó aun algun tiempo antes de montar á caballo. Gúdula palpitaba entre la vida y la muerte viéndole dirigir al rededor de la plaza aquel rostro inquieto de perro de caza que siente cerca de sí la madriguera del animal y resiste á alejarse. Al fin meneó la cabeza, y saltó sobre el caballo. El corazon de Gúdula tan horriblemente comprimido hasta entonces se dilató, y dijo en voz baja echando una ojeada sobre su hija, á quien no habia osado mirar desde la llegada de la tropa: «Libre!»

La pobre niña habia estado todo este tiempo en su rincon, sin respirar, sin moverse, con la idea de la muerte delante de ella. No habia perdido un solo acento de la escena ocurrida entre Gúdula y Tristan, y cada una de las angustias de su madre habia resonado dentro de su alma. Habia oido todos los chasquidos del hilo que la tenia suspendida sobre el abismo; habia creido verle romperse veinte veces, y comenzaba en fin á respirar y á sentirse en tierra firme. En este instante oyó una voz que decia al preboste: «Voto á Brios! señor preboste, á mí, que soy hombre de armas, no me toca eso de ahorcar á las hechiceras. La canalla del pueblo ya está fuera de combate. Ahora os dejo para que despacheis ese asunto vos solo. No llevaréis á mal que me una á mi compañía, siquiera porque está sin su capitan.—Esta voz era la de Febo de Chateaupers. Lo que pasó en el alma de la egipcia es inefable. ¡Con que

estaba él allí, su amigo, su protector, su apoyo, su asilo, su Febo! Levantóse, y antes que su madre lo hubiese podido impedir, ya estaba en la lumbrera gritando: —Febo! aquí, Febo mio!»

Febo ya no estaba allí. Acababa de doblar al galope la esquina de la calle de la Cuchillería. Pero Tristan no se habia marchado aun.

La reclusa se precipitó sobre su hija dando un rugido. Retiróla violentamente de la lumbrera, clavándole sus uñas en el cuello. Una madre tigre no mira en tan poco. Pero ya era tarde; Tristan lo habia visto.

«Eh! eh! gritó este con una risa que descubria todos sus dientes, y daba á su cara la semejanza del hocico de un lobo, dos ratones en la ratonera!

—Ya me lo sospechaba yo, dijo el soldado.»

Tristan le dió una palmada en el hombro:

« Eres un buen gato! — Vamos, añadió, ¿dónde está Enrique Cousin?»

Un hombre, que no tenia traje ni cara de soldado, salió de las filas. Llevaba un vestido mitad gris y mitad oscuro, los cabellos sucios, unas mangas de cuero, y un paquete de cuerdas en su nervuda mano. Este hombre acompañaba siempre á Tristan, el cual acompañaba siempre á Luis XI.

«Amigo, dijo Tristan el Ermitaño, presumo que es esa la hechicera que buscamos. Tú vas á ahorcármela. ¿Tienes ahí tu escalera?

— Hay una allá debajo del cobertizo de la Casa de los Pilares, respondió el hombre. — ¿Es en esta justicia donde hemos de hacer la cosa? prosiguió señalando la horca de piedra.

— Sí.

— Oh! replicó el hombre con una risa desmedida, mas bestial aun que la del

preboste, no tendrémos mucho camino que andar.

—Despáchate! dijo Tristan, despues te reirás.»

Entre tanto, la reclusa, desde que Tristan habia visto á su hija, y ella perdido toda esperanza, no habia hablado aun una sola palabra. Habia tirado á la egipcia medio muerta en el rincon de la caverna, y se habia puesto de nuevo á la lumbrera con sus dos manos apoyadas en el ángulo del marco como dos garras. En esta actitud, veiasele pasear intrépidamente sobre todos los soldados su mirada, otra vez fiera é insensata. En el momento en que Enrique Cousin se acercó á la celda, le puso ella una cara tan salvaje que él retrocedió.

«Monseñor, dijo volviendo adonde estaba el preboste, ¿cuál de las dos se ha de ahorcar?

—La jóven.

— Tanto mejor; porque la vieja parece descontentadiza.

— Pobre bailadorcilla de la cabra! dijo el viejo alguacil de la ronda.»

Enrique Cousin volvió á acercarse á la celda. Los ojos de la madre le hicieron bajar los suyos; y dijo con bastante timidez: «Señora....»

Ella le interrumpió en voz muy baja y furiosa: «Qué buscas?

— No es á vos, dijo él, es á la otra.

— Qué otra?

— La jóven.»

Ella se puso á menear la cabeza, gritando: «No hay nadie! no hay nadie! no hay nadie!

— Sí! replicó el verdugo, ya sabeis que hay. Dejadme coger á la jóven. Yo no quiero haceros ningun mal á vos.»

Ella dijo con una risa estraña: «Ah! tú no quieres hacerme ningun mal á mí!

— Dejadme la otra, señora; es el señor preboste quien lo manda.»

Ella repitió con ademan de locura: «No hay nadie.

—Os digo que sí! replicó el verdugo; hemos visto que estabais dos.

—Mira, sino me crees, dijo la reclusa mofándose, mete la cabeza por la lumbrera.»

El verdugo examinó las uñas de la madre, y no se atrevió.

«Despáchate! gritó Tristan que acababa de colocar su tropa en círculo al rededor de la Ratonera, y que estaba á caballo cerca de la horca.»

Enrique volvió aun otra vez lleno de embarazo adonde estaba el preboste. Habia dejado su cuerda en el suelo, y daba vueltas con poca gracia al sombrero entre sus manos. «Monseñor, preguntó, ¿por dónde he de entrar?

—Por la puerta.

—No hay.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensánchala, dijo Tristan con enojo. ¿No tienes herramientas?»

La madre siempre de muestra miraba desde el fondo de su caverna. Ya no esperaba nada, no sabia lo que queria, pero no queria que le arrebatasen su hija.

Enrique Cousin fué á buscar la caja de las herramientas de albañilería debajo del cobertizo de la Casa de los Pilares. Sacó de ella tambien la doble escalera que arrimó inmediatamente á la horca: cinco ó seis hombres del prebostazgo se armaron de picos y de palancas, y Tristan se dirigió con ellos á la lumbrera.

«Vieja, dijo el preboste con tono severo, entréganos esa muchacha bien á bien.»

Ella le miró como cuando no se comprende.

«Voto á Dios! continuó Tristan, ¿qué tienes tú que impedir que se ahorque á esa hechicera, como el rey lo manda?

La miserable se echó á reir con su risa feroz.

«Qué tengo? que es mi hija.»

El acento con que pronunció esta palabra hizo estremecer hasta al mismo Enrique Cousin.

«Lo siento, respondió el preboste, pero tal es la voluntad del Rey.

Ella gritó redoblando su risa terrible: Y ¿qué tengo yo que ver con tu Rey? Te digo que es mi hija!

«Agujeread la pared, dijo Tristan.»

Bastaba para hacer una abertura bastante ancha con remover una piedra que habia debajo de la lumbrera. Cuando la madre oyó los picos y las palancas minar su fortaleza, dió un grito espantoso: en seguida se puso á dar vueltas con una ligereza terrible al rededor de su habitacion, costumbre de animal feroz que habia adquirido en la jaula. Ya no hallaba una palabra, pero sus ojos arrojaban fue-

go. Los soldados estaban helados en el fondo de su corazon.

De improviso cogió su piedra, se rió, y la lanzó con las dos manos sobre los trabajadores. La piedra, mal despedida (porque sus manos temblaban) no tocó á nadie, y fué á parar debajo de los pies del caballo que montaba Tristan. Ella rechinó los dientes.

En aquellos momentos, aunque el sol no habia salido, ya estaba muy claro, y un hermoso matiz de rosa alegraba las viejas y mugrientas chimeneas de la Casa de los Pilares. Era la hora en que las ventanas mas madrugadoras de la ciudad se abren gozosamente bajo los tejados. Algunos paisanos y algunas verduleras, que iban á los mercados sobre su burro, comenzaban á atrevesar la Greva; se detenian un instante delante de aquel grupo de soldados amontonado al rededor de la Ratonera, le contemplaban de una manera atónita, y pasaban adelante.

La reclusa se habia sentado junto á su hija, cubriéndola con su cuerpo, delante de ella, con los ojos fijos, escuchando á la pobre niña que no se movia, y que murmuraba en voz baja estas solas palabras : Febo! Febo! A medida que el trabajo de los demoledores parecia avanzar, la madre retrocedia maquinalmente y estrechaba mas y mas á su hija contra la pared. De repente la reclusa vió moverse la piedra, (porque estaba de centinela, y no quitaba de ella los ojos), y oyó la voz de Tristan que escitaba á los trabajadores. Entonces ella salió del anonadamiento en que estaba hacia algunos instantes, y se puso á gritar ; y mientras que hablaba, su voz ya rompia el oido como una sierra, ya sonaba balbuciente como si todas las maldiciones se hubiesen precipitado á sus labios para salir á la vez. «Oh! oh! oh! Pero esto es horrible! Sois unos bandidos! Es que vais de veras á robarme mi hija? Os digo que es mi

hija! Oh infames! cobardes! Oh! lacayos verdugos! miserables, pillos, asesinos! Socorro! socorro! fuego! Pero qué ¿me han de arrancar así mi hija? Quién es pues ese que llaman nuestro Dios?

En seguida, dirigiéndose á Tristan, con la boca llena de espuma, las miradas inciertas, en cuatro pies como una pantera, y erizados todos sus cabellos:

— Acércate un poco á coger á mi hija! Es qué no oyes que esta mujer te dice que es su hija? Sabes tú lo que es una hija? Sabes tú lo que es un hijo? Eh! lobo cerval, ¿no te has juntado jamás con tu loba? no has tenido de ella jamás un lobato? y si tienes cachorros, cuando aullan, ¿es que no tienes nada en tus entrañas que se conmueve?

— Echad abajo la piedra, dijo Tristan; ya está desencajada.»

Las palancas levantaron el pesado sillar. Este era, como hemos dicho, el último atrincheramiento de la madre. Lan-

zóse ella encima; quiso detenerle; arañó la piedra con sus uñas, pero el macizo promontorio, puesto en movimiento por seis hombres, se le escapó y se deslizó suavemente hasta el suelo sobre las palancas de hierro.

La madre, viendo abierta la entrada, se echó delante de la abertura, atravesada, amurallando la brecha con su cuerpo, torciéndose los brazos, dando golpes en el suelo con la cabeza y gritando con una voz ronca de la fatiga que apenas se entendia: «Socorro! fuego! fuego!

—Ahora coged la muchacha, dijo Tristan siempre impasible.»

La madre miró á los soldados de una manera tan formidable, que mas ganas tenian de retroceder que de avanzar.

«Vamos pues, continuó el preboste. ¡Enrique Cousin, tú!»

Nadie se movió.

El preboste juró: «Por vida de Cristo! soldados, ¡miedo de una mujer!

—Monseñor, dijo Enrique, ¿y á esto llamais una mujer?

—Tiene una guedeja de leon! añadió otro.

—Vamos! replicó el preboste, el agujero es bastante ancho. Entrad tres de frente, como en la brecha de Pontoise. Acabemos, por vida de Mahoma! Al primero que retroceda le abro de arriba abajo!»

Colocados entre el preboste y la madre, ambos amenazando, los soldados titubearon un momento, pero despues, tomando su partido, avanzaron hácia la Ratonera.

Cuando la reclusa vió esto, se levantó repentinamente sobre sus rodillas, apartó del rostro sus cabellos, y en seguida dejó caer otra vez las manos sobre sus muslos. Entonces comenzaron á salir gordas lágrimas de sus ojos una á una; y bajaban por una larga arruga de sus mejillas, como un torrente por la madre que él mis-

mo se ha formado. Al mismo tiempo se puso á hablar, pero con una voz tan suplicante, tan dulce, tan sumisa y tan penetrante, que al rededor de Tristan mas de un viejo sotacómitre, que hubiera comido carne humana, se enjugaba los ojos.

«Mis señores! señores alguaciles, una palabra! es una cosa que es menester que yo os diga! es mi hija, veis? mi querida niña que habia perdido! Oid. Es una historia. Figuraos que conozco muy bien á los señores alguaciles. Siempre han sido buenos para mí cuando los muchachos me tiraban piedras, porque hacia la vida de amor. Veis? me dejaréis mi niña, cuando lo sepais! Soy una pobre galana. Las gitanas me la han robado. Y yo hace ya quince años que guardo su zapato. Tened, vedle aquí. Este pie tenia. A Reims! la Cantaflorida! calle de Loca-Pena! Quizá la conoceriais. Era yo. En vuestra juventud, entonces, eran tiempos felices, se pasaban buenos ratos. Tendréis piedad

de mí, ¿no es verdad, mis señores? Las egipcias me la han robado; me la han tenido escondida durante quince años. Yo la creia muerta Figuraos, mis buenos amigos, que la creia muerta. He pasado quince años aquí, en esta cueva, sin fuego en el invierno. Esto es duro. ¡Mi pobre y querido zapatito! Tanto he gritado que el Señor me ha oido. Esta noche me ha vuelto mi hija. Es un milagro del Señor. No habia muerto. No me la quitaréis, estoy segura de ello. Todavía si fuera yo, no dijera; pero ella, una niña de diez y seis años! Dejadle el tiempo de ver el sol! — Qué os ha hecho? nada. Yo tampoco. Si supierais que no tengo mas que á ella, que soy vieja, que esta es una bendicion que me envia la Vírgen. Y luego, ¡sois tan buenos todos! No sabiais que era mi hija; ahora ya lo sabeis. Oh! la amo! Señor gran preboste, mas quisiera una brecha en mis entrañas que un araño en su dedo! Vos teneis la traza de un

buen señor! Esto que os digo, os esplica el asunto, ¿no es verdad? ¡Oh! si habeis tenido una madre, monseñor! sois el capitan, dejadme mi niña! Considerad que os ruego de rodillas, como se ruega á un Santo Cristo! No pido nada á nadie; soy de Reims, mis señores; tengo un campo pequeño de mi tio Mahiet Pradon. No soy una pobre que pide limosna. ¡No quiero nada, pero quiero mi hija! Oh! yo quiero guardar á mi hija! El Señor que es el dueño de todo no me la ha vuelto para nada! El Rey! decís el Rey! Ya no le causará mucho placer de que maten á mi tierna hija! Y luego el Rey es bueno! Es mi hija! Es mi hija! No es del Rey! No es vuestra! Yo quiero irme de aquí! queremos irnos de aquí; en fin dos mujeres que pasan, de las cuales una es la madre y otra la hija, se las deja pasar! Dejadnos pasar! somos de Reims. Oh! sois muy buenos, señores alguaciles; yo os quiero á todos. ¡No me quitaréis mi

cara niña, es imposible! No es verdad que es absolutamente imposible? Hija mia! hija mia!

No intentarémos dar una idea de su gesto, de su acento, de las lágrimas que bebia al hablar, de las manos que juntaba y luego retorcia, de las sonrisas lastimosas, de las miradas cubiertas de llanto, de los gemidos, de los suspiros, de los gritos miserables y penetrantes que mezclaba á sus palabras sin órden, locas y truncadas. Cuando calló, Tristan el Ermitaño frunció las cejas, pero fué para ocultar una lágrima que se movia en su ojo de tigre. Venció no obstante esta flaqueza y dijo con un tono breve: «El Rey lo quiere.»

Luego se acercó al oido de Enrique Cousin, y le dijo en silencio: «Acaba pronto! El formidable preboste sentia quizá desmayar su corazon, ¡él tambien!»

El verdugo y los alguaciles entraron al aposento. La madre no hizo resistencia

alguna, pero se arrastró hácia su hija y se abrazó con ella. La egipcia vió á los soldados acercarse. El horror de la muerte la reanimó: «Madre mia! que vienen! defendedme! —Sí, amor mio, yo te defiendo! respondió la madre con una voz desmayada, y estrechándola en sus brazos la cubrió de besos. Ambas de esta manera en el suelo, la madre sobre la hija, ofrecian un espectáculo digno de piedad.»

Enrique Cousin cogió á la jóven por medio del cuerpo pasando la mano por debajo de sus hermosas espaldas. Cuando ella sintió esta mano, dió un gritó y se desmayó. El verdugo, que dejaba caer gota á gota gruesas lágrimas sobre ella, quiso levantarla en sus brazos. Trató de separar á la madre, que habia como anudado sus dos manos al rededor de la cintura de su hija, pero estaba tan fuertemente agarrada á ella que fué imposible apartarla. Enrique Cousin entonces arrastró á la jóven fuera del aposento, y á la

madre con ella. La madre tenia tambien los ojos cerrados.

En este momento salia el sol, y ya habia sobre la plaza una buena porcion de pueblo que miraba desde lejos lo que llevaban arrastrando sobre el empedrado hácia el patíbulo. Porque esta era la moda del preboste Tristan en las ejecuciones. Tenia la manía de impedir á los curiosos el acercarse.

No habia nadie en las ventanas. Solo se veian á lo lejos encima de la torre de Nuestra Señora que domina la Greva dos hombres cuyos bultos negros se divisaban en el cielo claro de la mañana, y que parecian estar mirando.

Enrique Cousin se paró con lo que llevaba arrastrando al pie de la fatal escalera, y respirando apenas, tan movido se hallaba á compasion, pasó la cuerda al rededor del cuello adorable de la jóven. La infeliz criatura sintió el horrible roce del cáñamo. Levantó los párpados, y vió

el brazo descarnado del patíbulo de piedra, estendido encima de su cabeza. Entonces se agitó, y gritó con una voz alta y que despedazaba el corazon: «No! no! no quiero! La madre, cuya cabeza estaba envuelta y oculta bajo los vestidos de su hija, no dijo una palabra; solamente se vió temblar todo su cuerpo, y se le oyó redoblar sus besos sobre su hija. El verdugo aprovechó este momento para desanudar vivamente los brazos con que estrechaba á la sentenciada. Sea estenuacion, sea desesperacion, ella le dejó hacer. Entonces él cogió á la jóven sobre su hombro desde donde la hermosa criatura caia graciosamente plegada en dos junto á su ancha cabeza. En seguida puso el pie sobre la escalera para subir.

En este momento la madre tirada sobre el empedrado, abrió enteramente los ojos. Sin dar un grito, se levantó con una espresion terrible; y como una fiera sobre su presa, se lanzó sobre la mano

del verdugo y le mordió. Esto fué un relámpago. El verdugo dió un aullido de dolor. Acudieron ; sacaron con suma pena su mano ensangrentada de entre los dientes de la madre : esta guardaba un profundo silencio : alejáronla bastante brutalmente, y vióse caer pesadamente su cabeza sobre el empedrado. Levantáronla y dejóse caer de nuevo. Estaba muerta.

El verdugo, que no habia soltado á la jóven, se puso otra vez á subir la escalera.

# Capítulo II.

**La criatura bella bianco vestita.—Dante.**

Cuando Cuasimodo vió que la celda estaba vacía, que la egipcia ya no estaba en ella, que mientras él la defendia, la habian robado, cogióse los cabellos con ambas manos y pateó de sorpresa y dolor, despues se puso á correr por toda la iglesia, buscando á su gitana, aullando con gritos estraños en todos los rincones y sembrando sus cabellos rojos sobre el pavimento. Era precisamente el momento en que los archeros del rey entraban victoriosos en Nuestra Señora buscando tambien á la egipcia. Cuasimodo les ayudó, sin sospechar ¡pobre sordo! sus fatales

intenciones; él creia que los enemigos de la egipcia eran los truhanes. Él mismo condujo á Tristan el Ermitaño á todos los escondrijos posibles, le abrió las puertas secretas, los huecos dobles de altares, las tras-sacristías. Si la infeliz hubiera estado todavía allí, la hubiera entregado. Cuando el cansancio de no hallar nada hubo arredrado á Tristan que no se arredraba fácilmente, Cuasimodo continuó solo buscando. Veinte veces, cien veces dió vuelta á la iglesia, en todas direcciones, de arriba abajo, subiendo, bajando, corriendo, llamando, gritando, husmeando, huroneando, registrando, metiendo su cabeza en todos los agujeros, pasando una antorcha bajo todas las bóvedas, desesperado, loco. Un macho que ha perdido su hembra no ruge mas ni está mas furioso. En fin cuando estuvo seguro, bien seguro, de que no estaba allí, que era cosa hecha, que se la habian robado, subió de nuevo lentamente la escalera de

las torres, aquella escalera que habia escalado con tanto arrebato y triunfo el dia que la habia salvado. Pasó otra vez por los mismos sitios con la cabeza baja, sin voz, sin lágrimas, casi sin aliento. La iglesia habia vuelto á quedar desierta y silenciosa. Los archeros la habian dejado para buscar á la hechicera en la ciudad. Cuasimodo, solo en aquel vasto templo, tan sitiado y tan tumultuoso un momento antes, tomó otra vez el camino de la celda en que la egipcia habia dormido tantas semanas bajo su guardia. Al acercercarse se figuraba que iba quizá á hallarla de nuevo. Cuando á la vuelta de la galería que da sobre el techo de las naves laterales percibió el estrecho aposento con su ventanita y su puertecita, colocado bajo un gran botarel como un nido de pájaros bajo una rama, desmayóse el corazon del cuitado, y se apoyó contra un pilar para no caer. Se imaginó que quizá habia vuelto á entrar, que un be-

néfico genio la habria conducido allí de nuevo, que aquel aposento estaba muy tranquilo, muy seguro y muy hermoso para que ella no estuviese en él, y no osaba dar otro paso por no perder su ilusion. «Sí, decia, para sí mismo. duerme quizás ó está orando. No la turbemos. En fin se esforzó, se adelantó de puntillas, miró, entró. Vacia! La celda continuaba vacía. El infeliz sordo dió una vuelta por ella á pasos lentos; levantó la cama y miró debajo, como si pudiera estar escondida entre las baldosas y el colchon; luego meneó la cabeza y se quedó estúpido. De improviso aplastó furiosamente su antorcha con el pie, y sin pronunciar una palabra, sin dar un suspiro, se precipitó á todo correr con la cabeza contra la pared y cayó desmayado en el suelo.

Cuando volvió en sí, se echó sobre la cama, se revolcó en ella, besó con frenesí el sitio todavía caliente en que la jó-

ven habia dormido, se quedó algunos minutos inmóvil como si fuese á espirar; luego se levantó, cubierto de sudor, jadeando, fuera de sí, y se puso á dar con la cabeza en las paredes con la horrible regularidad del badajo de sus campanas, y la resolucion de un hombre que quiere rompérsela. En fin cayó segunda vez rendido; se arrastró de rodillas hasta fuera de la celda y se acurrucó delante de la puerta, en una actitud de pasmo. Permaneció así mas de una hora, sin hacer un solo movimiento, el ojo fijo en la celda desierta, mas sombrío y pensativo que una madre sentada entre una cuna vacía y un féretro lleno. No pronunciaba una palabra; solo á largos intervalos un sollozo movia con violencia todo su cuerpo; pero un sollozo sin lágrimas, como aquellos relámpagos de verano que no hacen ruido.

Parece que entonces fué cuando, buscando en el fondo de su imaginacion de-

solada quien podia ser el robador inesperado de la egipcia, pensó en el arcediano. Acordóse de que solo Don Claudio tenia una llave de la escalera que conducia á la celda; recordó sus tentativas nocturnas respecto de la jóven, la primera á la cual Cuasimodo habia ayudado, la segunda que habia impedido. Recordó mil circunstancias, y al punto no dudó que el arcediano se la hubiese robado. Sin embargo era tan grande su respeto para con el sacerdote, y tenian tan profundas raíces en su corazon el reconocimiento, el sacrificio y el amor para con él, que se oponian aun en aquel momento á la furia de los zelos y de la desesperacion.

Pensaba que el arcediano lo habia hecho y la cólera de sangre y muerte que hubiera sentido contra cualquiera otro, desde el momento en que se trataba de Claudio Frollo, se convertia en el corazon del pobre sordo en un dolor agudísimo.

Al mismo tiempo que su pensamiento se fijaba de esta manera en el clérigo, como el alba alumbrase ya á los botareles, vió en el piso superior de Nuestra Señora, en el ángulo que hace la balaustrada esterior que rodea el ápside, una figura que andaba. Esta figura venia hácia él: la conoció: era el arcediano. Claudio marchaba con un paso grave y lento. Al andar no miraba delante de sí, se dirigia á la torre septentrional, pero llevaba la cara vuelta hácia la orilla derecha del Sena, y tenia la cabeza alta, como queriendo ver alguna cosa por encima de los tejados. El buho tiene con frecuencia esta actitud oblicua: vuela hácia un punto y mira á otro. — El clérigo pasó así encima de Cuasimodo sin verle.

El sordo á quien aquella repentina aparicion habia petrificado, le vió entrarse por la puerta de la escalera de la torre septentrional. El lector sabe que desde esta torre se ve la casa del ayuntamiento.

Cuasimodo se levantó y siguió al arcediano.

Subió la escalera de la torre, por subirla, para saber la razon porque subia el clérigo. Por lo demas, el pobre campanero no sabia lo que hacia, lo que decia, lo que queria. Estaba lleno de furor y de miedo. El arcediano, la egipcia luchaban en su corazon.

Cuando hubo llegado á la cima de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y entrar en la plataforma, examinó con precaucion donde estaba el clérigo. Este se hallaba de espaldas. Hay una balaustrada calada que rodea la plataforma del campanario. El clérigo, cuyos ojos miraban á la ciudad, tenia el pecho apoyado en el ángulo de la balaustrada que mira al puente de Nuestra Señora.

Cuasimodo, adelantándose á pasos de lobo por detrás de él, fué á ver lo que estaba mirando de aquella manera. La

atencion del clérigo estaba tan absorta en otra parte, que no oyó al sordo andar cerca de sí.

Paris es un espectáculo magnífico y encantador y el Paris de aquella época sobre todo, visto desde lo alto de las torres de Nuestra Señora á los primeros albores de una mañana de estío. Debia ser aquel un dia de julio. El cielo estaba enteramente sereno. Algunas estrellas tardías se amortiguaban en diversos puntos, y entre ellas habia una muy brillante al oriente en la parte mas clara del cielo. El sol iba á parecer. Paris empezaba á moverse. Una luz muy blanca y muy pura hacia resaltar vivamente á la vista todos los planos que sus mil casas presentan al oriente. La sombra gigantesca de los campanarios iba de tejado en tejado desde un estremo al otro de la gran ciudad. Ya habia algunos barrios en que hablaban, hacian ruido. Aquí se oia una campanada, allí un martillazo, mas lejos el chirrido

confuso de una carreta andando. Ya algunas columnas de humo se esparcian acá y acullá por toda aquella superficie de tejados como por las hendiduras de una inmensa azufrería. El rio que riza sus aguas en las arcadas de tantos puentes, en la punta de tantas islas, ondeaba con listas de plata. Al rededor de la ciudad, fuera de las murallas, la vista se perdia en un gran círculo de blandos vapores á través de los cuales se distinguia confusamente la línea indefinida de las llanuras, y la graciosa prominencia de los ribazos. Vagaba sobre aquella ciudad medio despierta toda especie de rumores flotantes. Hácia el oriente el viento de la mañana lanzaba por medio del cielo algunas blancas borras arrancadas al vellon de niebla de las colinas.

En el Compás, algunas buenas mujeres, que tenian en la mano su jarro de leche, miraban con pasmo el destrozo singular de la gran puerta de Nuestra Se-

ñora, y dos arroyos de plomo cuajados entre las grietas de los asperones. Esto era todo lo que quedaba del tumulto de la noche. La boguera encendida por Cuasimodo entre las torres se habia apagado. Tristan habia desembarazado la plaza y hecho arrojar los muertos al Sena. Los reyes como Luis XI tienen cuidado de lavar pronto el empedrado despues de una carnicería.

Por fuera de la balaustrada de la torre. precisamente debajo de donde se habia puesto el clérigo, habia una de aquellas canales de piedra fantásticamente formadas que espolonan los edificios góticos; y en una hendidura de la canal dos hermosos alelíes en flor, agitados y animados por el soplo del aire, se hacian saludes juguetones. Encima de las torres, bien arriba, muy lejos, en el fondo del cielo, se oian piar algunos pajarillos.

Pero el clérigo no oia, no miraba nada de todo esto. Era de aquellos hombres

para quienes no hay mañanas, ni aves, ni flores. En aquel inmenso horizonte que tomaba tantos aspectos á su alrededor, su contemplacion estaba reconcentrada en un solo punto.

Cuasimodo se deshacia por preguntarle lo que habia hecho de la egipcia; pero el arcediano parecia estar en aquel momento fuera del mundo. Se hallaba visiblemente en uno de aquellos minutos violentos de la vida en que no oiria uno desplomarse la tierra. Con los ojos invariablemente fijos en un sitio determinado permanecia inmóvil y silencioso; y este silencio y esta inmovilidad tenian una cosa tan formidable, que el salvaje campanero se estremecia al verla y no osaba llegarse. Contentóse, y aun esto era una manera de preguntar al arcediano, con seguir la direccion de su mirada, y de esta modo la vista del infeliz sordo fué á dar en la plaza de Greva.

Vió tambien lo que el clérigo miraba.

La escalera estaba de pie apoyada al patíbulo permanente. Habia algun pueblo en la plaza y muchos soldados. Un hombre llevaba arrastrando por el empedrado una cosa blanca á la cual iba unida una cosa negra. Este hombre se paró al pie del patíbulo. Entonces pasó un lance que Cuasimodo vió apenas; no porque su ojo único no hubiera conservado su larga vista, sino porque habia un grupo de soldados que impedia distinguirlo todo. En este instante apareció el sol, y tal fué la inundacion de luz que rebosó por encima del horizonte que cualquiera hubiese dicho que todas las puntas de Paris, las flechas, las chimeneas, los piñones, se encendian á la vez.

Entretanto el hombre se puso á subir la escalera. Entonces Cuasimodo le volvió á ver distintamente. Llevaba á una mujer sobre el hombro; una jóven vestida de blanco; esta jóven tenia un dogal al cuello. Cuasimodo la conoció: era ella.

El hombre llegó de este modo á lo alto de la escalera. Allí arregló el dogal. En esto momento el clérigo, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

De improviso el hombre empujó precipitadamente la escalera con el talon, y Cuasimodo, que no respiraba hacia algunos instantes, vió balancearse al estremo de la cuerda, á dos toesas del suelo, á la desventurada niña y al hombre encogido con los pies sobre sus hombros. La cuerda dió muchas vueltas girando sobre sí misma, y Cuasimodo vió correr horribles convulsiones por todo el cuerpo de la egipcia. El clérigo por su parte, con el cuello alargado y los ojos fuera del casco, miraba aquel grupo espantoso del hombre y la jóven, de la araña y la mosca.

En el momento mas horrible, una risa de demonio; una risa que nadie puede tener sino cuando ha dejado de ser hom-

bre, se esparció por el rostro cárdeno del clérigo. Cuasimodó no oyó esta risa, pero la vió. El campanero retrocedió algunos pasos por detrás del arcediano, y echándose de repente sobre él con furor, le empujó con sus dos gruesas manos por la espalda hácia el abismo sobre que estaba inclinado Don Claudio.

El clérigo gritó: — Condenacion! y cayó.

La canal encima de la cual se hallaba le detuvo en su caida. Agarróse á ella con manos desesperadas, y en el momento que abria la boca para dar un segundo grito, vió asomar al borde de la balaustrada, por encima de su cabeza, la cara formidable y vengadora de Cuasimodo. Entonces se calló.

El abismo estaba debajo de él. Una caida de mas de doscientos pies, y el empedrado. En esta situacion terrible, el arcediano no dijo una palabra, no dió un gemido. No hizo otra cosa sino torcerse

sobre la canal con esfuerzos inaúditos para subir de nuevo; pero sus manos no podian hacer presa en el granito, sus pies rayaban la pared ennegrecida, sin hallar apoyo. Las personas que han subido á las torres de Nuestra Señora saben que hay un rebajo en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada. Sobre este ángulo entrante se consumia pues el miserable arcediano. No trabajaba sobre una pared perpendicular, sino sobre una pared que huia debajo de sus pies.

Cuasimodo no hubiera tenido que hacer para sacarle del abismo mas que alargarle la mano; pero ni siquiera le miraba. Miraba la Greva. Miraba el patíbulo. Miraba á la gitana. El sordo se habia echado de codos sobre la balaustrada en el sitio en que estaba el arcediano un momento antes; y sin apartar sus ojos del único objeto que habia para él en el mundo en aquel instante, estaba inmóvil y mudo como un hombre herido por el rá-

yo, y un largo arroyo de lágrimas corria en silencio de aquel ojo que hasta entonces no habia derramado sino una lágrima.

Entretanto el arcediano hipaba. Corria el sudor por su calva frente, sus uñas sangraban sobre la piedra, sus rodillas se desollaban contra la pared. Oia su sotana, enganchada en la canal, crujir y descoserse á cada sacudimiento que daba. Para colmo de desdicha aquella canal terminaba en un cañon de plomo que se doblaba con el peso de su cuerpo. El arcediano le sentia doblarse lentamente. El miserable decia para sí mismo que, cuando sus manos se viesen destrozadas de fatiga, cuando su sotana se desgarrase, cuando aquel plomo se doblase, seria forzoso caer, y el espanto le penetraba hasta las entrañas. Algunas veces miraba insensatamente una especie de terreno estrecho, formado á unos dies pies mas bajo por accidentes de escultura, y pedia al cielo en el fondo de su alma angustiada, poder

acabar su vida sobre aquel espacio de dos pies cuadrados aunque durase cien años. Una vez miró debajo de sí á la plaza, al abismo; la cabeza que volvió á levantar tenia cerrados los ojos y los cabellos todos erizados.

Era una cosa espantosa el silencio de estos dos hombres. Mientras que el arcediano estaba agonizando de este modo horrible á algunos pies de distancia de Cuasimodo, este lloraba y miraba la Greva.

El arcediano, viendo que todos sus movimientos no servian sino para conmover el frágil punto de apoyo que le quedaba, habia tomado la determinacion de estarse quieto. Veíasele abrazado con la canal, respirando apenas, sin menearse ya, sin tener otros movimientos que aquella convulsion maquinal del vientre que se ofrece en los sueños cuando uno cree sentirse caer. Sus ojos fijos estaban abiertos como los de un hombre enfermo y ató-

nito. Perdia sin embargo poco á poco el terreno, sus dedos se escurrian por encima de la canal; sentia cada vez mas la debilidad de sus brazos y el peso de su cuerpo. La corvadura del plomo que le sostenia se inclinaba por momentos desde una muesca hácia el abismo. Veia debajo de sí, cosa horrorosa! el tejado de San Juan el Redondo, pequeño como un naipe plegado en dos. Miraba una despues de otra las impasibles esculturas de la torre, suspendidas como él sobre el precipicio, pero sin terror para sí mismas ni piedad para él. Todo era de piedra á su alrededor: delante de sus ojos, los mónstruos con la boca abierta; debajo en lo mas profundo, en la plaza, el empedrado; encima de su cabeza, Cuasimodo que lloraba.

Habia en el Compás algunos grupos de honrados curiosos que procuraban tranquilamente adivinar quien podia ser el loco que se divertia de una manera tan

estraña. El clérigo les oia decir, porque la vóz llegaba hasta él, clara y aguda: « Pero va á romperse la cabeza! »

Cuasimodo lloraba.

En fin el arcediano, arrojando espuma de rabia y espanto, comprendió que todo era inútil. Recogió sin embargo cuanto le quedaba de fuerzas para hacer el último esfuerzo. Estiróse sobre la canal, empujó el muro con sus dos rodillas, se agarró con las manos á una grieta de las piedras, y llegó á trepar de nuevo quizá un pie; pero esta conmocion hizo doblar repentinamente el pico de plomo sobre que se apoyaba. Al mismo tiempo se desgarró enteramente la sotana. Entonces sintiendo faltarle todo apoyo, no teniendo ya mas defensa que sus manos engarrotadas y desfallecidas, enganchadas á cualquiera cosa, el infeliz cerró los ojos y dejó la canal. Cayó.

Cuasimodo le miró caer.

Una caida de tan alto rara vez es per-

pendicular. El arcediano, lanzado en el espacio, cayó al principio con la cabeza hácia abajo y los brazos abiertos; luego dió varias vueltas sobre sí mismo; y el viento le echó sobre el tejado de una casa donde el desdichado comenzó á hacerse pedazos. Sin embargo no estaba muerto cuando llegó á él. El campanero le vió esforzarse todavía por detenerse en el piñon con las uñas; pero el plano estaba demasiado inclinado, y ya no tenia fuerzas. Resbalóse rápidamente sobre el tejado como una teja que se desprende, y fué á caer sobre el empedrado. Allí ya no se movió.

Cuasimodo entonces levantó de nuevo su ojo sobre la gitana, cuyo cuerpo veia pendiente del patíbulo estremecerse á lo lejos con su trage blanco con las últimas convulsiones de la agonía, luego le abajó de nuevo sobre el arcediano tendido al pie de la torre y ya sin forma humana, y dijo con un sollozó que levantó su pro-

fundo pecho: «Ah! todo lo que he amado!»

# Capítulo III.

## Casamiento de Febo.

En la tarde de aquel mismo dia, cuando los oficiales del tribunal del obispo llegaron á levantar del empedrado del Compás el cadáver dislocado del arcediano, Cuasimodo habia desaparecido de Nuestra Señora.

Corrieron muchos rumores sobre esta aventura. Nadie dudó que habia llegado el dia en que á consecuencia de su pacto Cuasimodo, es decir el diablo, debia llevarse á Claudio Frollo, es decir al hechicero. Se supuso que habia destrozado el cuerpo al coger el alma, como los monos

que rompen la cáscara para comerse la nuez.

Por esta razon el arcediano no fué sepultado en lugar sagrado.

Luis XI murió el año siguiente, en el mes de agosto de 1483.

En cuanto á Pedro Gringorio, este consiguió salvar la cabra, y logró algunos triunfos en la tragedia. Parece que despues de haber gustado de la astrología, de la filosofía, de la arquitectura de la hermética, de todas las locuras, volvió á la tragedia, que es la mas loca de todas. Esto es lo que llamaba él *haber tenido un fin trágico.* He aquí, con respecto á sus triunfos dramáticos, lo que se lee despues de 1483 en las cuentas del Ordinario: «A Juan Marchand y Pedro Gringorio, carpintero y compositor, que han hecho y compuesto el misterio representado en el Chatelet de Paris á la entrada del señor legado, ordenado las personas, provistas estas y vestidas segun que para el dicho

misterio se requeria ; é igualmente, por haber hecho los tablados que al caso eran necesarios, y por representarle, cien libras. »

Febo de Chateaupers tuvo tambien un fin trágico : se casó.

# Capítulo IV.

## Casamiento de Cuasimodo.

Acabamos de decir que Cuasimodo habia desaparecido de Nuestra Señora el dia de la muerte de la gitana y del arcediano. En efecto no se le volvió á ver, no se supo lo que habia sido de él.

En la noche siguiente al suplicio de la Esmeralda, los criados del verdugo habian descolgado su cuerpo de la horca, y lo habian llevado segun costumbre al subterráneo de Montfaucon.

Montfaucon era, como dice Sauval, « El mas antiguo y el mas suntuoso patíbulo del reino. » Entre los arrabales del Templo y de San Martin, á unas ciento

sesenta toesas de las murallas de Paris, á algunos tiros de ballesta de la Curtilla, se veia en la cima de una eminencia suave, insensible, bastante elevada para ser vista de algunas leguas á la redonda, un edificio de forma estraña, bastante parecido á un cromelech céltico, y en el cual se hacian tambien sacrificios humanos.

Figúrese el lector en el remate de un terremontero de yeso un abultado paralelipípedo de albañilería de quince pies de alto, treinta de ancho y cuarenta de largo, con una puerta, una rampa esterior y una plataforma; sobre esta diez y seis pilares enormes de piedra por labrar, derechos, de treinta pies de alto, dispuestos en órden de columnata al rededor de tres lados de los cuatro del macizo que sustenta, trabados entre sí por la parte superior con gruesas vigas, de donde cuelgan de trecho en trecho algunas cadenas; en todas estas esqueletos; en los alrededores, en la llanura, una cruz de piedra y dos

horcas de segundo órden, que parecen como los retoños de la horca central; encima de todo esto, en el aire, un continuo volar de cuervos, este es Montfaucon.

A fines del siglo XV, la formidable horca que fechaba de 1328 se hallaba ya muy decrépita: las vigas estaban carcomidas, las cadenas mohosas, los pilares verdes, las junturas de los sillares estaban completamente abiertas, y la plataforma se habia convertido en prado por no ser frecuentada. Era horrible el perfil que diseñaba en el cielo aquel monumento, sobre todo por la noche, cuando un rayo de luna daba sobre los cráneos blancos, ó cuando la brisa de la tarde estregaba las cadenas y los esqueletos, y lo movia todo á la vez en medio de las sombras. Basta la presencia de esta horca para convertir todos los alrededores en lugares siniestros.

El cuerpo de piedra que servia de base

al odioso edificio estaba hueco. Habian construido en él un anchuroso subterráneo, cerrado con una reja de hierro vieja desarmada, en el cual arrojaban no solo los restos humanos que se desprendian de las cadenas de Montfaucon, sino tambien los cuerpos de todos los infelices ajusticiados en las demas horcas permanentes de Paris. En aquel profundo osario donde tantos miembros humanos y tantos crímenes se han podrido á la par, muchos grandes de la tierra, muchos inocentes han concurrido sucesivamente á llevar sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó á Montfaucon y que era un justo, hasta el almirante de Coligni que lo cerró, y que era un justo tambien.

En cuanto á la misteriosa desaparicion de Cuasimodo, he aquí lo que hemos podido descubrir.

Cosa de dos años ó diez y ocho meses despues de los acontecimientos que po-

nen fin á esta historia, cuando fueron á buscar en el subterráneo de Montfaucon el cadáver de Olivier el Gamo, ahorcado dos dias antes, y á quien Cárlos VIII concedia la gracia de ser enterrado en San Lorenzo en mejor compañía, se hallaron entre todos aquellos hediondos huesos dos esqueletos, uno de los cuales tenia al otro estrañamente abrazado. Uno de ellos, que era de mujer, tenia aun algunos girones de vestido de una tela que habia sido blanca, y veíasele al rededor del cuello una gargantilla de cuentas de adrezarach con un saquito de seda, adornado de abalorios verdes, el cual estaba abierto y vacío. Estos objetos tenian tan poco valor que el verdugo sin duda no los habia querido. El otro que tenia abrazado estrechamente á este era un esqueleto de hombre. Notóse que tenia torcida la columna vertebral, la cabeza entre los hombros, y una pierna mas corta que la otra. Por lo demás en la nuca no tenia ninguna vértebra ro-

ta, lo cual probaba evidentemente no haber muerto ahorcado. En consecuencia el hombre á quien habia pertenecido habia ido allí, y allí habia muerto. Cuando quisieron desprenderle del esqueleto á que estaba abrazado, se hizo polvo.

FIN.

# INDICE

## DEL TOMO TERCERO.

### LIBRO NONO.



### LIBRO DECIMO.

## LIBRO UNDECIMO.



FIN DEL INDICE.